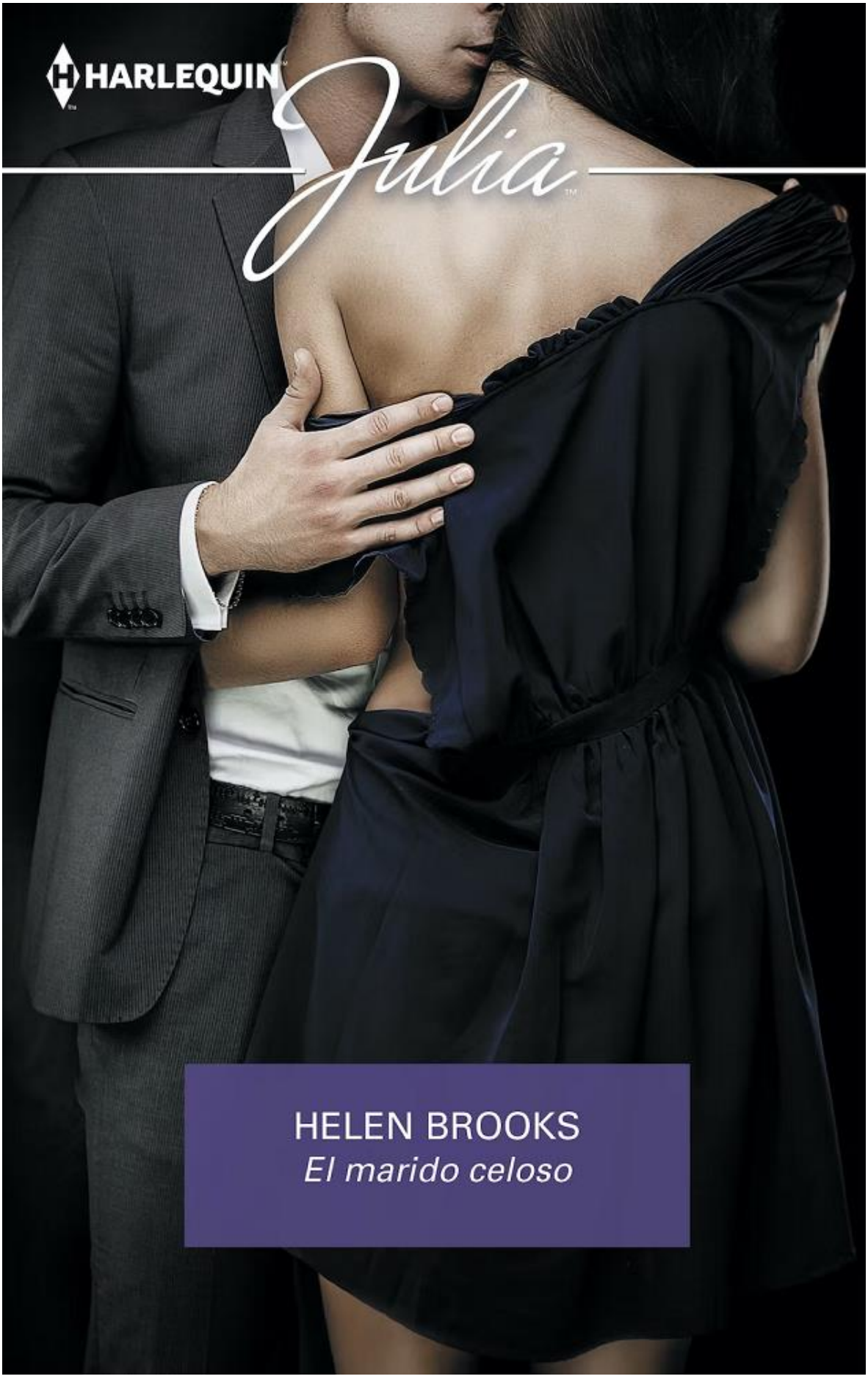
HARLEQUIN
Julia
HELEN BROOKS
El marido celoso

Para Donato Vittoria el matrimonio era un lazo para toda la vida. Había elegido a Grace como esposa, y estaba dispuesto a amarla siempre. O aquello era lo que ella pensaba.

Hasta que descubrió la traición de Donato con la bella María. ¿Tan pronto había olvidado los votos matrimoniales? ¿Es que esperaba de ella que desempeñara el papel de esposa atenta mientras él seguía con su vida de soltero? El dolor era tan insoportable que Grace huyó. Pero en opinión de Donato seguía siendo su esposa legítima y, estaba dispuesto a recuperarla a toda costa.

Capítulo 1

—**P**erdone, ¿se encuentra bien?

—¿Cómo?

Algo confundida, Grace miró los ojos azules de la preocupada azafata que se había inclinado sobre ella. El suave murmullo de las conversaciones de los pasajeros consiguió abrirse paso entre sus terribles pensamientos.

—Ah, sí, sí, gracias. Estoy bien.

La joven azafata la observó con intensidad, como si no estuviera muy convencida.

—Me duele la cabeza —añadió, para tranquilizarla—. Me ha dolido durante todo el día, eso es todo.

—Debería habérmelo dicho antes —sonrió, llena de profesionalidad—. Si quiere puedo traerle una aspirina.

—Muchas gracias —asintió Grace—, si no le importa.

Un dolor de cabeza. Grace pensó que su problema estaba muy lejos de ser un simple dolor de cabeza. Pocos días antes había recibido un telegrama inesperado. Desde entonces no conseguía conciliar el sueño, y estaba aterrorizada, dominada por el pánico. Sintió una punzada en el estómago mientras recordaba las frías y formales palabras:

Donato Vittoria me encarga que le comunique la repentina muerte de su madre, y que requiera su presencia en el entierro, que tendrá lugar el próximo veintitrés de abril. Previamente se celebrará una misa en la iglesia de Madonna di Mezz Loreto, al mediodía.

Aquello había sido todo. Sin explicaciones de ninguna clase, sin siquiera pedirle que se pusiera en contacto con la familia. Solo había sido una fría notificación del abogado de los Vittoria, el señor Fellini.

Aunque en realidad no era una notificación, sino una orden del jefe del clan, Donato. Su palabra era ley, y suponía un poder absoluto.

La azafata regresó en aquel instante, y su voz la devolvió, una vez más, a la realidad. Llevaba un vaso de agua y una aspirina.

—Tome. Aterrizaremos dentro de poco. Se sentirá mucho mejor cuando hayamos tomado tierra.

—Gracias.

Grace se tomó la aspirina, se recostó en el asiento y cerró los ojos. Sabía lo que había pensado la azafata. Seguramente habría creído que estaba aterrorizada porque iba en avión, y se había equivocado. Tenía miedo, sin duda, pero no a volar.

Hizo un esfuerzo por mantener la compostura. A fin de cuentas tenía veintitrés años y ya no era ninguna adolescente. Sin embargo, no aparentaba su edad; su cabello rizado y rojizo, su rostro dulce y su altura, apenas un metro sesenta, hacían que pareciera cinco años menor. Había elegido con sumo cuidado la ropa, pero no había servido de nada.

Con todo, se sentía muy vieja por dentro. Casi prehistórica. Y lo suficientemente madura como para enfrentarse a Donato y al resto de los Vittoria.

Aquel pensamiento la acompañó durante todo el vuelo, hasta que aterrizaron en el aeropuerto de Nápoles. Cuando pasó el control de pasaportes, recogió su maleta y salió de la terminal para tomar un taxi.

—Grace…

Grace se detuvo en seco al oír aquella voz, de marcado acento italiano. Se dio la vuelta y respiró profundamente para tranquilizarse un poco.

—Hola, Donato. Siento mucho lo de tu madre. Era una gran mujer.

Donato la observaba con atención. No había cambiado nada. Los mismos ojos negros; el mismo rostro; los mismos labios, firmes y sensuales. El corazón de Grace empezó a latir más deprisa, pero debía comportarse con seguridad. Si no lo hacía, si mostraba algún signo de debilidad, lo utilizarían contra ella.

—Sí, es cierto, lo era.

Los pantalones sueltos y la camisa azul marino le quedaban tan bien que cualquier mujer lo habría admirado. Pero ella no. No volvería a caer, nunca más, en la misma trampa.

—El telegrama decía que fue algo repentino —declaró Grace, con frialdad.

—Una hemorragia cerebral —explicó, llevándose una mano a la frente—. No llegó a enterarse —se volvió e hizo un gesto a un hombre que

esperaba a pocos metros de él—. Antonio se encargará de tu equipaje añadió.

—No pienso alojarme en Casa Pontina —espetó ella—. He reservado habitación en un hotel.

Grace ni siquiera sabía cómo había averiguado que llegaba en aquel vuelo, ni qué estaba haciendo allí. Le asaltaron un montón de preguntas, pero no tenía respuestas para ninguna.

—¿Se puede saber dónde? —preguntó, con la arrogancia típica de los Vittoria.

—En el hotel La Pérgola —respondió—. Me quedaré tres días.

—Lo dudo —dijo, sonriendo con frialdad—. No sería adecuado en semejantes circunstancias, y lo sabes. Todos esperan que te quedes en Casa Pontina.

Donato hablaba como si su opinión no importara en absoluto. El chófer se acercó con intención de llevar su maleta al coche, pero Grace reaccionó a tiempo.

—No sé qué esperan de mí, pero ya no me dedico a hacer lo que los demás quieren. Soy perfectamente capaz de tomar mis propias decisiones. Puede que estés acostumbrado a dar órdenes a todo el mundo, y a que te obedezcan, pero conmigo no lo conseguirás.

—¿A todo el mundo, Grace? —preguntó, con una dulzura helada destinada a intimidarla—. Había olvidado que siempre te gustó exagerar.

—No me sorprende —declaró con ironía—. Lo único que me sorprende es que aún recuerdes mi nombre.

—Desde luego que lo recuerdo. Lo recuerdo todo. Pero ahora, será mejor que permitas que Antonio se lleve tu equipaje —dijo, mirándola con intensidad—. Te quedarás en Casa Pontina.

—Dame una buena razón —espetó.

Los ojos azules de Grace brillaban de rabia.

—A mi madre le habría gustado que lo hicieras.

Grace lo miró y su amargo resentimiento desapareció de inmediato. Tenía razón. A Liliana le habría gustado que se alojara en la casa de la familia. De hecho, la matriarca del clan de los Vittoria se habría horrorizado si hubiera tomado otra decisión.

Pensó con tristeza que, a fin de cuentas, era lo último que podía hacer por Liliana, por aquella mujer alta, orgullosa y aristocrática, por una mujer que ejercía un enorme poder sobre su familia y que siempre la había tratado con cariño y respeto. Definitivamente, debía hacerlo. Por ella, y solo por ella, sería capaz de pasar tres días y tres noches bajo el mismo techo que Donato.

—Muy bien.

Grace observó el gesto de triunfo de Donato y tuvo que hacer un esfuerzo para no decir algo bastante desagradable. Liliana había muerto, y con ella había muerto también el único lazo que la unía a Italia. Tenía que comportarse con el aplomo y la dignidad que habría esperado de ella.

—Pero por el camino tendremos que detenernos en el hotel La Pérgola para anular la reserva.

—Por supuesto. No hay ningún problema —dijo, muy satisfecho.

El chófer se acercó y recogió la maleta.

—Disculpe…

Siempre había pensado que el chófer de Donato parecía un mafioso siciliano, más que un empleado de la familia. Y volvió a pensarlo, una vez más, mientras lo seguían hasta el vehículo. Donato la tomó por el codo. Grace se sentía como si la estuvieran llevando al patíbulo.

Los setenta kilómetros que los separaban de la propiedad de los Vittoria no constituían ningún problema. A finales de abril la temperatura no era ni mucho menos tan intolerable como en verano; además, el Mercedes tenía aire acondicionado. Pero la perspectiva de estar sentada junto a Donato durante una hora no le agradaba demasiado.

Había pensado pasar la noche en Nápoles y viajar a Sorrento a la mañana siguiente, en un coche alquilado, para asistir al entierro, con la intención de regresar por la tarde. De aquella manera habría podido mantenerse a cierta distancia de la familia. Pero había olvidado que Donato haría todo lo posible para salirse con la suya.

El propio Donato le abrió la puerta del coche. Grace se detuvo antes de entrar, miró su atractivo rostro y cedió, por fin, a la curiosidad.

—¿Cómo sabías que llegaba hoy, en ese vuelo?

—No creo que tenga importancia.

Su voz sonaba fría y remota. Era una actitud muy típica en él, que había observado en multitud de ocasiones. Una estrategia como otra

cualquiera para dar fin a una conversación. Pero Grace no estaba dispuesta a darse por vencida.

—Para mí, sí —dijo con decisión—. No recuerdo habérselo dicho a nadie.

—Es posible que no lo hayas hecho.

—¿Entonces? —preguntó, algo irritada—. ¿Cómo lo has sabido?

—Sé muchas cosas de ti, Grace —respondió.

Donato pronunció su nombre de un modo tan sugerente que Grace se estremeció. Aquel hombre tenía un gran poder sobre ella, pero no estaba dispuesta a admitirlo.

—¿Como por ejemplo?

—¿Quieres que enumere todas las cosas que sé sobre ti? —preguntó, fingiendo sorpresa—. ¿Aquí, donde cualquiera podría oírlo?

—Deja de jugar conmigo, Donato —espetó, entrecerrando los ojos.

—¿Crees que estoy jugando contigo? Pues te equivocas —declaró, con súbita furia—. Sube al coche y te contaré todo lo que quieras saber.

No había gran cosa que pudiera hacer, de modo que subió al vehículo. Donato se sentó a su lado y automáticamente Grace notó el aroma de su loción de afeitado, un aroma especiado, con una ligera fragancia de limón y algo más, indefinible, que siempre la había afectado. A fin de cuentas había pasado muchas noches entre sus brazos, respirando aquel aroma después de hacer el amor durante largas horas de éxtasis y pasión.

En aquella época creía que pasarían juntos el resto de sus vidas, que nada ni nadie podría separarlos, que eran las dos mitades del mismo ser. Pero la realidad derribó sus sueños, y aprendió una dura lección.

—¿Y bien? —preguntó ella, intentando mantener la calma—. ¿Cómo sabías que llegaba hoy?

—He seguido todos tus movimientos durante el último año —respondió con tranquilidad—. No podía ser de otro modo.

—¿Cómo? —preguntó, asombrada—. ¿Quieres decir que… has hecho que me siguieran? ¿Es eso lo que estás diciendo?

—Por supuesto que sí —contestó con frialdad.

Grace se enfadó tanto que Donato vaciló ligeramente. Intentaba mantener la calma, pero aquello era demasiado.

—No puedo creerlo. ¿Cómo es posible que te hayas atrevido a espiarme? Y sobre todo, ¿cómo es posible que seas capaz de confesarlo así, sin sentir vergüenza alguna? Nunca habría creído que podías caer tan bajo.

—Cuidado con lo que dices, Grace —dijo, inclinándose sobre ella—. No permitiré que me faltes al respeto.

—Te atreves a hablar de respeto cuando has sido incapaz de respetarme a mí. Has invadido mi vida, has jugado con ella como si solo fuera un pez en una pecera.

—Esta conversación no tiene sentido, y no tengo intención de continuar con ella. En cuanto a tu metáfora, es completamente absurda.

—Y sin embargo, contrataste a alguien para que me espiara. ¿Qué te hizo pensar que tenías derecho a hacer semejante cosa? Es inmoral.

—No pienso discutirlo contigo hasta que te tranquilices —dijo con frialdad—. Te aseguro que no quiero pelearme contigo, y mucho menos en estas circunstancias. No sería muy apropiado.

Las palabras de Donato sirvieron para que Grace recordara el orgulloso y hermoso rostro de Liliana. Apretó los dientes e hizo un esfuerzo para no dejarse llevar por la escalada de acusaciones que merecía el comportamiento de aquel hombre. Había ido a Italia para asistir al funeral de la madre de Donato, a la que él siempre había querido con todo su corazón. Solo serían tres días. Luego podría regresar a Gran Bretaña y olvidarlo todo.

Se mordió el labio inferior mientras intentaba calmarse. No pensaba dejarse llevar por aquella situación. Había pasado todo un año dudando, antes de tomar el camino que había tomado, un camino en el que ya no existía ningún obstáculo. Sabía que no debía vacilar, pero el dolor seguía allí, en su interior, y aquello la enojaba profundamente. Sin embargo, el último insulto de Donato lo confirmaba todo. Apretó los labios e intentó tranquilizarse.

Cuando llegaron al hotel La Pérgola, Donato se inclinó hacia delante y pulsó el botón que bajaba el cristal que separaba las partes delantera y trasera del vehículo. El chófer detuvo el coche en el vado del elegante establecimiento.

—Antonio se encargará de cancelar tu reserva dijo Donato.

—Preferiría hacerlo personalmente —declaró ella con rapidez.

Grace había cedido ante la insistencia de que se quedara en Casa Pontina, pero solo lo había hecho en atención a Liliana. No obstante, quería dejar bien claro que era perfectamente capaz de resolver sus propios asuntos sin la ayuda de nadie.

—Como prefieras.

Grace salió del vehículo antes de que Antonio pudiera abrirle la puerta. Acto seguido subió las escaleras de la entrada sin mirar atrás.

Cuando entró en el edificio se detuvo un momento antes de dirigirse al mostrador de recepción. La perspectiva de tener que estar de nuevo con Donato era tan desagradable que le temblaban las piernas.

—Tranquilízate, Grace —murmuró.

Su relación había terminado, y Donato lo sabía tan bien como ella. Solo tenía que resistir un día o dos más. Después podría volver a casa y seguir con su trabajo, como recepcionista de una consulta médica en Kent.

Como era de esperar, no tuvo ningún problema para anular la reserva. Minutos más tarde se encontraba de nuevo en el coche, de camino a Casa Pontina. Siempre le había gustado aquel trayecto, desde que llegó a Italia, por primera vez, cinco años atrás. Pero entonces solo era una jovencita de dieciocho años que iba a trabajar como niñera para una pareja italiana adinerada con dos niños. Desde entonces habían pasado muchas cosas, incluyendo su dolorosa partida, el año anterior.

Siempre había sido particularmente sensible a la belleza. Aquella zona era tan bonita que había llamado su atención desde el principio. Había muchos edificios de interés histórico artístico, aunque disfrutaba en particular con las típicas casas mediterráneas, con los olivares y con los viñedos.

Sorrento, la localidad donde se encontraba la propiedad de los Vittoria, era un lugar tan romántico como hermoso. La mansión del siglo diecisiete estaba situada en lo alto de una colina y tenía una preciosa vista de la bahía de Nápoles y de la propia ciudad. En cuanto a los alrededores, estaban llenos de historia. Un lugar perfecto para que una joven inglesa se sintiera deslumbrada; tan perfecto que se enamoró perdidamente de él, y de Donato.

Lo había conocido dos semanas después de llegar a Italia, y en cuanto lo vio supo que lo amaba. Era amigo de la joven pareja para la que trabajaba. La candidez de Grace se hundió ante los encantos de un hombre

endiabladamente atractivo, que parecía tener mucha experiencia a sus veinticinco años.

Una vez más dudó que pudiera resistir la experiencia de pasar tres días en Casa Pontina. La vieja mansión le evocaba demasiados recuerdos, nada convenientes para su paz interior.

Donato, el hermano mayor de su familia, había heredado la propiedad tras la muerte de su padre, unos meses antes de que Grace llegara a Italia. Desde entonces regía los destinos de su pequeño imperio económico con la ayuda de un equipo de empleados completamente comprometidos con él y con los Vittoria.

Bianca, su hermana adoptiva, se había casado con el mejor amigo de Donato y vivía a unos cuantos kilómetros en compañía de su esposo, dedicado por completo a sus viñas aunque debía su riqueza a los negocios familiares en Nápoles.

Bianca solo era un mes o dos menor que Grace, pero la edad no sirvió para que se hicieran amigas. La hermana de Donato siempre había sentido celos de ella, por lo bien que se llevaba con el resto de los miembros de la familia. Grace había hecho todo lo posible por ganarse su afecto, pero no le había servido de nada. Bianca no podía perdonarle que el pequeño Lorenzo, el más joven de los hermanos, estuviera tan apegado a ella. El niño adoraba a Grace, y Grace le correspondía.

—¿Te ha creado algún problema tu súbita marcha?

La pregunta de Donato la devolvió a la realidad.

—No. Todo el mundo ha sido muy comprensivo.

—¿Y el doctor Penn? ¿También ha sido… muy comprensivo? —preguntó, sin mirarla.

—¿Jim? Sí, por supuesto que sí. Ya te he dicho que todo el mundo lo ha sido.

Grace lo miró, intentando averiguar lo que estaba pensando. Pero no lo consiguió. Ni su fría expresión ni sus rasgos pétreos revelaban nada.

Ni siquiera se molestó en preguntar cómo era posible que conociera el apellido del médico. A fin de cuentas la habían estado vigilando. Sin embargo, le extrañó que se refiriera a Jim Penn en concreto, cuando en la clínica trabajaban otros médicos.

—Me alegro —dijo Donato, con una suavidad que no ocultaba su enojo—. Estoy seguro de que te echarán de menos.

—Lo dudo. Voy a estar fuera menos de una semana —declaró, sin comprender muy bien su actitud—. Claire, una amiga mía, ocupará mi puesto. Es muy competente.

—Puede ser, pero no me refería a la eficiencia. Solo decía que es probable que te echen de menos.

Grace volvió a mirarlo. Resultaba evidente que estaba insinuando algo raro.

—Mira, Donato, ya te he dicho que no estoy de humor para jueguecitos.

—Ni yo —espetó—. Veo que te has olvidado de Lorenzo, pero te aseguro que él no se ha olvidado de ti. Desde que ha muerto mi madre no ha hecho otra cosa que preguntar por ti. Necesita tu amor y tu afecto, y no deja que nadie se acerque a él. Cuando te marchaste, hace un año, lo dejaste destrozado.

—No intentes hacer que me sienta culpable por eso —dijo, irritada—. Sabes muy bien por qué me marché. Me complicaste tanto las cosas que no tuve otra opción.

—Hiciste lo que querías hacer. Ni siquiera te molestaste en hablar conmigo antes de irte. Sencillamente, te marchaste.

—Si lo hubiera hecho, podrías haberme seguido.

Mientras hablaba, Grace comprendió por primera vez que esperaba que Donato la siguiera. De hecho no había dudado, ni por un momento, que lo haría; pero no fue así. Los días fueron convirtiéndose en semanas, y las semanas en meses, y con el paso del tiempo la amargura fue creciendo en su interior.

—¿Para qué? —preguntó él—. ¿Para empezar otra vez con las disputas sin fin, con el dolor, con el sufrimiento? Pensé que te habías cansado y que querías un poco de paz. Tomaste una decisión.

—Es cierto.

A pesar de todo, a Grace le dolió haber supuesto tan poco para él.

Guardaron silencio durante el resto del trayecto. La atmósfera en el interior del vehículo se hizo más densa con el paso de los minutos, cargada de palabras que ninguno de los dos pronunció.

Grace no podía creer que la presencia de Donato la afectara tanto. Esperaba haber desarrollado cierta inmunidad contra él; necesitaba seguir con su vida, y para hacerlo necesitaba superar el pasado. Quería actuar con

indiferencia, de forma serena y distante. Pero el odio, el resentimiento y la amargura que albergaba demostraban que estaba muy lejos de conseguirlo.

A medida que se acercaban a Casa Pontina sintió que una fuerza irresistible la atraía. El olor de los limoneros impregnaba el ambiente a medida que ascendían por el abrupto terreno. Cuando por fin dejaron atrás las enormes puertas de hierro forjado de la entrada de la propiedad, Grace se dio cuenta de que estaba sentada en el borde del asiento.

—¿Podemos ir a los jardines? —preguntó, en un susurro.

—No creo que sea buena idea. Estás cansada del viaje, y Lorenzo estará esperándonos.

—No me importa —dijo, mirándolo durante unos segundos.

Grace se inclinó hacia delante, bajó la ventanilla que los separaba del chófer y dio una orden en italiano a Antonio.

Los jardines de la propiedad eran enormes. Rodeados por un muro, ocupaban una vasta extensión con todo tipo de plantas mediterráneas y tropicales. Antonio detuvo el vehículo ante la entrada. Un enorme roble, que proporcionaba sombra en los tórridos días de verano, dominaba el lugar.

Cuando salieron del coche, Donato tomó del brazo a Grace y preguntó:

—¿No crees que sería mejor que lo dejaras para mañana?

—A Lorenzo no le importará que lleguemos unos minutos más tarde.

—No estaba pensando en Lorenzo —dijo, con una voz extraña—, sino en ti.

Desafortunadamente, Grace no lo oyó. Estaba concentrada en la belleza de los alrededores y en los recuerdos del pasado, de lo que había sucedido dos años atrás, en junio.

Donato tomó su mano y abrió la puerta de hierro. Cuando Grace puso un pie en los confines del jardín sintió un nudo en la garganta.

—Sigue como siempre.

—Por supuesto —dijo Donato—. Aquí no cambia nada.

Los viejos muros estaban cubiertos de enredaderas y otras especies. Más adelante, en el centro de los jardines, había una fuente y varios bancos rodeados de arbustos y flores que habían escogido por su fragancia.

Era un oasis tranquilo y pacífico, una especie de isla en el imperio de los Vittoria. Grace había pasado muchas horas allí, feliz y relajada.

Avanzaron lentamente hasta que llegaron al otro extremo. Cerca de la salida había una placa en el suelo, rodeada de flores, en la que habían grabado la silueta de un osito de peluche. La inscripción decía:

En memoria de Paolo Donato Vittoria, hijo de Donato y de Grace. Contigo se fueron nuestros corazones.

Capítulo 2

—¡Grace! ¡Grace!

La bienvenida de Lorenzo fue tan efusiva como demostraba su rostro en cuanto la vio, pero al cabo de un momento, cuando Grace tomó en sus brazos al niño de diez años, se echó a llorar, rodeando su cuello con las manos.

—Tranquilo —susurró contra su pelo, sentándose en la escalera sin soltar al niño—. Todo pasará, cariño.

Se sentía estúpida por no tener nada mejor que decir en un momento como aquél. Lorenzo acababa de perder a su adorada madre, con la que mantenía una relación muy estrecha. Claro que nada iba a pasar. Todo su mundo se había destrozado.

—No sabía si vendrías —dijo Lorenzo, mirándola con los ojos llenos de lágrimas—. Has pasado mucho tiempo fuera.

—Ya te dije que Grace vendría, ¿verdad? —preguntó Donato con suavidad—. Pues aquí está, como te prometí. *Benito* también la está esperando, y tiene unas cuantas palabras más que enseñarle, no todas buenas.

Lorenzo sonrió débilmente.

—Uno de los nuevos jardineros le ha enseñado palabrotas —dijo.

—¿De verdad? —preguntó Grace, abrazándolo una vez más antes de levantarse—. Conociendo a *Benito*, estoy segura de que las repetirá perfectamente.

Benito era el loro de Lorenzo, un ave enorme cuyo cuerpo alargado y compacto recordaba más al de una rapaz. Normalmente adoraba o detestaba a las personas, y en ocasiones sus garras y su pico podían resultar muy dolorosos. Sin embargo, quería mucho a su pequeño amo, que podía hacer con él todo lo que quisiera, sin arrancarle una sola queja.

Lorenzo la tomó de la mano y se acercaron a la puerta principal. Aunque las pequeñas manos que la sujetaban hacían que se sintiera cómoda, Grace no podía dejar de pensar en la alta y oscura figura que los seguía mientras atravesaban el umbral de Casa Pontina.

El luminoso y fresco recibidor, con su precioso suelo de madera pulida y sus paredes blancas, de las que colgaban exquisitos cuadros, estaba en silencio. El aire estaba impregnado de la fragancia de las flores frescas de un jarrón, y durante un momento Grace no pudo creer que no fuera a aparecer Liliana de un momento a otro para saludarla, con una sonrisa de bienvenida en su rostro maduro pero aún muy bello.

Liliana había vivido para su familia. Adoraba a sus tres hijos, con gran intensidad, y Grace sabía que el hecho de que Bianca fuera adoptiva la hacía más querida aún para su madre; así era Liliana. Cuando Grace se casó con Donato, se convirtió en una segunda hija para su suegra.

Lorenzo siguió tirando de ella antes de que tuviera tiempo para reflexionar. Atravesaron el salón, el comedor y el despacho de Donato, y bajaron los escalones que conducían a la parte trasera de la casa, donde se encontraban la habitación del desayuno, las cocinas y dos grandes salas de estar. Fueron a una de ellas, acondicionada especialmente para Lorenzo. La estancia estaba llena de juguetes. También tenía un ordenador, y daba a un pequeño patio cubierto con vistas a las praderas verdes y a los árboles, y en la distancia, a una piscina olímpica.

Benito estaba posado en su barra, murmurando para sí mientras contemplaba a uno de los jardineros, que quitaba las malas hierbas de un macizo de salvias, pero al oír la voz de Grace se volvió para darle la bienvenida, agachando la cabeza para que se la acariciara, con los ojos entrecerrados.

La fidelidad del ave la emocionó.

—Se acuerda de mí. Creía que me habría olvidado —comentó mientras acariciaba las sedosas plumas.

—No eres fácil de olvidar.

Donato habló en voz baja, pero la hipocresía de sus palabras la golpeó como si se hubiera dirigido a ella gritando. Había guardado silencio durante doce meses. No la había llamado nunca por teléfono, ni le había mandado siquiera una breve postal, y ahora se atrevía a decir que no era fácil de olvidar.

—¿Qué tal está María? —preguntó Grace con naturalidad—. Espero que bien.

Para ella, aquella pregunta era la consecuencia lógica del comentario de Donato. María Fasola, joven y bella amiga de la familia… y la amante de Donato.

—Por lo que sé, sí —contestó él, mirándola ínexpresivo—. ¿Por qué no iba a estarlo?

—Por nada —contestó con frialdad.

Estaba a punto de añadir algún comentario hiriente cuando observó la mirada confundida del niño, que no sabía muy bien de qué hablaban.

—No necesito preguntar si *Benito* está bien —añadió, mirando a Lorenzo con una sonrisa—. Estoy segura de que ha engordado casi un kilo desde que lo vi por última vez.

—Es porque está ahuecando las plumas. No está gordo.

—Grace. Grace —dijo el ave con su voz ronca—. Donato y Grace.

—¡Basta! —dijo Donato, apuntando al loro con un dedo.

—¡Basta! ¡Basta! —repitió *Benito*.

Grace vio que Donato cerraba los ojos durante un instante y se apartaba para ocultar una sonrisa. El autocrático jefe del clan de los Vittoria podría controlar con mano de hierro a su familia y a los que lo rodeaban, pero el loro siempre conseguía imponerle su voluntad. Grace no podía evitar admirar el intrépido espíritu de *Benito*.

—Vamos. Querrás refrescarte un poco, y después Anna servirá la comida.

Donato la tomó por el brazo, pero antes de salir de allí, Grace prometió a Lorenzo que volvería pronto.

—¿No vas a volver a marcharte? —preguntó el niño—. ¿Te vas a quedar ahora en Casa Pontina?

Grace sintió que Donato se tensaba y se volvió lentamente, sin saber qué contestar, pero la mirada del niño le había llegado al corazón, debilitando su plan de escapatoria a los tres días. Sabía lo que debía sentir el niño al haber perdido todo lo que quería, y Lorenzo era muy sensible y emotivo. Aunque estaba tan apegado a Donato como permitía la diferencia de edad, necesitaba el calor y la comprensión de una figura materna.

Era cierto que también estaban las sirvientes: Cecilia, la anciana cocinera, y Anna y Gina, las jóvenes criadas. También estaba la profesora particular que pasaba en la casa varias horas al día, de lunes a viernes. Pero Lorenzo no estaba muy apegado a ellas.

El amor del niño la había consolado mucho cuando murió Paolo, y ahora podía devolverle el favor, cuando más la necesitaba. Lo único que

quería hacer era abandonar Casa Pontina y los recuerdos de su vida anterior, para volver a Inglaterra cuanto antes, pero no podía dejar solo a Lorenzo.

En unas semanas, tal vez en menos tiempo, empezaría a superar el duro golpe de la muerte de su madre, y la resistencia de todos los niños entraría en juego. Aquél era el momento más importante; el momento crucial que podría marcar su personalidad para siempre. Sin duda, podría dedicarle unas semanas de su vida. Pero no sabía si soportaría estar tan cerca de Donato. Sonrió y miró a Lorenzo. No tenía elección.

—Ahora vivo en Inglaterra, pero me quedaré contigo hasta que te encuentres mejor, ¿te parece bien?

—Sí —contestó Lorenzo, asintiendo y abrazándola, antes de irse corriendo para ocultar las lágrimas.

—Bueno —comentó Donato, mirando al niño que se alejaba—, esto no era lo que tenías previsto, ¿verdad?

—Desde luego que no.

La voz fría y controlada de su antiguo marido le atacaba los nervios. Alzó la vista para mirarlo. Sabía lo que hacía cuando le envió el telegrama, pensó Grace con amargura. Sabía que el amor y el respeto que sentía por su madre la obligarían a viajar a Italia a pesar de su matrimonio fallido, y que una vez allí no sería capaz de volver la espalda a las necesidades de Lorenzo.

No se había preocupado por ella durante meses. Había continuado con su vida, probablemente junto a María, pero cuando necesitaba utilizarla no vacilaba un instante, aunque tuviera que destrozar su vida por segunda vez.

Donato se encogió de hombros.

—No puedo evitar que te quiera tanto. Siempre te adoró.

Él también la había adorado en otro tiempo, pensó Grace, con un dolor que la sorprendió. Antes de que todo saliera mal; antes de que la muerte de su bebé estuviera a punto de volverla loca a ella, y lo empujara a él a los brazos de otra mujer.

Empezó a arrepentirse de haber ido. Debería haberse olvidado de Liliana, de Lorenzo y de todos los demás, y haberse quedado en Inglaterra, donde nada interrumpía su tranquilidad.

—Sé que esto es duro para ti… —empezó a decir Donato, llevándole una mano al hombro.

—¡No me toques! —espetó, furiosa—. No te atrevas a tocarme. He dicho que me quedaré hasta que Lorenzo se sienta mejor, pero eso no te da derecho a acosarme.

—¿Acosarte? —repitió, indignado—. No he acosado a una mujer en toda mi vida.

—Claro que no —convino Grace, con sarcasmo—. No te hace falta; caen a tus pies por sí solas.

No quería sentir tanta cólera. Creía que ya había superado la decepción que había supuesto la traición de su marido, pero desde que lo había vuelto a ver se sentía tan indefensa como siempre, hasta un punto que la asustaba.

—Te sorprende que una mujer pueda resistirse a tus encantos, ¿verdad? —continuó.

Era un ataque gratuito, pero no podía evitarlo.

Donato siguió mirándola durante un momento, y después respiró profundamente, mientras negaba con la cabeza.

—Antes eras muy educada y amable. ¿Qué te ha pasado para que te hayas vuelto tan poco civilizada?

—¿Y me lo preguntas tú? —dijo entre dientes, furiosa.

—Sí, te lo pregunto yo —confirmó Donato—. Tengo todo el derecho del mundo a pedirte que te expliques. Soy tu marido.

—Ya no.

—Los tribunales no estarían de acuerdo contigo. Aún eres mi esposa, legalmente. Que yo sepa, no nos hemos divorciado, así que nuestro contrato matrimonial sigue en vigor.

—No para mí. Tal vez seas mi marido legalmente, pero eso es todo, y sin amor, nuestro certificado de matrimonio tiene el mismo valor que un papel mojado.

—Es una opinión muy cómoda, pero completamente infundada, como sabrás. Legalmente…

—No me importa en absoluto la legalidad. ¿No lo entiendes? Me da igual nuestro matrimonio, me das igual tú y me da igual todo esto.

—¿De verdad? —preguntó Donato, tomándola por los hombros una vez más—. No creo que estés diciendo la verdad, cariño. La verdad es que pienso que intentas convencerte a ti misma, más que a mí.

—¡Suéltame!

Era diminuta en comparación con Donato, y no tenía sentido que se resistiera, pero se debatió con todas sus fuerzas mientras él bajaba la cabeza para besarla en los labios.

Grace siguió intentando zafarse, desesperada, al sentir su conocido contacto, y aquel aroma que tantos recuerdos le evocaba, pero al final se quedó inmóvil, consciente de que no podía ganar.

Cuando se había marchado de la mansión de los Vittoria, doce meses atrás, era la misma idea la que llenaba su cabeza cuando Liliana la abrazaba, pálida y llorosa, rogándole que esperase antes de pedir a Donato el divorcio que ella afirmaba que era inevitable.

—¿Por qué ahora, Grace? —había preguntado Liliana, mientras esperaban al taxi que Grace había pedido—. Donato te ama, lo sé. Por favor, no te precipites, hazlo por mí. Vete a vivir lejos de él durante un tiempo, pero no te precipites.

Sin embargo, a pesar de lo mucho que quería a Liliana, Grace no podía decirle lo que había averiguado aquella misma mañana: que Donato tenía una aventura con María. Se sentía demasiado humillada. Más tarde se había arrepentido, porque sabía que Donato conseguiría ocultar la verdad y su madre pensaría que ella había puesto fin a su matrimonio sin motivo, pero siempre pensó que ya tendría la oportunidad, en el futuro, de explicárselo todo. Sin embargo, aquella oportunidad no había llegado.

Recordó las últimas palabras que le había dicho Liliana antes de que llegara el taxi.

—Estás cometiendo un error, querida, y algún día te darás cuenta. Sé cuánto has sufrido, pero Paolo era parte de los dos. El dolor debería haberos unido más. Diré a Donato que necesitas cierto tiempo para superarlo; eso es todo.

Pero no había sido el dolor por la muerte de su bebé lo que la había impulsado a marcharse. Era cierto que alguien había cometido un error, pero había sido Donato, al entablar una relación con María. Aquella mañana, doce meses atrás, se había escabullido como un animal asustado, incapaz de volver a ver a su marido. Le había dejado una carta en la que le explicaba que había descubierto lo de su aventura.

Pero ya hacía mucho tiempo. Ahora era un año mayor y más sabia, y lo que era más importante, había conseguido pasar un año alejada de él. Se

había convertido en una persona autosuficiente, cosa que unos meses atrás le parecía impensable.

Apartó la cabeza de golpe. Donato la soltó. Se quedó mirándola con los ojos entrecerrados, como un felino que acechara a su presa.

—Si vuelves a intentar algo así me marcharé en el acto, sin preocuparme por Lorenzo ni por nadie más, ¿está claro? —espetó furiosa—. He vuelto para asistir al entierro de tu madre y solo para eso, y si tu orgullo no te permite reconocer la verdad, tomaré el próximo avión de vuelta a casa.

—Oh, creo que mi orgullo puede sobrevivir, a pesar de estar malherido.

Durante un momento, Grace pensó que en su voz había un tono de dolor, pero su rostro era tan duro como siempre. Sin embargo, aquel breve instante de incertidumbre había bastado para aplacar su cólera.

No entendía cómo podía la gente terminar así; cómo les había pasado aquello, cuando habían compartido la intimidad del matrimonio y el nacimiento de un hijo.

—Yo también lo quería —dijo Donato, como si hubiera leído su pensamiento.

Se quedó mirándolo, sorprendida, pero no podía interpretar su expresión. Se preguntó qué estaría pensando Donato, mientras miraba sus preciosos ojos negros, del color del ónice.

En otro tiempo sabía siempre lo que Donato pensaba. En ocasiones bromeaba con él, diciéndole que podía engañar a todo el mundo menos a ella con su mirada fría. Pero en aquel momento no lo sabía; no quería saberlo. Si no permitía que se volviera a acercar a ella, no podría volver a hacerle daño. Era muy sencillo. Sin embargo, su contacto había despertado en ella una avidez que la consumía. Pero se trataba solo de la reacción instintiva de su cuerpo, y podía controlarla.

—Ya sé que querías a Paolo. Los dos lo queríamos; siempre lo querremos.

Al pronunciar el nombre de su hijo se dio cuenta de que había transcurrido mucho tiempo desde las primeras semanas de dolor. En aquella época le bastaba con oír su nombre para sentir que una espada la atravesaba. Ahora le provocaba tristeza, pero no un dolor insoportable.

—Entonces, por él, ¿no deberíamos intentar llevarnos lo mejor posible? Has visto cómo está Lorenzo; te habrás dado cuenta de que te necesita.

Grace asintió lentamente. En efecto, se había dado cuenta de que el niño necesitaba amor y compañía incondicionales.

—Bianca se ha ofrecido a llevárselo a su casa durante una temporada —continuó—, pero él no quiere ir, y no estoy muy convencido de que le convenga. Creo que lo que necesita es estar en su propia casa, en un entorno conocido. Con *Benito*, por ejemplo.

Grace volvió a asentir, suponiendo que Bianca se habría negado a llevarse al loro. Siempre se habían despreciado mutuamente, pero el disgusto de *Benito* tomaba la forma de un asalto verbal cada vez que Bianca estaba presente, y aunque era imposible, siempre parecía que el animal había planeado exactamente qué decir para que sus palabras tuvieran el mayor efecto posible, demostrando que era un adversario digno de la cáustica lengua de Bianca. Sin embargo, el loro adoraba a Romano, el marido de Bianca, y siempre se alegraba mucho al verlo.

—Tengo que ponerme en contacto con la consulta para advertir que voy a tardar unas semanas en reincorporarme al trabajo. Es posible que tengan que buscar a alguien para que me sustituya.

—Estoy seguro de que te reservarán el puesto —comentó Donato, sin darle demasiada importancia—. ¿Quieres llamar ahora mismo? —añadió, con sospechosa solicitud.

—Sí, supongo que sí. Bueno; puedo llamar después de la cena. No hay prisa.

—Sí que has cambiado. Antes no demorabas nunca algo que tuvieras que hacer. Puedes usar el teléfono de mi despacho; ahí no te interrumpirá nadie.

Mientras hablaba la tomó del brazo y la condujo al recibidor, y aunque Grace quería hablar, el contacto de sus dedos la quemaba a través de la delgada blusa.

Sus sentidos se desbocaban con solo ver cómo Donato levantaba las cejas. Todo había terminado. Lo sabía perfectamente; sin embargo, no podía comportarse con arreglo a su certeza.

—Aquí estamos —dijo Donato, abriendo la puerta de su despacho.

Cedió el paso a Grace, con cortesía, y después entró con ella. Cerró la puerta tras sí.

—¿Quieres que te marque el número? —preguntó Donato con amabilidad exagerada.

Sin esperar a que Grace contestase, cruzó la habitación, tomó el teléfono de su gran escritorio de nogal y empezó a marcar.

Grace se quedó mirándolo, sorprendida sin saber muy bien por qué, pero más segura que nunca de que allí ocurría algo extraño. No era propio de Donato que la siguiera para hacer una llamada privada; sus modales siempre habían sido impecables.

Aunque tal vez solo intentaba ayudar, sobre todo después de su conversación.

Tomó el auricular que le tendía Donato y se sentó a esperar a que contestaran, pero él no se marchó. Tomó asiento, también, sin decir nada.

Estaba sentado delante de ella, y ni siquiera se tomaba la molestia de fingir que examinaba los papeles de la mesa. La miró fijamente cuando empezó a hablar.

—Hola, Claire —saludó Grace, nerviosa—. ¿Qué tal estás?

—¿Grace? He estado pensando en ti todo el día, ¿cómo van las cosas?

Su amiga se había dado cuenta en el acto de que se encontraba alterada, a juzgar por su tono preocupado. Solo hacía cuatro meses que se conocían, pero se habían hecho amigas muy deprisa.

—Bien —respiró profundamente e intentó aclarar sus pensamientos—. Pero voy a tener que quedarme más tiempo del que tenía previsto.

—¿De verdad? ¿Estás segura de que todo va bien? Bueno, claro, debe ser muy difícil para ti, con el entierro y la presencia de Donato, pero ¿estás segura de que no hay nada más?

—No te preocupes, estoy bien.

Le habría gustado explicar la situación a Claire, que conocía muy bien todo el dolor de su pasado y el miedo de su futuro, pero no era el momento adecuado, con su antiguo marido en la misma habitación.

—Te llamaré cuando termine el entierro y hablaremos con más calma —añadió—, pero he pensado que debía comentar cuanto antes que voy a pasar unas semanas fuera.

—Ya veo. Espera un momento, voy a pasarte con Jim. Me ha dicho que quería hablar contigo si llamabas en algún momento. Cuídate, y no olvides que puedes contar conmigo para lo que quieras.

—No lo olvidaré. Gracias, Claire.

Se preguntó, sorprendida, para qué querría Jim hablar con ella, pero se dijo que no tenía nada de raro. Jim se había unido al equipo de médicos a la vez que ella había vuelto a Inglaterra, y el hecho de que los dos hubieran entrado a trabajar allí a la vez había creado cierta afinidad entre ellos.

Jim era un hombre amable y paciente, con un carácter ideal para un médico. Después de la traición de Donato, cuando aún no había superado la muerte de su hijo, había encontrado en la amistad de Jim la calma que necesitaba para intentar tomar las riendas de su nueva vida.

No tenía ningún pariente cercano en Inglaterra. Desde que quedó huérfana, a los cinco años, había vivido en un orfelinato. Jim, por su parte, tenía la familia en Escocia, por lo que normalmente se iban a tomar algo juntos casi todas las tardes antes de marcharse a sus casas.

Cuando Claire entró a trabajar en la consulta empezó a acompañarlos en algunas ocasiones. Había presentado a Grace a sus padres y a sus amigos, pero Jim había mantenido con ella una actitud protectora, paternal, que Grace encontraba conmovedora, teniendo en cuenta que el hombre solo le sacaba unos pocos años.

—¿Hay algún problema? —preguntó Donato, interrumpiendo sus pensamientos.

—No —forzó una sonrisa—. Estoy esperando a que me pasen. Supongo que estará atendiendo a alguien en este momento.

—¿A quién te refieres?

—A Jim Penn. Quería hablar conmigo si llamaba.

Se sonrojó al pronunciar su nombre, aunque no sabía muy bien por qué. Había algo en la mirada de Donato que la ponía nerviosa.

—Muy considerado por su parte —dijo con sarcasmo.

Grace lo miró con reproche, pero en aquel momento Jim se puso al teléfono.

—¿Grace? ¿Qué pasa? —preguntó preocupado.

Ella le había confiado los detalles de su repentina vuelta a Inglaterra, y cuando recibió el telegrama, su amigo había insistido en que no debía ir a Italia para asistir al entierro.

—Estoy en la casa de los Vittoria, y no volveré tan pronto como tenía planeado, así que he pensado que sería mejor que os lo comunicara. Voy a quedarme a pasar unas semanas en Italia.

—¿Por qué?

El tono de Jim era tan distinto a su habitual habla pausada que Grace se quedó mirando el aparato, sorprendida.

—Es por Lorenzo, ya sabes, el niño —dijo con precaución—. Está muy afectado, y me necesita. Me quedaré hasta que mejore, así que si creéis que deberíais buscar a alguien para que ocupe mi puesto…

—Ni hablar —atajó Jim—. Tu puesto de trabajo te estará esperando durante todo el tiempo necesario.

Grace se preguntó si debía aconsejarle que consultara su decisión con los otros médicos, pero decidió no hacerlo. Jim se mostraba mucho menos accesible que de costumbre, y no sabía muy bien cómo interpretaría una petición así.

—Eres muy amable.

—Nada de eso. Es lo mínimo que podemos hacer. Te echaremos de menos, Grace. La consulta no es la misma sin tus pasos etéreos.

—En este momento no son demasiado etéreos —dijo, esforzándose para hablar con tono desenfadado—. Estoy agotada.

—¿Qué tal marchan las cosas?

—Bien, dentro de lo que cabe. Bueno, será mejor que te deje. Esta llamada debe estar costando una fortuna. Solo quería deciros lo antes posible que me retrasaré. ¿Podrías pedir a Claire que vaya a ver a mi casera para explicarle lo que ha pasado? No me gustaría que pensara que me he ido para siempre.

—No te preocupes por esas cosas, yo me encargaré de todo —dijo Jim rápidamente—. Iré a verla y me encargaré de que reciba su cheque a fin de mes.

—No es necesario, puedo hacerle una transferencia desde aquí.

—No te preocupes por nada —interrumpió Jim con firmeza—. Ya me devolverás el dinero cuando vuelvas a casa.

Pronunció la última palabra con cierto énfasis, y Grace volvió a sonrojarse. Aquella nota posesiva no había estado nunca en la voz de Jim, y no sabía muy bien si la estaba imaginando.

—De acuerdo, muchas gracias —dudó un momento—. Hasta la vista.

—Hasta la vista. Cuídate, ¿quieres? Y no aguantes ninguna tontería —añadió, sorprendiéndola.

—No. Bueno, adiós.

Colgó el teléfono lentamente, y se quedó mirándolo un rato antes de reunir las fuerzas necesarias para mirar a Donato. Sus ojos estaban clavados en ella.

—Tu… amigo no quería que vinieras, ¿verdad?

—¿Cómo dices?

Grace lo había entendido perfectamente, pero necesitaba unos segundos para poner en orden sus ideas después de la sorprendente llamada, durante la que había visto una faceta de Jim que desconocía.

—Pensaba que sería mejor que te quedaras escondida en tu Inglaterra, con la lluvia, el viento y el autobús número diez, ¿verdad? —preguntó Donato con dureza.

Estaba celoso. Grace lo miró con extrañeza durante una décima de segundo, antes de que la cólera se apoderase de ella. Apretó los labios y levantó la cabeza, desafiante. Donato había demostrado que no la quería, al guardar silencio durante los últimos doce meses; sin embargo, tampoco quería que la tuviera nadie más. Por si fuera poco, resultaba ridículo que tuviera celos precisamente de Jim.

Entonces recordó el tono de la voz de Jim durante la llamada de teléfono, y se sonrojó, horrorizada. Nunca había dado a entender a Jim, ni por palabra ni por obra, que hubiera entre ellos nada más que amistad; la idea de mantener una relación con él le parecía inconcebible. Jim era como el hermano mayor que nunca había tenido, alguien firme y estable en quien podía confiar. Si se le hubiera pasado por la cabeza que quería algo más…

—Bueno, no has contestado a mi pregunta —dijo Donato, cruzándose de brazos.

—Porque es irrelevante.

—No creo —sonrió, aunque sus ojos siguieron helados—. Te he preguntado si te había aconsejado que no vengas. La respuesta es bastante sencilla. ¿Sí o no?

—Lo que haga o deje de hacer no tiene nada que ver con nadie. Tomo mis propias decisiones. ¿Te sirve esa respuesta?

—Supongo que sí —se puso en pie—. Ven, voy a acompañarte a tu habitación. ¿Quieres comer sola, a la vista de tu… agotamiento?

La breve pausa que hizo antes de pronunciar la última palabra estaba destinada a intimidarla, pero Grace pasó por alto la alusión a su conversación con Jim y sonrió con frialdad.

—Gracias, me gustaría mucho.

La perspectiva era maravillosa, pensó débilmente. Un par de horas a solas, sin tener que enfrentarse a Donato, le parecían un oasis de tranquilidad, pero aún tenía que saludar a Bianca, además de los numerosos familiares que sin duda asistirían al entierro.

Cuando había ido por primera vez a Casa Pontina, cinco años atrás era una muchacha de dieciocho años, tímida y nerviosa. En aquella época pensaba que la mansión era gigantesca, y ahora tenía la misma impresión, mientras recorría el larguísimo y amplio pasillo en dirección a la escalera.

Además de las habitaciones de servicio, que se encontraban en la planta baja, cerca de las cocinas, había seis espaciosos dormitorios, todos ellos con su cuarto de baño, pero cuando Donato le pidió que se casara con él, dos meses después de conocerla, encargó que construyeran inmediatamente una nueva ala. En la ampliación había una cocina, un comedor de techo alto, dos salas de recepción y cuatro grandes dormitorios.

El ala nueva era preciosa y muy lujosa, pero lo que más le gustaba a Donato era saber que les pertenecía a ellos solos, aunque Grace no estaba muy segura de que Liliana no se sintiera rechazada.

Un domingo por la tarde, unas semanas después de la boda, estaban en Casa Pontina, charlando sobre el mobiliario de su nueva casa, cuando algo en su expresión hizo que Romano se diera cuenta de lo que sentía.

Después de que se levantaran de la mesa de la cena, se acercó a ella.

—Te sientes incómoda con el ala nueva, ¿verdad?

—Me encanta —se apresuró a decir—, y estoy deseando que nos mudemos, pero no quiero que Liliana piense que no queremos estar con ella. No lo hemos hecho por eso.

—¿Se lo has dicho a Donato?

—Sí, y dice que no me preocupe, que a su madre le parece muy bien. Pero el caso… —dudó, sintiéndose estúpida— que no quiero que Donato piense que no quiero vivir ahí, así que no he insistido mucho.

—Conozco a Liliana de toda la vida. Donato y yo somos amigos desde que éramos bebés, así que espero que no me taches de presuntuoso si hablo contigo de este asunto. Liliana está muy contenta con vuestro matrimonio. Sé que tienes todo lo que podría desear en una nuera. Entiende a su hijo perfectamente, y le parece lógico que quiera vivir a solas contigo, apartado de la casa. Incluso insinuó que tal vez debería irse a vivir, a otro sitio. Opina que las parejas de recién casados necesitan espacio y sitio para ellos solos, y tiene razón. Así que te aseguro que está completamente satisfecha con la situación. También te aseguro que te adora.

—¿De verdad? —preguntó Grace con timidez.

—Desde luego —contestó Romano—. A ojos de Liliana, no ha perdido un hijo, sino que ha ganado una hija.

—Muchas gracias —dijo con una sonrisa.

No era la primera vez que se preguntaba cómo una persona tan atenta y perceptiva como Romano se había casado con alguien tan petulante como Bianca, pero como en todas las demás ocasiones, desechó el pensamiento de inmediato. Se sentía culpable por tener aquella opinión de la hermana de Donato.

Aquella noche, cuando se quedó a solas con Donato, le comentó lo que le había dicho su cuñado, y él se mostró de acuerdo.

—Mi madre está encantada con nuestro matrimonio. Todos están encantados, pero es lo de menos. Aunque nadie hubiera consentido nuestra unión, no me habrían detenido, amor mío. Desde que te vi por primera vez supe que serías mía. Lo supe. Nada podría habernos separado. Eres mi destino, como yo soy el tuyo. Te amaré como nadie ha amado nunca a ninguna mujer.

Y lo había hecho, desde luego. Sus ojos se llenaron de lágrimas al recordar lo apasionado que era su marido. Era algo que no había llegado a apreciar hasta su noche de bodas, que había coincidido con su decimonoveno cumpleaños. El placer de su esposa era el objetivo principal de Donato.

Pero aquel tiempo había terminado, por la infidelidad de Donato, y ahora, al ver qué pasaba de largo junto a la escalera para abrir la puerta que conducía al ala independiente de la casa, Grace lo retuvo por el brazo.

—No esperarás que me quede en *Bambina* Pontina, ¿verdad? —preguntó, sin darse cuenta de que había utilizado el apodo cariñoso con que se referían a su vivienda.

—Claro que sí. Es tu casa.

—Lo fue —dijo, conteniendo el pánico de su voz—. Pero ya no. Si me voy a alojar aquí, quiero una habitación de la casa principal.

—Grace… —cerró los ojos y sacudió la cabeza lentamente—. ¿Vas a seguir desafiándome cada vez que se te presenta la ocasión? ¿Tiene que ser ése el precio que pague a cambio de que te quedes en Casa Pontina?

—No te estoy desafiando. Bueno, tal vez sí, pero no sin motivo. Quiero alojarme en la casa principal, eso es todo —dijo con firmeza, dando un paso atrás.

—Ya veo —la contempló durante un momento—. Y el hecho de que todas tus pertenencias sigan donde las dejaste, en *Bambina* Pontina, no significa que sea razonable que te alojes ahí, ¿verdad? Aún están todos tus libros, tus discos, tu ropa… Hasta tienes tu propio salón.

—Donato…

—Y tu propio dormitorio, por supuesto —continuó él, inexpresivo—. Desalojé nuestro dormitorio poco después de darme cuenta de que no parecía que tuvieras intención de volver pronto.

—Poco después de…

La voz de Grace se quebró, y se quedó mirándolo sorprendida. Su carta era muy clara, y no dejaba lugar a dudas sobre el hecho de que no iba a volver.

—Así que estás a salvo, ¿lo entiendes? —preguntó Donato, burlón—. Aún no estoy tan desesperado como para hacerte mía en contra de tu voluntad.

—No suponía que lo pretendieras —espetó enfadada.

Le molestaba que hubiera atribuido su temor a algo así. No podía explicar el motivo por el que no quería alojarse en sus antiguas dependencias, pero desde luego no pensaba que Donato fuera a forzarla. Sabía que aquello era absurdo. En realidad, se temía más a sí misma.

Lo miró echando fuego por los ojos. No quería sentir atracción por él; no quería reconocer el peligroso magnetismo que transpiraba; no después de que la hubiera traicionado con María.

Donato había estado observando, con interés, los cambios que experimentaba el rostro de Grace.

—No hay ningún motivo lógico para que renuncies a la intimidad y a la comodidad de *Bambina* Pontina, ¿verdad? Y para Lorenzo será conveniente que la vida vuelva a su curso habitual, aunque solo sea durante cierto tiempo.

—Pero…

Se quedó mirándolo, sin saber qué decir. No quería volver a su antigua casa; ni siquiera quería verla. Pero si reconocía que tenía miedo de que hubiera intimidad entre ellos, por pequeña que fuera, estaría alimentando su orgullo. Necesitaba convencerlo, y convencerse, de que era inmune a sus encantos, y lo haría, aunque aquello acabase con ella, se dijo antes de asentir.

—Supongo que tienes razón —dijo al final—. Me he traído muy poca ropa, así que no me vendrá mal usar la que me dejé. Supongo que seguirá en el armario, ¿no?

—Por supuesto. No he tocado nada.

Donato contestó casi como si estuviera ofendido. Al parecer, no tenía nada en contra de engañar a su mujer, pero le parecía mal deshacerse de sus pertenencias.

El corazón de Grace empezó a latir a toda velocidad cuando Donato abrió la puerta, y entró en el amplio recibidor que no esperaba volver a ver nunca. De nuevo estaba pisando el suelo de mosaico, y contemplando la colección de platos de cerámica que adornaba la pared.

—Bienvenida a casa, Grace.

Donato habló con suavidad, y antes de que ella se diera cuenta, la besó en los labios.

—Te he dicho que no hagas eso —espetó, furiosa—. Te he dicho que…

—Ya lo sé —se defendió—, pero no me gusta que me den órdenes. Además, es mi forma de ser hospitalario.

—Esto no es hospitalidad. Es. Es…

—Cuando encuentres la palabra adecuada, házmelo saber, pero mientras tanto… —señaló con la cabeza la escalera de hierro forjado—. Tengo entendido que ya han llevado tu maleta al dormitorio.

—Ya veo.

De modo que lo tenía todo planeado desde el principio.

—Estás muy seguro de ti mismo, ¿verdad? No dudas jamás que vas a conseguir lo que quieres.

—Muchas gracias, eso es lo que me gusta pensar.

Lo decía para molestarla, y lo consiguió, a pesar de que Grace se esforzó para no demostrarlo, mientras caminaba hacia la escalera con la cabeza muy alta. Donato era imposible. Todo aquello era imposible. No debería haber ido; estaba segura de que Liliana no habría esperado que lo hiciera. O tal vez sí. Sin dejar de pensar en ello, subió cuidadosamente la escalera, sin olvidar ni un momento que Donato la observaba desde el vestíbulo.

Liliana era de la vieja escuela, y siempre había creído en el deber, el respeto, la responsabilidad y el sacrificio. Sin duda, habría esperado que la mujer a la que consideraba una segunda hija asistiera a su despedida formal de este mundo. Ni siquiera se le habría pasado por la cabeza la posibilidad de que no lo hiciera.

Recordó el sueño que había tenido la noche antes de que le llegara el telegrama. Liliana le pedía que volviera a casa; aún podía oír la urgencia en el tono de la otra mujer, y ver cómo tendía los brazos hacia ella.

—Te necesita, Grace, más de lo que nunca podrías imaginar. Solo si vuelves a casa podrá empezar a curarse. Vuelve, Grace, por favor.

Se había despertado en mitad de la noche, temblorosa, con el corazón en un puño y la boca seca. Se preguntó ahora si Liliana la habría llamado en realidad. Y, si era así, si la mujer a la que quería como si fuera su madre le había pedido ayuda, qué esperaba que hiciera.

Observó la espaciosa habitación de grandes ventanales que había sido su dormitorio conyugal durante tres años. Había sido allí donde habían concebido a Paolo, tras horas y horas de dulce intimidad, solo tres meses después de casarse.

Recordó lo que sentía al hacer el amor con Donato, y se preguntó si sería lo mismo lo que sentía María con él. Utilizó aquella idea como un talismán contra la debilidad que amenazaba con apoderarse de ella. Probablemente, pensó. Era muy buen amante.

Entonces vio el ramo de flores silvestres. Había margaritas blancas, anémonas rojas, espuela de caballero, pimpinelas…

Se llevó la mano a la garganta. Aquéllas eran las mismas flores que adornaban su ramo de novia, y solo Donato sabía lo que significaban para ella. Se acercó lentamente al ramo y se quedó mirándolo durante largo rato, antes de alargar la mano para rozar los delicados pétalos de una fresia.

A lo largo de los largos años que había pasado en el orfelinato había hecho muchos ramos de flores silvestres, que recogía de los prados, y alegraba con ellos su habitación. La delicada belleza de las flores contrastaba con el austero edificio cuartelario. Representaba para ella un consuelo que no sabía explicar, una esperanza, una promesa de que la vida mejoraría. Cuando intentó comunicárselo a Donato, para explicarle por qué prefería aquellas flores a las tradicionales, no pensó que la estuviera escuchando.

Sin embargo, el día de su boda recibió el ramo más bonito del mundo, sujeto con alambres y atado con cintas de seda. La maravillosa disposición de flores multicolores caía como una cascada, casi hasta el suelo, augurando un futuro de felicidad.

En aquel momento había llorado, y sabía que ahora iba a llorar de nuevo. Se dejó caer en la cama y se tumbó, hecha un ovillo. El dolor era insoportable.

No entendía cómo podía Donato haber dormido con María Fasola, haberla abrazado, haberla mirado con los ojos llenos de amor, después de todo lo que habían compartido ellos. Su matrimonio, el nacimiento de Paolo, su muerte…

Los sollozos desesperados sacudían todo su cuerpo. El sonido de su llanto alcanzó al hombre que estaba junto a la puerta de la habitación, paralizándolo con la mano en el picaporte. Se quedó congelado durante unos segundos, antes de volverse y apartarse de allí, caminando con pesadez.

Capítulo 3

Cuando llegó Anna con la bandeja del desayuno, un cuarto de hora después, Grace se había lavado la cara y había conseguido adoptar un aspecto tranquilo, pero cuando la doncella se marchó, miró el plato de canalones y suspiró profundamente.

Creía que ya había superado el tiempo de las lágrimas, del dolor, de la cólera, pero desde que había pisado suelo italiano por primera vez, el pasado la había envuelto como un velo. Dejó la bandeja en una mesita antes de tomar la copa de vino y salir a la terraza. Se quedó allí, bajo el cálido sol, bebiendo de vez en cuando un sorbo de vino tinto.

Seguía allí veinte minutos después, cuando Donato apareció entre las cortinas de encaje.

—No has probado un solo bocado —dijo con reproche.

—No tengo hambre.

—No ayudarás a nadie poniéndote enferma.

Grace no sabía si se debía al efecto del vino en el estómago vacío, a la tensión de los dos días transcurridos desde que había recibido el telegrama, a la falta de sueño, a los recuerdos que la asaltaban continuamente, o solo a Donato, con toda su arrogancia, pero de repente fue incapaz de contener la cólera.

—No, claro que no —dijo con tono gélido—. Si me pusiera enferma, mi utilidad para el imperio de los Vittoria se vería severamente afectada, puesto que no podría desempeñar mi papel como acompañante de Lorenzo, y…

—¡Basta! —espetó Donato, sujetándola por los brazos—. No me refería a eso, y lo sabes.

—No; no lo sé —contestó, desafiante—. Y por favor, suéltame. Ya te he dicho que no me gusta que me toquetees.

Donato se quedó mirándola durante un momento, antes de soltarla bruscamente y volverse para apoyar las manos en la barandilla de piedra.

—Nunca, en toda mi vida, había conocido a una persona tan perversa —murmuró furioso.

—Me resulta difícil de creer.

Su voz no fue tan desagradable como le habría gustado; los segundos que había pasado con las manos de Donato en los brazos habían desatado una reacción en sus traidoras rodillas de la que habría preferido prescindir.

Lo miró mientras respiraba profundamente, antes de enderezarse y volverse hacia ella, mirándola con dureza.

—Voy a pedir que te traigan otra bandeja y esta vez te lo comerás todo, ¿entendido? No vamos a cenar hasta las ocho, y no quiero que te desmayes. Ya estás demasiado delgada.

Grace lo miró, cada vez más furiosa. Sin duda Donato prefería las voluptuosas y redondeadas curvas de María, pero le daba igual.

—¿Demasiado delgada? Mi peso es el que corresponde a mi altura, según todas las tablas. Y hasta el momento no he recibido ninguna queja.

No sabía muy bien por qué había añadido la última frase, pero desde luego, a Donato no le gustó oírla, pensó satisfecha, al ver cómo se encogían sus labios. No entendía cómo se atrevía a compararla con otra mujer, ni a sentir celos después de lo que había hecho.

—Ah, ¿no? ¿Qué significa eso exactamente, querida? ¿Tendrías la amabilidad de explicarme qué has querido decir?

—Creo que no.

Se encogió de hombros y apartó la mirada de Donato, enfadada por haberse dejado intimidar.

—Muy considerado por tu parte. Tu vergüenza habla a tu favor.

Aquello fue demasiado para Grace, que lo miró con los ojos inyectados en sangre.

—¡Un momento! No tienes derecho a hablarme así. Llevamos un año separados, y…

—Sigues siendo mi esposa —interrumpió Donato.

—Eso me recuerda que quiero el divorcio.

Las palabras se quedaron colgadas en el aire, mientras los dos contenían la respiración.

Grace se dijo que no debería haberle pedido el divorcio en aquel momento; no tenía intención de hacerlo. Pretendía esperar a que hubieran pasado unos días después del entierro, cuando todos estuvieran más tranquilos y no tuvieran las emociones a flor de piel. No debería haberlo dicho llevada por la furia, pero la había encolerizado tanto…

—¿Por qué?

Aquello era lo último que esperaba que preguntase, y mucho menos con el tono tranquilo e inexpresivo que empleó.

—¿Cómo que por qué? ¿Y tú me preguntas eso, después de todo lo que ha pasado?

—Sí. Yo te pregunto eso. Y si mientes lo notaré.

Grace pensó que aquella conversación empezaba a adquirir tintes surrealistas. No entendía cómo podía insinuar Donato que fuera a mentir; los hechos hablaban por sí mismos.

—¿Mentir? Sabes tan bien como yo que nuestro matrimonio acabó. No queda nada entre nosotros.

—¿Me lo preguntas o me lo comunicas? Porque sí me lo estás comunicando te recordaré que te casaste conmigo por tu propia voluntad, y contrajiste los votos para toda la vida. No voy a concederte el divorcio.

—¿Que no…?

—Pero si me lo estás preguntando —continuó Donato, haciéndole caso omiso—, entonces dejaré que hablen las acciones, en vez de las palabras.

La tomó por los brazos. Grace hizo ademán de zafarse.

—No seas tonta —le dijo él—. No puedes escapar de mí, ni quieres hacerlo.

El beso no fue suave; fue desesperado, ávido. Si hubiera utilizado su experiencia, su dominio de las técnicas de seducción, Grace podría haberse resistido con más facilidad. Pero la devoración frenética de su boca fue una confesión en sí misma. Una confesión de deseo y de algo más que no quería reconocer.

Aun así, Grace se resistió. Durante unos segundos se esforzó para ocultarle la respuesta de su cuerpo, pero no tardó mucho en dejar de pensar. El deseo la consumía, inflamando todos sus nervios. Recordaba muy bien aquella sensación. Había estado en el desierto durante tanto tiempo…

Se dio cuenta de que estaba gimiendo cuando empezó a devolverle el beso, pero ya no podía controlarse. Cuando se apretó contra él y sintió su excitación sintió que se le derretía todo el cuerpo.

—Donato…

Pronunció su nombre en un débil lamento, pero no sabía si era un ruego o una protesta.

—Grace, Grace, hacía tanto tiempo…

La tomó en brazos y la llevó al dormitorio, para dejarla con reverencia sobre la colcha perfumada, antes de seguir acariciándola.

—Eres mía. Siempre serás mía —continuó.

El tono posesivo de su voz fue tan profundo y fuerte que deshizo el deseo de Grace como un cubo de agua helada.

—¡Suéltame! —gritó, apartándose para ponerse en pie—. ¡Te odio! ¿Me has oído? Te odio.

Donato había hecho todo aquello para demostrar algo, para hacerle ver que le bastaba con mover un dedo para que ella obedeciera. No le había pedido perdón por su traición, ni había dado a entender que sintiera lo ocurrido. A fin de cuentas, la consideraba su subordinada, y no tenía por qué darle explicaciones.

—Si quieres… eso, vete con tus otras mujeres —continuó, a voz en grito.

No podía pronunciar el nombre de María. Se le habría atravesado en la garganta.

—Para, por favor. No hay otras mujeres.

—No te creo. No creo que la gente sea capaz de cambiar, y…

—Te he pedido que pares —repitió Donato, acercándose a ella.

—Lo digo en serio. No te atrevas a volver a tocarme. Te he dicho que no hay nada entre nosotros. ¡Nada!

—¿A qué viene ese ataque de histeria? ¿No será que estás enfadada contigo misma, porque no puedes negar que me sigues deseando? ¿O tal vez hay otro motivo para tu tardío arrebato de pudor? ¿Otro motivo que se ha quedado en Inglaterra?

—No sé de qué me hablas.

Era cierto. No sabía qué quería decir Donato, y no le importaba. Solo quería perderlo de vista.

—Espero por tu bien que sea cierto. Hay un viejo proverbio que dice que los hombres sabios acusan antes de ser acusados; solo un idiota esperaría que el culpable lance la primera acusación.

Entonces, de repente, Grace se dio cuenta de lo que Donato insinuaba. Se quedó boquiabierta, sin dar crédito a su audacia. Él era quien estaba acusándola de acostarse con otra persona, a ella, cuando él había estado con María durante los doce últimos y dolorosos meses, y tal vez durante más tiempo. Se quedó mirándolo anonadada antes de levantarse y mirarlo con desprecio, ocultando el dolor.

—Si crees que me he acostado con Jim, te equivocas. Solo es un amigo mío, y un hombre de honor. Intentaría volar a la luna antes que seducirme.

—Entonces también es idiota —proclamó Donato, incapaz de esconder completamente su satisfacción—. ¿O es que su ardor es tan frío como el clima británico?

—Jim es un hombre que sería fiel a una sola mujer. Puede que eso lo convierta en un idiota a tus ojos, pero no a los míos. Tampoco se le pasaría por la cabeza acercarse a una mujer casada, sintiera lo que sintiera por ella. Por supuesto, no espero que lo entiendas.

—No, claro que no. Yo soy la bestia sin corazón, ¿no es así? Y ese Jim es la mejor persona del mundo. Sin embargo, es conmigo con quien reaccionas. Soy yo la que te puede llevar a lugares a los que ningún otro hombre podría acercarte.

—Te encantaría pensar eso, ¿verdad? El gran jefe del clan de los Vittoria necesita su razón diaria de amor propio.

Sus palabras eran una defensa contra la angustia ciega que amenazaba con ponerla en evidencia ante los penetrantes ojos oscuros de Donato. Por dentro estaba gritando y llamándose idiota por haber vuelto.

Los lazos que la ataban a él la ahogaban. Estaba la necesidad afectiva de Lorenzo; su amor por Liliana, que la impulsaba a hacer lo que sabía que su suegra habría querido; y el hecho de haber estado más cerca de Paolo, al ver su lápida, que en ningún otro momento de los últimos meses. También había algo más, algo que ni siquiera se atrevía a investigar ni a comprender, una sensación que la consumía.

—¿Por qué te comportas como si fuéramos enemigos, Grace? —preguntó, sin intentar acercarse—. Esperaba que el tiempo que hemos pasado separados te ayudara a ver las cosas como son, que por fin estarías preparada para hablar del futuro, de lo nuestro.

—¿Lo nuestro? Eso no existe.

—¿Intentas convencerme o convencerte? Eres mía; siempre has sido mía, desde el día en que naciste. No puedes escapar a tu destino. Ese Jim es como el rocío, que se evapora antes de que salga el sol. Fácil de olvidar. Si no lo supiera habría ido a buscarte hace mucho tiempo.

—¿Cómo que habrías ido a buscarme? Soy una persona, tengo mi propio cerebro y tomo mis propias decisiones. No soy un objeto de tu pertenencia que puedas…

—Ya lo sé. Siempre lo he sabido. Simplemente, esperaba a que tú también te dieras cuenta.

—¿A que yo me diera cuenta? —lo miró, sin saber muy bien cómo interpretar sus palabras—. Yo no tenía nada que descubrir.

—Creo que sí. Piensa en ello. Ten el valor necesario para examinar tus sentimientos.

No daba crédito a sus oídos. De modo que Donato se atrevía a afirmar que no se había puesto en contacto con ella durante el último año porque estaba esperando que se descubriera a sí misma.

—No necesito examinar mis sentimientos —espetó rápidamente—. Sé lo que pienso. A estas alturas no vale la pena volver a intentarlo —se volvió hacia la terraza y clavó la vista en la cortina—. Tal vez si Paolo no hubiera muerto, si las cosas no hubieran empezado a marchar mal, habríamos podido salir adelante, pero ahora… Ahora es demasiado tarde. Sé que yo también cometí errores, pero todo pertenece al pasado. Ninguno de los dos puede cambiar lo que ya ha ocurrido.

—Podemos aprender de los errores, para no repetirlos.

Grace se volvió para mirarlo bruscamente. Si Donato pretendía convencerla para que aceptara su infidelidad, para que lo perdonara y siguieran como siempre, no sabía lo que decía. Ya le había explicado detenidamente en la carta, en la que había volcado su corazón, que aquello era algo que jamás podría aceptar, y no había cambiado de opinión a lo largo del año transcurrido. Sabía que había personas que podían perdonar la infidelidad a sus seres amados, e incluso fingir que no se enteraban, pero sencillamente, ella no era así y lo sabía.

—¡No! Quiero el divorcio. Eso es todo.

—Nada de eso.

La suavidad de la voz de Donato no se había alterado, lo que hacía sus palabras más amenazantes.

—¿Es que te niegas a ser razonable? —preguntó desesperada, obligándose a mirar su rostro duro como el mármol.

—Exactamente —la miró con los ojos entrecerrados—. Nunca he sido una persona razonable, y no sé por qué iba a empezar ahora. Estamos casados, y no te voy a conceder el divorcio. Ahora —se apartó de ella y se acercó a la puerta— voy a pedir que te traigan otra bandeja de comida, y después vas a dormir. Estás muy cansada, y no piensas con claridad.

La arrogancia de aquel hombre la dejó sin aliento. Se esforzó en vano para encontrar las palabras adecuadas para derrotarlo.

—¿Te gustan las flores? —preguntó Donato antes de que tuviera tiempo para reaccionar.

—Oh, sí, gracias, pero…

—Hasta esta noche.

Se marchó de la habitación, dejándola temblorosa por la cólera y algo más, algo que no sabía definir, pero que hacía que se le acelerase el corazón y se le secase la boca.

Era el mismo de siempre, o tal vez había empeorado, pensó mientras caminaba por la habitación, con los puños apretados. Egoísta, demasiado protector y posesivo. Se dejó caer en el sofá, junto a la ventana, y se quedó mirando el ramo de flores que perfumaba la habitación.

Debía haberle resultado bastante difícil conseguir aquellas flores. No entendía por qué había tenido aquel gesto.

—¿Qué más da? —se preguntó en voz alta.

Fueran cuales fueran sus motivos, todo pertenecía al pasado, y su separación era inevitable. Le daba igual que Donato lo aceptara o no; conseguiría el divorcio y se marcharía de allí, cuando Lorenzo se hubiera recuperado.

Siguió perdida en sus pensamientos hasta que la criada llamó a la puerta, devolviéndola a la realidad. Aceptó la bandeja y le dio las gracias.

Aquella vez se terminó la comida y se bebió otra copa de vino antes de tumbarse. Se quedó dormida de inmediato.

Cuando se despertó empezaba a anochecer. Se quedó unos minutos tumbada, sin pensar, mirando la pared. No quería pensar ni sentir. Después de la muerte de Paolo había aprendido que la única forma de salir adelante,

de evitar volverse loca, consistía en cerrar los pensamientos y dejar la mente en blanco, para que nada pudiera afectarla. Había funcionado, puesto que había conservado la cordura, a pesar de que en ocasiones el dolor amenazaba con destruirla.

Su corazón se encogió al pensar en el bebé, con sus rizos negros y su piel blanca, pero se alegró de poder evocar aquella imagen. Durante mucho tiempo, la imagen de un pequeño cuerpo rígido, bajo la delgada sábana de algodón, la había acosado día y noche.

Aquella mañana habían amanecido felices, recordó. Se habían despertado tarde, después de una noche llena de caricias y sueños para el futuro.

—Trae a Paolo para darle de comer aquí —propuso Donato, cuando ella se levantó al ver lo tarde que era—. Me gustaría ver a mi esposa dar el pecho a mi hijo y heredero. Eso me da cierta sensación de autoridad —añadió, bromeando.

—Como si lo necesitaras.

En el umbral, se volvió hacia él para mirarlo. Fue la última vez que sonrió en muchos meses, reflexionó dolorida.

Sus gritos atrajeron a Donato a la habitación contigua, y fue él quien levantó el pequeño cuerpo de la cuna, gritándole que corriera a llamar al médico antes de intentar hacerle la respiración artificial. Pero ya era demasiado tarde. Después se enteraron de que Paolo llevaba varias horas muerto. Su cuerpo sin vida había yacido durante horas en la cuna solitaria.

Y ella no se había dado cuenta. La angustia volvió a llenar su corazón. No sabía qué clase de madre era, que no se había dado cuenta de que Paolo la necesitaba, de que había dejado de respirar. Síndrome de muerte súbita infantil. Unas palabras que había visto impresas muchas veces, que a menudo habían hecho que sacudiera la cabeza con tristeza, se habían convertido en una macabra realidad. Una realidad insoportable, inimaginable.

Había muerto mientras Donato y ella reían, charlaban y hacían el amor. Los gritos que sonaban en su cabeza llegaron a su boca, y ni siquiera fue consciente de que el médico le ponía una inyección. Cuando se despertó del sueño inducido por el tranquilizante seguía gritando, y en aquella ocasión le pusieron una dosis más fuerte, que la hizo dormir durante veinticuatro horas. Al día siguiente se levantó en un mundo que

había cambiado de forma irrevocable, en un mundo en el que ya no existía el color.

Todo el mundo le había dicho que no era culpa suya. Donato había estado a su lado continuamente, durante días enteros y noches en vela, hablando con ella, llorando con ella y abrazándola fuertemente cuando pensaba que se iba a volver loca.

Poco a poco había ido reponiéndose, por lo menos en la superficie, pero casi sin darse cuenta había convertido el dolor en parte de su ser, y se castigaba con el aislamiento.

En varias ocasiones había pensado que con aquella actitud había empujado a Donato a los brazos de María. Se levantó de la cama de un salto y fue al cuarto de baño, quitándose la ropa arrugada por el camino. Abrió la ducha y permaneció durante varios minutos bajo el chorro de agua caliente.

Pero Bianca le había dicho que la aventura había comenzado varios meses antes de que ella se enterase, en la fiesta del vigesimoprimer cumpleaños de Grace, cuando hacía poco tiempo que Paolo había muerto. Había sospechado algo durante mucho tiempo, antes de acorralar a Bianca una mañana y pedirle que le explicara a qué se debían las sutiles indirectas que había estado dejando caer.

Tal vez habría sido mejor que hubiera preguntado directamente a Donato, pero se sentía incapaz de hacerlo. Sin embargo, las sospechas que Bianca había sembrado en ella la habían impulsado a provocar discusión tras discusión, en un intento desesperado por hacer que Donato le demostrase que seguía amándola.

—Solo he dicho que Donato y María han quedado para comer juntos —había contestado Bianca cuando Grace la interrogó.

—No. Has dicho que han quedado otra vez para comer juntos. Y ésta no es la primera vez que insinúas que hay algo más que amistad entre ellos. Si no estás dispuesta a decirme lo que sabes, preguntaré a tu madre.

—Mi madre no sabe nada —se apresuró a decir Bianca—. No le digas nada, por favor. Lo que ha ocurrido la ha afectado mucho, y no quiero que la preocupes más.

—¿Crees que a mí no me ha afectado lo ocurrido?

La hermana de Donato era la dulzura personificada en presencia de otras personas, pero la fría hostilidad que siempre había mostrado hacia Grace no había disminuido a pesar de la muerte de Paolo.

—¿Tú? —preguntó Bianca con desdén—. Sí, supongo que te habrá afectado, dentro de tus posibilidades. Si Paolo hubiera sido hijo mío aún no habría dejado de llorar. Claro que, para empezar, lo habría cuidado mejor.

Incapaz de soportar las acusaciones, Grace abofeteó a su cuñada, que vaciló durante un momento antes de enderezarse, con los ojos cargados de veneno.

—¿Quieres que te diga si Donato y María son amantes? —preguntó con un tono helado que le puso la piel de gallina—. ¿Por qué tienes que preguntarme, si ya sabes la verdad? María es muy atractiva, y siempre estuvo enamorada de Donato. Debería haberse casado con ella, y no contigo. Pero está bien, te lo diré, ya que no estás dispuesta a admitirlo. ¿Recuerdas tu fiesta, cuando te fuiste temprano a la cama? Fue entonces cuando todo empezó. Aquella noche Donato llegó tarde a la cama, ¿verdad? Porque había estado con una mujer; una mujer de verdad, y no una mala imitación.

—No te creo. Donato no sería capaz de…

—¿No se ha comportado de forma distinta desde aquella noche? —preguntó Bianca en voz baja—. Ya se ha hartado de tu frialdad. El amor que sentía por ti ha desaparecido, como Paolo. Ya no queda nada.

Bianca empezó a decir algo más, pero Grace la sacó a empujones de la habitación antes de apoyarse contra la puerta y llorar hasta que no le quedaron lágrimas. Después llamó por teléfono al aeropuerto y llamó a un taxi. Llenó una maleta con el mínimo imprescindible antes de sentarse a escribir a Donato una carta en la que le decía lo que había averiguado.

Liliana estaba sola cuando fue a despedirse de ella, antes de salir a esperar el taxi, y se alegró de no tener que volver a ver a Bianca.

Salió de sus pensamientos al darse cuenta de que el agua se había enfriado.

—Todo pertenece al pasado —se dijo mientras volvía al dormitorio, envuelta en una enorme toalla—. Y sigue sin amarme.

A pesar de sí misma, miró la esquina de la cama en la que había dejado la carta para Donato. Se volvió hacia las flores, que parecían hacerle burla.

Hacía mucho tiempo que sabía que su marido no la amaba, de modo que no entendía por qué le hacía tanto daño la idea. Se dijo con firmeza que se había sobrepuesto al desastre de su matrimonio. Lo único que ocurría era que aquel lugar estaba lleno de recuerdos.

Tardó un momento en darse cuenta de que llamaban a la puerta. Al ver que no contestaba, Donato entró en el dormitorio, pero se detuvo en seco al verla, con los rizos húmedos a los lados de la cara, como un marco dorado rojizo, y la toalla de baño alrededor del cuerpo.

—He llamado a la puerta.

La estaba mirando a los labios, que ella consideraba demasiado carnosos y él muy apasionados, y su mirada hizo que se derritiera.

—No te he oído —acertó a decir—. Estaba en la ducha.

—¿En la ducha? —repitió él, como si no hubiera comprendido sus palabras—. En otro tiempo nos duchábamos juntos, ¿te acuerdas? Yo te enjabonaba, y tú me enjabonabas a mí.

—Donato…

—Era tan bonito…

La miraba con los ojos muy brillantes, y a juzgar por su expresión satisfecha, Grace dedujo que se había sonrojado profundamente. Las imágenes que había evocado en su mente eran tan reales que no podía evitarlo. Donato tenía un cuerpo precioso, de hombros anchos y musculosos y estómago plano.

—¿Qué quieres? —preguntó con voz temblorosa.

—¿En este momento? Bueno, la verdad es que…

—Quiero decir que a qué has venido —interrumpió Grace, molesta—. Creía que la cena se servía a las ocho.

—Así es. Solo he venido a decirte que se me olvidó comentar que también asistirán Bianca y Romano.

Pronunció el nombre de su hermana con la mayor naturalidad del mundo. Grace se quedó mirándolo un momento, desconcertada. Había sido Bianca quien le había contado lo de la aventura que Donato tenía con María, y así se lo decía en la carta. No le había importado en absoluto decir a Donato quien había cometido la indiscreción, y seguía sin arrepentirse, pero a menudo se había preguntado qué opinaría él de la sinceridad de su hermana.

Pues ahora tenía la respuesta. Le daba igual. Bianca seguía siendo la hermanita mimada que no podía hacer nada malo, y ella era un objeto de su propiedad, algo que había recuperado después de mantenerlo apartado durante un año porque no le resultaba de utilidad. Se sentía idiota por dejarse manipular así.

—De acuerdo, pues ya me lo has dicho —espetó con voz tensa—. Y ahora me gustaría vestirme, si no te importa.

—Por supuesto —señaló con un gesto la puerta del guardarropa, que ocupaba gran parte de una pared—. Sírvete tú misma.

Se sentó en un sillón y cruzó las manos detrás de la nuca, sin dejar de mirarla.

—Prefiero vestirme a solas. Creía que ya había dejado las cosas claras.

—Claras como el agua —confirmó Donato, sin levantarse—. Sin embargo, he pensado que podría ser un buen momento para informarte sobre los detalles del entierro, porque en la cena estará Lorenzo delante, y ya está sufriendo bastante sin que tengamos que recordárselo continuamente.

—Oh, sí, claro —dijo Grace, sonrojándose—. Lo siento.

Donato asintió con impaciencia antes de empezar a hablar, describiendo todos los preparativos. Cuando terminó, se levantó de golpe.

—¿Te vas a encargar tú de Lorenzo? Le va a resultar muy duro, pero tu presencia le servirá de consuelo.

—¿Vais a obligarlo a asistir al entierro? Eso es una crueldad. ¿Por qué no puede quedarse aquí?

—En realidad, tenía intención de dejarlo aquí —contestó Donato, enfadado por las críticas de Grace—, pero él ha insistido en que quiere asistir, y creo que tiene la edad suficiente para tomar sus propias decisiones.

—No estoy de acuerdo. Solo es un niño.

—Tiene diez años, casi once, y es un Vittoria. Eso significa que, a pesar de su sensibilidad, tiene su propia voluntad y es muy fuerte. Podría imponerme y ordenarle que se quede en casa, pero no creo que sea lo más adecuado. Se lo ha pensado, y quiere ir al entierro de su madre, así que ya está decidido.

—No te entiendo.

—Eso salta a la vista, pero no es algo que me quite el sueño. No vas a conseguir disuadirme con tus miradas sombrías, ¿está claro?

—Claro como el agua —contestó ella, parafraseándolo con desprecio.

Donato entrecerró los ojos y se acercó a ella.

—Tanto rencor y enemistad —dijo Donato lentamente—, sin motivo. ¿Qué te ha pasado? Ya no eres la chica con la que me casé.

—Es cierto. No soy la misma. He crecido, Donato. Yo también tengo mi propia voluntad, y también soy fuerte. No son cualidades exclusivas de los Vittoria, ¿sabes?

—Pero es que tú eres una Vittoria, cariño. Y tal vez vaya siendo hora de que te lo recuerde.

Grace sintió que la tensión y el miedo se apoderaban de ella cuando Donato le puso la mano en la nuca, acariciándole el pelo con una seguridad que la estremecía.

—¡No me toques!

Apartó la cabeza de golpe, con un gesto de dolor, cuando los dedos de Donato se quedaron enredados en sus rizos.

—¿Por qué? Eres mi esposa legalmente, ¿no lo recuerdas? Eres mía.

—Solo si yo decido serlo.

Mantuvo el cuerpo recto y rígido, mientras intentaba mostrar la fuerza que había afirmado poseer un momento atrás, para resistirse al magnetismo que la atraía irremisiblemente. Lo deseaba. El deseo físico no había disminuido en absoluto, y no podía negarlo.

—Ya te he dicho que lo nuestro ha terminado —añadió, con firmeza.

—No te creo. Los dos conocemos el fuego que siempre ha ardido entre nosotros. Si empiezo a hacerte el amor, nos consumirá a los dos. Sé que lo deseas tanto como yo.

—Es posible —al observar la mirada de satisfacción de Donato, continuó rápidamente—. Pero después todo seguiría igual. Seguiría sin ser tuya. No estarías alcanzándome a mí; solo obtendrías una breve satisfacción física, y después te odiaría.

—Es posible que no me importe —dijo él, sin dejar de devorarla con los ojos—. Es posible que después de doce meses, nada menos que doce meses, me dé igual lo que pienses. ¿Se te había ocurrido pensarlo? Estamos casados, eres mi mujer, y te deseo. En realidad, es muy sencillo, ¿no te parece?

Grace se quedó inmóvil. Sabía que cualquier error, por mínimo que fuera, podía hacer que perdiera el control de la situación.

—¿Crees que es sencillo? A pesar de todo lo que ha ocurrido, no creo que hables en serio. Eso te colocaría a la altura de un animal salvaje, y emponzoñaría ese apellido del que te sientes tan orgulloso.

—¿Y a ti te preocupa la pureza del apellido Vittoria? —preguntó con amargura.

—Sí. Mi hijo llevaba ese apellido.

Donato siguió mirándola durante un momento, antes de apartarse bruscamente.

—Maldita seas, Grace. ¿En qué me has convertido?

Se dirigió a la puerta con una violencia casi tangible, y se volvió en el umbral para mirarla con dureza antes de cerrar de un portazo. La habitación se estremeció, y después, quedó sumida en el silencio.

Capítulo 4

Grace se quedó completamente inmóvil durante largo rato, después de que Donato se marchara, combatiendo las lágrimas con los puños apretados y los ojos cerrados, sujetándose la toalla con firmeza contra el cuerpo. Cuando los latidos de su corazón empezaron a disminuir y los músculos de su estómago se relajaron en parte, respiró profundamente, abrió los ojos y bajó la vista hasta el anillo de bodas. Durante los doce meses transcurridos, había pensado muchas veces en quitárselo, pero por algún motivo le parecía incorrecto, aunque no sabía por qué. Cuando se hubiera divorciado sería distinto.

Los diamantes del anillo brillaban, burlándose de ella y evocándole recuerdos de la noche en que Donato se lo había enseñado.

—Eres mi sol, mi luna y mis estrellas —le había dicho—. Mi vida, mi razón de ser. Lo supe desde el momento en que te vi, tan diminuta, tan perfecta y tan inolvidable. Eres mía, Grace, igual que yo soy tuyo, y así será para siempre.

Y solo cinco años después, todo había terminado. María Fasola, una buena amiga de Bianca, no había ocultado nunca la adoración que sentía por Donato. En algunas ocasiones, al principio de su matrimonio, Grace había bromeado con él al respecto. Sintió que se le revolvía el estómago al imaginarlos juntos, y apartó la imagen de su mente. Iba a pasar un rato con Lorenzo antes de la cena. Se concentraría únicamente en el niño. No tenía que seguir pensando en su hermano mayor.

Bajó por la escalera y atravesó el vestíbulo para ir a la casa principal. Jadeaba como si hubiera estado corriendo. Aquélla había sido su primera casa verdadera, y aún se sentía en casa cuando estaba allí, pero en aquel momento no quería estar cómoda allí; necesitaba distanciarse. No había vuelta atrás.

—¡Grace! ¡Grace!

Lorenzo la recibió de forma tan efusiva como por la mañana, después de haber pasado un año sin verla. Corrió hacia ella y la abrazó, mientras entraba en su cuarto de juegos.

—Me alegro mucho de que hayas venido —dijo mirándola con seriedad—. Todos los días pensaba en ti.

—¿De verdad?

Grace sonrió, aunque lo que quería hacer realmente era echarse a llorar y abrazar fuertemente al muchacho. Pero aquello no serviría de nada a ninguno de los dos. Ya había llorado mucho, y seguiría llorando la pérdida de su madre. Ella tenía que intentar hacer que no pensara en la tragedia.

—Entonces a lo mejor por eso he vuelto durante una temporada.

—Creo que sí. Cuando se desea mucho una cosa, a veces se consigue que se cumpla —dijo Lorenzo con gesto solemne.

En aquella ocasión, a Grace le resultó difícil no estallar en una carcajada. La arrogancia de los Vittoria no conocía límites. A pesar de que solo tenía diez años, Lorenzo se comportaba con tanta seguridad como su hermano, y estaba convencido de que si quería algo ocurriría, simplemente porque era su voluntad.

Se trataba de algo más que la ingenuidad confiada normal en los niños. Era la característica de todos los Vittoria. Pero en aquel momento se alegraba mucho de que Lorenzo la poseyera. Necesitaba toda la ayuda que pudiera darle.

—Quédate, por favor —rogó el niño—. Para siempre, quiero decir.

—Grace. Grace. Donato y Grace. Pobre *Benito*. Pobres pájaros.

Benito decidió que se había mantenido al margen de la conversación durante demasiado tiempo, y se puso a dar saltos, proclamando una unión que se había roto mucho tiempo atrás.

—Yo también me alegro de verte —dijo Grace con sarcasmo, acercándose al ave—. ¿Se puede saber a qué viene eso de «pobre *Benito*»? Eres el animal más afortunado del mundo. Tienes toda la comida que quieras, una casa preciosa y un amo que te adora. ¿Qué más podría desear un loro?

—¡Fruta! ¡Fruta!

El animal aprovechó para pedir su manjar favorito, y Grace pensó, como en muchas ocasiones, que a veces parecía humano.

Los tres pasaron una hora juntos. Grace estaba segura de que *Benito* se había aliado con ella para apartar la mente de Lorenzo de los acontecimientos del día siguiente.

De repente, cuando estaba más relajada, mientras Lorenzo y ella se reían de las palabrotas que había aprendido el loro, una voz de mujer perteneciente al pasado la dejó paralizada, desde el umbral.

—Grace —saludó Bianca, con un tono ácido recubierto de miel—. Donato nos ha dicho que has venido al entierro. Debes estar destrozada, ¿verdad?

Observó con reproche los rostros sonrientes de mujer y niño. El mensaje era inconfundible: en su opinión deberían estar tristes, sombríos.

—Ha sido *Benito*. Nos estaba haciendo reír —empezó a explicar Lorenzo.

—Hola, Bianca —interrumpió Grace—. Hola, Romano. Sí, estoy destrozada por la pérdida de tu madre, como todas las personas que tuvieron la suerte de conocerla. Para mí era la madre que nunca tuve.

Pensó en silencio que Lorenzo se había dado cuenta inmediatamente de lo que insinuaba su hermana. No sabía cómo un niño de diez años podía ser tan perceptivo, cuando Donato y Romano eran incapaces de interpretar a aquella mujer. No le importaba que Bianca la criticara a ella, pero era demasiado cruel al hacer notar que le parecía mal que Lorenzo tuviera un alivio pasajero. Su hermana sabía perfectamente lo mucho que el niño quería a Liliana. A veces parecía que no tenía sentimientos.

—¿Cómo estás? —preguntó Romano, sonriente—. Me alegro mucho de verte, aunque habría preferido que fuera en otras circunstancias.

A Grace le caía muy bien el marido de Bianca, aunque era muy reservado, y no le resultaba fácil saber lo que pensaba en realidad. Sin embargo, estaba segura de que bajo su austeridad se ocultaba una buena persona.

—Estoy bien, gracias.

Habría dicho algo más, pero Bianca entró en la habitación y se quedó mirando al loro con disgusto.

—Me parece antihigiénico que este animal viva aquí —dijo en voz alta—. Mirad lo sucio que está todo a su alrededor.

—Está muy limpio —protestó Lorenzo, indignado.

—El loro hace mucha compañía a Lorenzo —dijo Donato, que acababa de llegar—, como sabrás muy bien. Y está muy bien cuidado, además de ser muy dócil.

Bianca levantó las cejas con incredulidad, pero cuando abrió la boca para contestar a su hermano, *Benito* decidió tomar la palabra.

—Oh, Bianca. Idiota, Bianca —proclamó.

—¿Habéis oído eso? —preguntó furiosa, volviéndose hacia los demás—. Me ha insultado. Ese bicho me ha insultado.

—Oh, Bianca.

El ave se estaba divirtiendo, evidentemente. Los presentes se esforzaban para contener la sonrisa, pero *Benito* hizo otro comentario, y Lorenzo tuvo que llevarse la mano a la boca para no reír.

—Ese jardinero… —dijo Donato.

Fingía sentirlo mucho, pero Grace estaba segura de que disfrutaba con aquello.

—El jardinero nuevo pensó que sería divertido enseñarle algunas expresiones bastante pintorescas —continuó Donato—. Desgraciadamente, no somos capaces de convencerlo para que las olvide.

—Qué desagradable —dijo Bianca, con las mejillas rojas—. Este animal no es una mascota adecuada para Lorenzo. Hay que deshacerse de él. Estoy segura de que mamá estaría de acuerdo conmigo.

—Creo que ya has dicho bastante —intervino Romano, mirando a su mujer con un reproche casi imperceptible.

Evidentemente, Bianca tenía intención de seguir, pero cuando miró a su marido se quedó paralizada durante un instante antes de encogerse de hombros, fingiendo despreocupación, y marcharse de allí.

—*Benito* no sabía lo que decía —empezó a explicar Lorenzo, con los ojos llenos de lágrimas—. No es culpa suya.

—No te preocupes —le dijo Donato con suavidad.

Sin embargo, miró a Grace de reojo, y ella supo perfectamente lo que pensaba: que el loro sí sabía lo que decía. Ella opinaba lo mismo.

—Cenaremos dentro de veinte minutos —dijo Donato al niño—. Vamos a tomar algo antes, pero no creo que quieras venir con nosotros.

—No —dijo Lorenzo, resentido—. Quiero quedarme aquí.

—Entonces, en veinte minutos —miró a Grace—. ¿Vienes?

Ella tampoco se sentía preparada para unirse a los demás. Preferiría quedarse con Lorenzo y *Benito*, pero no podía decirlo, pensó con rebeldía. Como de costumbre, la palabra de Donato era la ley.

La cena fue la pesadilla que esperaba, aunque las habilidades culinarias de Cecilia no habían disminuido en absoluto durante el año que había pasado fuera. Sirvieron carpaccio, que consistía en unos filetes muy finos de carne cruda, sazonada con salsa de especias y parmesano rallado. Era el plato favorito de Grace cuando vivía en Italia, y sospechaba que lo habían preparado en su honor.

A causa de aquello, y de la mirada de Bianca, que la observaba continuamente en busca de un signo de debilidad, se obligó a comérselo todo, aunque no estaba de humor para disfrutar de la deliciosa comida.

—Me alegro de que tengas un trabajo interesante —comentó Bianca cuando terminaron de cenar—. Te sentirás muy realizada y feliz, ¿verdad?

Durante la cena se había interesado por su ocupación, aunque Grace no recordaba haber dicho que se sintiera realizada ni feliz. Miró a la otra mujer sin contestar. No podía dejar de pensar en el hombre que se sentaba a su lado. Donato había hablado poco mientras comía, pero Grace había sido consciente de cada movimiento que hacía.

Era un hombre fascinante y enigmático, y Grace tenía que hacer acopio de voluntad para mantener la expresión tranquila. Había olvidado lo hipnótica que resultaba su presencia, cómo podía eliminar todos sus pensamientos con solo levantar las cejas, pero ahora lo estaba recordando muy bien.

—¿Cuándo vas a volver? —preguntó Bianca con fingida inocencia.

—Aún no estoy segura —contestó Grace, cortante.

—De momento se va a quedar en casa —intervino Donato—, y no tiene intención de volver a Inglaterra inmediatamente. Ahora, si ya hemos terminado todos, sospecho que Anna acecha con el postre.

Aquello era una advertencia a su hermana de que no debía hacer más preguntas, pensó Grace. De paso, al decir que se quedaba en casa, le decía a ella que aquél era su lugar. Se esforzó para que sus pensamientos no se reflejaran en su rostro. Donato podía insinuar todo lo que quisiera, pero no se iba a dejar intimidar por sus indirectas ni por sus órdenes; ahora era la dueña de su propio destino, y solo ella decidía lo que quería hacer.

Además, también había pasado a la historia la época en la que intentaba complacer a Bianca.

Lorenzo había comido poco y había hablado menos. Estaba inmóvil, con la vista clavada en el plato. Cuando Gina sirvió las copas de aguardiente, Grace se levantó de la mesa e hizo un gesto al niño.

—Lorenzo y yo estamos muy cansados, así que espero que nos disculpéis.

Observó con cierta satisfacción la mirada sorprendida de Donato. Lorenzo se apresuró a levantarse, y ella rodeó sus pequeños hombros con el brazo. En aquel momento, su principal preocupación era el niño, y no Donato, ni Bianca; ni siquiera su propia salud mental.

—Por supuesto —dijo Donato, acariciando los rizos de su hermano.

Sin embargo, Grace se dio cuenta de que la miraba con dureza, indicando que no le había gustado aquel gesto. Era una expresión que Grace había visto pocas veces en el pasado.

Sin embargo, no le importó. Ya no era la adolescente impresionable con la que Donato se había casado, ni la mujer destrozada que se había marchado de la casa un año atrás. Había cambiado mucho. No estaba muy segura de que le gustase más la persona que había ocupado el lugar de la antigua Grace, pero en aquel momento, por primera vez, se dio cuenta de que era más fuerte, de que algo positivo había salido de su desesperación. No podía pasarse toda la vida intentando complacer a los demás.

—Grace —dijo el niño, mientras subían la escalera—, *Benito* no ha tenido la culpa de lo que le ha dicho a Bianca. Solo es un pájaro, y estaba repitiendo lo que le ha enseñado el jardinero.

—¿Tan grosero ha sido?

Aunque hablaba el italiano casi tan bien como el inglés, Grace tenía cierta dificultad a la hora de entender las expresiones malsonantes, porque entre los Vittoria no eran muy frecuentes. En realidad, no estaba segura de haber oído hasta entonces las palabras que había pronunciado el loro.

Lorenzo le lanzó una mirada muy elocuente, aunque su lealtad hacia *Benito* le impidió explicar a Grace lo que significaba aquello exactamente.

—Bastante grosero —reconoció.

Cuando llegaban a la parte superior de la escalera dejó escapar un pequeño sollozo. Grace se arrodilló de inmediato junto a él y lo abrazó. El niño tardó unos segundos en relajarse entre sus brazos.

—No te preocupes por lo que ha pasado —le dijo, intentando tranquilizarlo—. Todos sabemos que no ha tenido la culpa.

—Bianca dice que tenemos que deshacemos de él —sollozó Lorenzo—. Tú la has oído. Y dice que mamá no habría querido que estuviera en casa. ¿Crees que es verdad? ¿Crees que mamá querría que lo echáramos?

—Sabes perfectamente que eso era una tontería, Lorenzo —dijo acariciándole la cabeza—. Tu madre adoraba a *Benito*. Fue ella quien te lo compró, ¿recuerdas? Siempre se reía mucho cuando decía algún taco.

—Pero Bianca ha dicho que…

—Me da igual lo que haya dicho tu hermana —dijo Grace con firmeza—. Se equivoca. Tu madre quería a *Benito* tanto como tú, o más aún, y estoy segura de que lo sabes.

—No podía quererlo más que yo —dijo el niño con voz temblorosa—. Es mi mejor amigo. Si se lo llevan…

—No se lo van a llevar.

El niño seguía mirándola, sin parpadear.

—No se lo van a llevar —repitió Grace—. Te lo prometo. ¿De acuerdo?

—Pero Bianca no quiere que esté en casa, y *Benito* lo sabe. Por eso es tan grosero con ella. ¿Y si pide a Donato que se lo lleve? Sé que lo odia.

—Donato no le haría caso. Te quiere mucho, y nunca te haría algo así. Si no me crees, pregúntaselo a él.

Cuando lo dijo, supo, sin lugar a dudas, que aquello era cierto.

—Ahora, vamos a tu habitación —continuó al ver que el niño se tranquilizaba—. Estás muy cansado, y la gente cansada no puede pensar con claridad. Nunca se van a llevar a *Benito*. Donato no lo permitiría.

Cuando Lorenzo salió del cuarto de baño, después de lavarse y ponerse un pijama a rayas, Grace lo esperaba sentada en la cama.

—Acuéstate —le dijo con una sonrisa—. Si quieres, te contaré un cuento, pero me tienes que prometer que después cerrarás los ojos e intentarás dormirte.

Prácticamente desde la primera noche que había pasado en la casa se había acostumbrado a improvisar cuentos para contar a Lorenzo cuando se

iba a dormir; incluso después de que naciera Paolo, se iba con él al dormitorio de Lorenzo y lo tumbaba en la cama, junto a su joven tío.

Aquella imagen le atravesó el corazón, y se esforzó para desechar el recuerdo mientras empezaba a hablar, con la esperanza de distraer al niño de lo que le esperaba al día siguiente.

Diez minutos después, cuando Donato entró en la habitación, Lorenzo se incorporó. Sus palabras indicaban que aún seguía pensando en lo que había ocurrido antes de cenar.

—Grace dice que no te llevarías a *Benito* —dijo a su hermano directamente.

Aunque intentaba hablar con tranquilidad, su tono nervioso era inconfundible. Donato miró a Grace con agradecimiento antes de volverse hacia su hermano, con ternura.

—Y tiene toda la razón del mundo —le aseguró—. ¿Te echaría a ti de casa? Claro que no. Pues a *Benito* tampoco; forma parte de la familia, y no lo echaría nunca. Es cierto que a veces puede ser muy travieso —dijo con expresión divertida—, pero nunca podría hacer nada que me impulsara a llevármelo, confía en mí.

—Claro que confío en ti, Donato —dijo el niño con absoluta convicción.

Grace se mordió el labio. En el pasado, ella habría dicho lo mismo, pero ya no.

—Grace me estaba contando un cuento —continuó Lorenzo—, sobre un niño que tenía un coche mágico. ¿Quieres escucharlo tú también?

—¿Puedo? —preguntó Donato.

Grace asintió, no demasiado segura, y consiguió dedicarle una sonrisa. Aquello le recordaba demasiado a los días que ya habían pasado para siempre.

—Claro que sí.

Donato sonrió y tomó asiento en una silla cercana a la cama.

—Ahora Paolo ya no está solo —dijo Lorenzo de repente—. Le gustaba que lo acunaran, y ahora mamá podrá acunarlo todo el rato.

Al oír las palabras de su hermano, Donato se puso en pie y se acercó a la ventana para mirar el jardín, con las manos metidas en los bolsillos. La tensión de su cuerpo era evidente.

Siguió allí, de pie, en silencio, mientras Grace contaba el cuento a Lorenzo, y cuando la respiración pausada y rítmica del muchacho confirmó que se había quedado dormido, Grace llamó a Donato en voz baja y le indicó con la cabeza la puerta del dormitorio.

Una vez en el pasillo, se sintió de repente tímida y asustada, muy distinta de la mujer llena de determinación que había sacado a Lorenzo del comedor.

—Gracias por asegurarle que no te llevarás a *Benito* —le dijo—. Necesitaba que se lo confirmaras. Para él, el loro es mucho más que un loro.

—Ese loro es mucho más que un loro para todos —dijo Donato con voz sarcástica.

—No puedes culparlo por defenderse.

Grace había empezado a hablar de forma acalorada, pero se detuvo en seco al darse cuenta de lo ridículas que eran sus palabras.

—¿Lo ves? —preguntó Donato, apoyándose en la pared y cruzándose de brazos—. Tú misma estás atribuyendo cualidades humanas a un ave. Sabes tan bien como yo que *Benito* era plenamente consciente de lo que significaba lo que le ha dicho a Bianca. Ese bicho nos ganaría a cualquiera de nosotros en un enfrentamiento dialéctico.

—Aunque fuera así, y no estoy diciendo que lo sea, Bianca se lo merecía.

—Bueno —Donato se enderezó, divertido—, dejando al margen la imposibilidad física de lo que *Benito* le ha sugerido que haga, su lenguaje no es el más apropiado para el compañero de un niño pequeño. No obstante, reconozco que en este caso ha tenido motivos para decir lo que ha dicho.

—Exactamente.

Se alegraba mucho de que Donato hubiera afrontado el incidente con una actitud razonable.

—¿No creías que fuera a reaccionar así? —preguntó él, demostrando una vez más que le leía el pensamiento—. ¿Pensaste que su futuro estaba en peligro?

—Todo lo contrario —protestó Grace rápidamente—. Estaba segura de que serías incapaz de hacer nada que hiciera daño a Lorenzo. No se me

pasó por la cabeza ni por un momento la posibilidad de que fueras a llevártelo. Entiendes a Lorenzo demasiado bien.

Su voz se quebró cuando Donato se acercó a ella, mirándola intensamente, pero sin revelar ninguna emoción.

—Sin embargo, a ti no te entiendo en absoluto. Podría aceptar el hecho de que necesitabas pasar cierto tiempo fuera, porque los recuerdos estaban demasiado presentes en esta casa, para huir del dolor; de mí. Sin embargo, parece que el tiempo no ha curado nada, ¿no es así?

—¿De verdad creías que lo curaría? —preguntó sin poder ocultar la amargura—. ¿Pensaste que sería capaz de olvidar el pasado?

—No puedes vivir en el pasado para siempre, Grace —dijo con suavidad—. Tampoco puedes quedarte de forma indefinida en la burbuja de cristal que te has construido. Para empezar, yo no voy a permitírtelo.

—Donato…

—Tenemos que hablar de lo que ha pasado. Por doloroso que resulte, es necesario hacer que la herida cicatrice.

Grace no daba crédito a sus oídos. No era posible que Donato esperase que se sentase con él a charlar sobre su aventura con María.

—¡No! —gritó, furiosa—. No tengo nada que decirte. Es demasiado tarde.

—Eso no es cierto, y me parece inaceptable —la suavidad de la voz de Donato había desaparecido—. Para mí, «demasiado tarde» es algo que no tiene ningún sentido.

—No pienso…

—Hace cinco años que me conoces, y has vivido conmigo durante una buena parte de ese tiempo —continuó Donato, como si Grace no hubiera abierto la boca—. Sabes que al final siempre consigo lo que quiero, y te quise desde el momento en que te vi por primera vez. No tengo intención de renunciar a ti, y será mejor que lo asumas cuanto antes.

—No tienes ningún derecho sobre mí. Renunciaste a todos tus derechos y lo sabes perfectamente. Ningún tribunal del mundo diría lo contrario. ¿Cómo es posible que…?

—¿Donato?

La voz de Bianca los interrumpió. Los dos volvieron la cabeza hacia la escalera.

—¿Ocurre algo, Donato? —preguntó su hermana—. ¿Le pasa algo a Lorenzo?

Donato maldijo entre dientes, mientras Bianca subía los últimos escalones. Grace hizo acopio de voluntad y caminó hacia Bianca, que se había detenido al verlos. La hermana de Donato los miró con extrañeza y algo de alarma antes de adoptar rápidamente su habitual máscara dulce e inocente.

—Estábamos preocupados —explicó Bianca—. Lorenzo ha comido muy poco. ¿Es que le duele el estómago? Pobrecillo.

—No. No le duele el estómago —contestó Donato con frialdad—. Estaba preocupado por *Benito*, eso es todo, y no estoy dispuesto a tolerar que vuelvas a insinuar algo como lo que has sugerido antes de la cena, ¿está claro? El loro no se va a marchar de aquí, y es mi última palabra.

—Por supuesto —dijo Bianca, con extremada suavidad—. No lo decía en serio, y estoy segura de que lo sabes. Ese bicho me cae bastante mal, pero sé que Lorenzo siente un cariño exagerado por él. Estaba preocupada por su salud, simplemente, y tal vez un poco por su moral. No es bueno que oiga esas obscenidades, y de eso hay que convencer tanto a Lorenzo como al pájaro, ¿no te parece?

—Creo que Lorenzo oirá cosas mucho peores a lo largo de su vida —dijo Donato con sequedad—, aunque estoy de acuerdo en que el jardinero no debió enseñarle esas cosas. Hablé con él, y te aseguro que no volverá a intentarlo. De todas formas, no puedes deshacerte de un loro solo porque repite lo que le han enseñado, y no hay nada más que decir.

Las últimas palabras constituían una advertencia directa, y a pesar de que fingía preocuparse por su hermano pequeño, Bianca dejó ver la cólera que le causaba el hecho de que la reprendieran delante de Grace. Miró a Donato con rencor antes de recuperarse y tomarlo del brazo, con una sonrisa temblorosa.

—Bueno, tampoco deberíamos hacer una montaña de un grano de arena —dijo con expresión triste—. Lo que pasa es que estoy muy preocupada por la posibilidad de que Lorenzo olvide los valores que le inculcó mamá. Quiero que crezca fiel a las tradiciones de los Vittoria. Mamá lo quería tanto… Me siento en cierto modo responsable de continuar con su tarea.

Muy inteligente, pensó Grace, mientras los seguía escaleras abajo. Bianca había tomado el brazo de su hermano de forma que él sería descortés si se apartaba e intentaba quedarse.

No creía que Bianca estuviera pensando en Lorenzo ni en nadie más al atacar a su mascota. Sencillamente, detestaba al loro, y había aprovechado la oportunidad para sugerir a Donato que se lo llevara de allí, con la excusa de que era antihigiénico y su vocabulario constituía una mala influencia. De todas formas, no le importaba. Lo único que debía importarle era el bienestar de Lorenzo. Nunca más tendría que intentar llevarse bien con Bianca; aquello había acabado doce meses atrás, cuando vio el placer con que escupía el veneno que acabaría con su matrimonio.

Una vez en el vestíbulo, Donato se detuvo y se volvió para mirarla. Bianca seguía colgada de su brazo, como una rémora.

—¿Vas a tomar un café con nosotros? —le preguntó.

—No, gracias. Si me disculpáis, estoy muy cansada —dijo amablemente, pero con una firmeza inconfundible.

—Claro. Buenas noches, Grace.

Donato volvió a mirarla con incredulidad, como si no entendiera cómo habían acabado así.

—Buenas noches.

Donato ya había empezado a alejarse antes de que ella contestara, pero cuando se despidió, Bianca se volvió y le dio las buenas noches con voz alegre. Sin embargo, su tono contrastaba con su mirada, propia del mismo demonio.

Capítulo 5

—**D**os semanas… —murmuró Grace soñolienta, mientras miraba un rayo de sol que bailaba entre las cortinas.

Estaba en la enorme cama que Donato había insistido en comprar para su dormitorio. En contraste, se sentía diminuta.

Ya llevaba dos semanas en Italia, y los días habían sido agridulces, llenos de una mezcla de dolor y placer que no podía explicar. El entierro había sido traumático, pero Lorenzo la había sorprendido con su madurez, su fuerte autodominio y la dignidad con que mostraba el dolor, demostrando que Donato tenía razón al insistir en que debían permitir a su hermano pequeño que asistiera.

Donato…

Se tumbó boca abajo, pero la excitación y la aprensión que le producía a la vez disiparon los restos de su sueño, a pesar de lo temprano que era. Después de dar vueltas durante unos minutos se sentó de golpe, con el ceño fruncido, para levantarse.

Debería alegrarse de que Donato se hubiera comportado con tanta frialdad desde el día de su llegada a Casa Pontina, y se alegraba, se dijo con firmeza, mientras el agua caía por su piel. Lo único que ocurría era que…

En realidad, no sabía qué ocurría. Tomó el champú y se masajeó la cabeza con más fuerza de la necesaria. Recordó una canción que decía que olvidar a un hombre era tan fácil como lavarse la cabeza. Si fuera cierto…

Mucho antes del desayuno ya estaba preparada, sentada bajo el sol y bebiendo un vaso de agua mineral del frigorífico de la habitación, mientras pensaba en el día que tenía por delante.

La noche anterior, con tanta frialdad como de costumbre, Donato había comentado que podía ir con Lorenzo y con él a Amalfi. Tenía unos amigos en la cercana localidad costera, con un hijo de la edad de su hermano. Lorenzo estaba tan contento ante la posibilidad de visitar a Giuseppe que Grace no se había atrevido a negarse, aunque la idea de pasar un día tan cerca de Donato no le agradaba en absoluto. Sin embargo, se dijo que era perfectamente lógico, dadas las circunstancias.

Dejó que su vista vagara por los cuidados jardines, bajo el cielo azul. Había estado casada con él; en realidad, aún lo estaba. Prohibió a su mente seguir por aquel derrotero y conjurar los detalles íntimos que llenaban sus sueños y la turbaban en la vigilia, pero resultaba difícil, cada vez más.

Se preguntó desesperada por qué tendría que ser tan atractivo. Pero estaba segura de que se trataba simplemente de la atracción física, del magnetismo sexual. Daba igual cómo lo llamara; no significaba absolutamente nada.

Sin embargo, sus firmes convicciones vacilaron unos minutos después, cuando entró en la habitación del desayuno y vio que Donato ya estaba en su silla. Se había puesto unos vaqueros y una camisa que realzaba su cuerpo atlético.

Sintió que los sentidos la traicionaban cuando los ojos negros de Donato se entrecerraron para mirarla. Había algo en su expresión que la hizo sonrojarse, mientras saludaba con cortesía.

—Buenos días.

—Inocente e inmaculada.

—¿Qué? —preguntó, mirándolo sorprendida, convencida de que lo había entendido mal.

—Inocente e inmaculada. Es el aspecto que tienes esta mañana —contestó, mientras dejaba en la mesa el periódico que estaba leyendo y se apartaba para contemplarla mejor—. Te queda muy bien el blanco virginal.

Había un fuerte mensaje sexual en sus ojos negros; una avidez y un deseo que indicaban que estaba recordando con todo detalle la pasión que los consumía en el pasado cada vez que se rozaban. Sin poder evitarlo, Grace sintió que su cuerpo reaccionaba ante aquellos pensamientos. Se esforzó por tranquilizarse y respiró profundamente.

Donato se estaba burlando de ella, pero la llegada de Lorenzo, desvió su atención de Grace.

—Supongo que estarás deseando ver a Giuseppe —dijo a su hermano, dedicándole una sonrisa cálida, muy distinta de la que acababa de lanzar a Grace—. Te recuerdo que vamos a pasar fuera un día, y no una semana —añadió al ver la gran bolsa de viaje que llevaba el niño.

—Me llevo unos juegos de ordenador y el *joystick* —explicó Lorenzo—, para que podamos jugar con el ordenador de Giuseppe. También quiero enseñarle mis libros de coches nuevos, y mis soldaditos.

Buenos días, Grace —añadió rápidamente, al darse cuenta de que no había saludado—. Estás muy guapa.

—Eso mismo le estaba diciendo yo —comentó Donato con absoluta inocencia—. Supongo que llevarás en la bolsa el traje de baño, para poder bañarte en la piscina de Giuseppe, ¿no? Grace y yo vamos a aprovechar para visitar Salerno. Siempre quisimos ir juntos, pero nunca llegamos a hacerlo, y estoy seguro de que le encantará ver el casco antiguo de la ciudad, ¿no te parece?

A Lorenzo le gustó que le preguntara su opinión y asintió entusiasmado, dejando a Grace en la difícil posición de negarse, defraudando al niño, o acceder, permitiendo que Donato los manipulara a ambos en su provecho. Al final se decidió por la segunda opción, y se conformó con mirar a Donato con acidez mientras Lorenzo se servía el desayuno. Él respondió levantando las cejas y mirándola con fingida inocencia, desmentida por su sonrisa satisfecha.

Aquel hombre era un monstruo, pensó Grace mientras atacaba un pomelo y un par de tostadas. Arrogante, engreído y endiosado como él solo. La sacaba de quicio. No entendía cómo había llegado a creer que estaba enamorada de él.

Levantó la mirada durante un momento, y la sonrisa de Donato le dijo que era consciente de lo que pensaba. También le recordó por qué lo había amado tanto. Grace se mordió el labio y no volvió a levantar la vista del plato.

—He pensado que podríamos marcharnos sobre las nueve —comentó Donato cuando terminaron de desayunar—, si os parece bien.

Hablaba con cortesía, como había hecho durante las dos semanas anteriores, pero cuando Grace volvió la cabeza para mirarlo vio que el fuego que había visto en sus ojos al llegar no se había apagado.

Sin embargo, desde el enfrentamiento que tuvieron en el pasillo, la noche de su llegada, se había mostrado muy distante con ella. Grace se preguntó si todo había sido una farsa, y en tal caso, por qué. También era posible que estuviera jugando con ella, como un gato con un ratón, por algún oscuro motivo. No lo sabía; no era capaz de comprender a Donato, y tampoco quería comprenderlo.

Poco después de las nueve salió por la puerta principal y lo vio apoyado, cruzado de brazos, en el coche blanco que utilizaba cuando

quería conducir él. Lorenzo ya estaba en el asiento trasero, acompañado de su enorme bolsa.

El brillante sol la deslumbró, y de repente le pareció ver la figura de Donato sobre el coche en blanco y negro. Parpadeó insegura y se llevó la mano a la garganta. La imagen le resultaba amenazadora.

La sensación se debió notar en su rostro, porque Donato estaba a su lado en dos pasos, tomándola del brazo.

—¿Qué te pasa? Estás tan pálida como si hubieras visto un fantasma.

Sus manos la sujetaban con firmeza, y su aroma le resultaba muy conocido. Aquello despertó su alarma. Durante un instante se había sentido como debía sentirse un animal en el momento en que caía en una trampa de la que no podía escapar. Pero ella sí que podía escapar, se recordó. En realidad, ya lo había hecho.

—Me he mareado —dijo con un hilo de voz—. Debe ser el calor. Creo que ya me había vuelto a acostumbrar al frío y la lluvia de Inglaterra.

—¿Preferirías quedarte en casa?

Desde luego, lo preferiría. Pero Lorenzo la miraba nervioso por la ventanilla. El niño era lo primero.

—No, ya se me está pasando. Lorenzo se decepcionaría, y se está recuperando muy bien. Está mucho mejor que al principio, ¿no te parece? Los niños se adaptan muy deprisa.

Donato se quedó mirándola durante largo rato sin hablar. Su expresión le indicaba que era consciente de lo que había querido decir.

—Sigue necesitando que estés aquí —contestó con firmeza—. Tú lo sabes, y yo también, así que no finjamos lo contrario. Aún no puedes huir.

—¿Huir? —la indignación le repuso las fuerzas al instante—. ¿Cómo que no puedo huir? Te recuerdo que he venido por mi propia voluntad, y me voy a quedar con Lorenzo todo el tiempo que haga falta, a pesar de que tengo en Inglaterra un trabajo y otros compromisos.

—No sabes cuánto te lo agradezco —contestó Donato con sarcasmo.

—Deberías agradecérmelo. No creerás que me gusta estar aquí, ¿verdad? Lo odio. Te odio.

Lo dijo con la necesidad desesperada de convencerse, más que de convencerlo a él, pero le pareció ver una expresión de dolor en los ojos de

Donato, antes de que la mirasen con cólera. Se dijo que solo había sido un efecto óptico.

—Cállate —dijo con tono gélido—. No estoy dispuesto a permitir que inquietes a Lorenzo con tu incapacidad para controlarte, ¿está claro? Lo que pienses sobre mí es asunto exclusivamente tuyo, pero no vas a agobiar al pobre niño con eso. Tenía un mejor concepto de ti, Grace —concluyó con el tono que habría empleado con una niña traviesa.

Durante un momento, Grace tuvo la impresión de que tenía tres años en lugar de veintitrés, y no la ayudó gran cosa el hecho de saber que Donato tenía razón: se estaba portando mal. Afortunadamente, su cuerpo la ocultaba de la mirada de Lorenzo, y como la radio del coche estaba encendida, no creía que se pudiera oír su conversación desde dentro.

Sin embargo, al hablar no había pensado si Lorenzo podría verla y oírla o no. Se mordió el labio, obligándose a tranquilizarse.

No entendía qué le estaba pasando. Normalmente no se comportaba nunca así, pero había hablado sin pensar, y aquello la asustaba.

—Lo siento. No debería haber dicho eso.

Quería llorar, pero preferiría morirse a permitir que Donato se diera cuenta.

No tenía idea de lo delicada que parecía a ojos del hombre que la sujetaba por los hombros. Tampoco se dio cuenta de que tenía los ojos brillantes y le temblaba el labio inferior, de modo que se sorprendió cuando él la abrazó de repente.

—Te estás destrozando, cariño —dijo Donato con suavidad—, y eso no te va a servir de nada.

Grace no tuvo tiempo para reaccionar antes de que él se apartara. La tomó por el brazo y la ayudó a bajar los escalones con delicadeza, sin revelar ningún sentimiento. Una vez en el coche, Grace se dio cuenta de que estaba temblando, y no solo a causa del intercambio de palabras.

Lo deseaba. Lo deseaba mucho físicamente, y cada día que pasaba en Casa Pontina era peor que el anterior. Cuando la había abrazado durante unos segundos, la reacción que había tenido le había parecido inaudita.

Quería sentir sus manos y su boca en todo el cuerpo; quería que la acariciase, que la excitara hasta que se perdieran el uno en el otro. Aquélla era la sensación contra la que había estado combatiendo continuamente, día y noche; sobre todo de noche. Se estaba volviendo loca.

Porque además del recuerdo de las noches de pasión con su marido había otra imagen grabada en su mente: la de Donato y María juntos, con los cuerpos entrelazados, consumidos por el fuego de la pasión compartida. Se preguntó si le habría dicho que la amaba. No era la primera vez que se lo preguntaba, pero todas las veces se sentía morir. Era muy probable que sí. Lo habían tenido todo, y ahora no tenían nada.

Habló muy poco en el camino a Amalfi, pero su silencio pasó desapercibido, porque Donato mantuvo una animada conversación con Lorenzo. De vez en cuando la miraba de reojo, pero ella miraba por la ventanilla con obstinación.

Tal vez Donato pudiera charlar y reír con su hermano como si no tuviera ninguna preocupación en el mundo. Probablemente no la tenía, pensó Grace con amargura. Sin embargo, ella tenía los nervios tensos como cuerdas de piano. Donato la había traicionado, y sin embargo era ella la que sufría. No le parecía justo. La vida no era justa. Tal vez estuviera cayendo en la autocompasión, pero le daba igual.

Cuando llegaron a la casa de los amigos de Donato, Grace se llevó otra sorpresa. Había visto a Alessandro y a Anna un par de veces, y tanto ellos como Giuseppe le caían muy bien, pero al entrar en el precioso jardín, protegido del sol por un emparrado rodeado de magnolios, vio a alguien más.

—Te presento a Emmanuele —dijo Donato, tomando en brazos al bebé, después de los saludos iníciales—. Manuele para los amigos.

Aunque tenía en brazos al niño, de seis meses, su mirada estaba clavada en el rostro pálido de Grace. Ella se dio cuenta de que había observado su impresión y su pánico.

«Lo ha hecho a propósito», pensó mientras abría los brazos de forma instintiva para recibir al bebé que le tendía Donato, sin darle tiempo a protestar. Después de la muerte de Paolo le había resultado muy doloroso tener contacto con bebés, y no había tenido ninguno en brazos desde que había sujetado el cuerpo sin vida de Paolo, antes de que llegaran a llevárselo.

Era vagamente consciente de que Anna se llevaba a los dos muchachos al interior de la casa, dejándolos a solas, y de que Donato se sentaba en una tumbona. Todo su ser estaba concentrado en el niño que dormía en su regazo, sin moverse, a pesar de que había cambiado de brazos.

Era precioso. Grace miró sus densas pestañas, sus suaves mejillas de bebé y la pequeña mano en la que apoyaba la barbilla, con un hoyuelo. Sus delicadas uñas parecían transparentes. Como las de Paolo.

—Volveremos a verlo —dijo Donato con la voz ronca por la emoción.

Grace levantó la mirada y se dio cuenta de que él también tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¿Lo crees? —susurró con voz entrecortada—. ¿De verdad lo crees?

—Con todo mi corazón —alargó una mano para acariciar la frente del niño—. Un día nos reuniremos todos, y esta vida nos parecerá el parpadeo de un ojo, un instante en la eternidad. Pero de momento tenemos que vivirla.

—Y tú crees que no estoy viviendo, ¿verdad? —preguntó lentamente—. ¿Por eso has planeado esto?

—En parte.

Donato no intentó fingir que no sabía lo que decía, ni pedir disculpas, aunque se alegraba de que Grace se lo hubiera tomado tan bien. Había sido una jugada muy arriesgada, pero no había más remedio que hacerlo.

Grace se quedó mirándolo, con la cabeza hecha un torbellino, antes de volver a mirar al bebé, que empezaba a moverse. Había que ser cruel para ser amable. El viejo dicho era más cierto que nunca, y conociendo a Donato como lo conocía, sabía que no vacilaría nunca para hacer lo que le parecía que estaba bien, por desconsiderado que pareciera. Se quedó muy quieta, acostumbrándose poco a poco al olor y a la sensación del bebé. Donato guardó silencio hasta que Anna salió con una bandeja de café y reanudaron la vida normal.

—¿Estáis seguros de que no os queréis quedar a comer? —insistió Anna cuando Donato se levantó al cabo de unos minutos, tomando a Grace de la mano.

—Esta vez no —contestó Donato, con una sonrisa encantadora—. De todas formas, volveremos a tiempo para cenar, y espero ver a Alessandro. ¿Sigue trabajando tanto como siempre?

—Sí —contestó Anna, alzando la vista exasperada.

Se apoyó el bebé en la cadera, como las madres habían llevado a sus hijos desde el principio del tiempo, y los siguió al coche.

A Grace le dolía ver a aquel niño de ojos brillantes y pelo oscuro, tan parecido a Paolo, pero el dolor era más triste que desgarrador, a diferencia

del tormento que había vivido al principio. De todas formas, se alegró cuando torcieron la esquina y perdieron de vista la casa. Se volvió hacia Donato y lo rozó en el brazo.

—¿Es Manuele el motivo por el que no querías quedarte todo el día en la casa, con Lorenzo? —preguntó suavemente—. ¿Pensaste que sería insoportable para mí?

Donato la miró de reojo, concentrado en la conducción.

—En parte —reconoció.

—Entonces, ¿por qué quisiste ir a casa de tus amigos? —preguntó, confundida—. No tenías por qué hacerlo.

—Lorenzo necesitaba estar con otro niño durante un rato. Y además, ya iba siendo hora.

—¿Qué quieres decir?

—Ya era hora de que te enfrentaras a Manuele y a los niños de su edad. Además, ya te he dicho que el bebé era solo en parte el motivo por el que no quería pasar el día con Anna y los niños. ¿No se te ocurre ningún otro motivo, querida? ¿No te parece que es posible que quiera pasar unas horas a solas con mi esposa? ¿No te parece una intención normal en un marido?

—No digas eso —murmuró Grace, combatiendo el pánico.

—Pero es la verdad. Por odiosa que te resulte la idea, el hecho es que eres mi esposa, y hemos pasado un año separados.

—¿Y quién tiene la culpa de eso? —preguntó con amargura—. Tú…

—No digas más —interrumpió Donato con voz cortante—. No tengo intención de pasarme el día discutiendo contigo. Eso no será bueno para ninguno de los dos. Aunque solo sea por lo que compartimos en el pasado, ¿no eres capaz de firmar una tregua conmigo, durante un día?

Grace se quedó muy quieta, con las manos entrelazadas en el regazo y el cuerpo muy rígido. Su corazón latía con tanta fuerza que tenía la impresión de que le iba a estallar el pecho. No quería pasar un día a solas con Donato, y mucho menos, firmar el alto el fuego. Estaba demasiado asustada. No era que tuviera miedo de él; era algo peor. No confiaba en sí misma, y le asustaba la reacción que pudiera tener si bajaba la guardia durante un momento.

Cerró los ojos durante un segundo para acallar la punzada de desprecio que sentía por sí misma. A veces tenía la impresión de que se

comportaba como un ratón, y no como una mujer. No sabía dónde estaba su amor propio. Estaba segura de que Donato sabía exactamente lo que opinaba de él, y era imposible que no entendiese que para ella su relación había acabado. Sin embargo, aunque solo fuera en memoria de Paolo, por la vida que habían creado, podía soportar un día de armisticio.

—De acuerdo —suspiró al fin—. Firmaremos una tregua, solo por hoy. ¿Amigos?

—Amigos —contestó Donato, con su seductora voz ronca—. ¿Qué te parece si nos vamos a comer y después te enseño Salerno? Después, si quieres, iremos a una cala que conozco y nos bañaremos en ese mar azul que miras con tanta añoranza.

Era cierto; había estado mirando el mar, de color azul zafiro, deseando poder sumergirse en él, pero no en aquel momento, en compañía de Donato, y mucho menos en una cala apartada. Recordó que en el pasado les encantaba buscar calas desiertas, en las que tenían la impresión de ser las dos únicas personas del mundo, y también recordó lo que ocurría invariablemente cuando salían del agua para tumbarse en la arena dorada, bajo el cielo azul, mecidos por el ruido del oleaje.

—Nada de eso —se apresuró a decir, con más impaciencia que tacto—. No podemos ir a nadar. Para empezar, no me he traído el traje de baño ni la toalla, y para seguir, tenemos que llegar a tiempo para cenar. No podemos hacerlos esperar.

—Desde luego que no —contestó Donato con tranquilidad, indicándole que era plenamente consciente del motivo de su reticencia—, pero esta mañana he metido en una bolsa todo lo que necesitamos para ir a la playa, y tenemos un montón de tiempo antes de la cena. En fin; ahora vamos a comer, y después creo que empezaremos por la catedral. Estoy seguro de que te encantará el campanario románico, de principios del siglo trece. Además, en el interior hay unas obras de arte impresionantes.

Hablaba con naturalidad, como si no fuera consciente de que estaba pasando por encima de las objeciones de Grace. Sin embargo, sabía perfectamente lo que hacía. A ella le bastó con mirarlo de reojo para darse cuenta de que estaba menos interesado en enseñarle la catedral de Salerno que en irse después a nadar con ella.

Sin embargo, después de comer en uno de los pequeños restaurantes que había en las estrechas calles del centro de la ciudad, tuvo que reconocer que estaba disfrutando de la excursión, tal vez demasiado. Donato era un acompañante y guía muy atento. Una tregua. Grace meditó

sobre la palabra mientras atravesaban la entrada principal del atrio, flanqueada por dos leones impresionantes. Pero, por lo menos en lo que a ella respectaba, la tregua iba a durar solo un día, tal y como habían pactado.

Volvieron al coche en el calor de la tarde, y para entonces todas sus objeciones a la idea de zambullirse en el agua cristalina se habían evaporado, junto con gran parte de sus líquidos corporales. El sol implacable la azotaba desde el cielo sin nubes, a pesar de que estaban a principios de mayo. Durante los últimos cinco días habían experimentado una desacostumbrada ola de calor, y la temperatura era muy superior a la habitual en aquella época.

Sin embargo, a Donato no parecía molestarle el calor. Parecía tan fresco y relajado como siempre. Grace lo miró de reojo cuando se dejó caer en el asiento de la sauna en que se había convertido el coche, más irritada de lo que podría explicar por la negativa de Donato a dejarse dominar por los elementos.

—¿No tienes calor? —murmuró exasperada cuando él subió al coche—. Esto es un verdadero horno.

Para Grace, el dominio de Donato sobre sí mismo y su entorno era algo que estaba estrechamente unido al fracaso de su relación.

—Eso es porque estás acostumbrada al clima inglés —dijo mirándola divertido—. Aún no has tenido tiempo para acostumbrarte a esta temperatura, eso es todo.

—¿Acostumbrarme? Teniendo en cuenta mi suerte, seguro que me acostumbro justo antes de volver, y después me congelo en Inglaterra. Porque estoy segura de que allí estará lloviendo como siempre.

Grace lo miró de reojo para observar el efecto que tenía su comentario sobre Donato, pero no parecía que le hubiera afectado.

—Es posible —contestó en tono lacónico—, pero se te pasará un poco el calor en cuanto pongamos el coche en marcha, así que ten un poco de paciencia.

De modo que aceptaba su intención de volver pronto a Inglaterra. Grace esperó una oleada de alivio que no llegó; en su lugar un fuerte dolor le atenazó el pecho, y aquello la aterrorizaba.

Se sentía completamente estúpida. No sabía qué esperaba. Desde luego, no deseaba una promesa de amor eterno por parte de Donato. No deseaba que se disculpara, que le dijera que la necesitaba, que no podía

vivir sin ella y que lo de María había sido un error del que se arrepentía profundamente.

Mientras abandonaban Salerno para tomar el paseo marítimo, tenía las manos fuertemente apretadas en el regazo, y no sentía la cálida brisa que entraba por la ventanilla abierta. Donato era un hombre orgulloso que poseía una inteligencia comparable solo a su autodominio. También tenía un magnetismo sexual innegable, que atraía a las mujeres como moscas a la miel. No necesitaba rogarle que se quedara; podía tener a cualquier mujer que deseara con solo chasquear los dedos. Grace lo sabía. Lo sabía muy bien.

Respiró profundamente y se esforzó para relajarse. Incluso en el caso de que ya no estuviera con María, sin duda otra mujer, bella y elegante, había ocupado su lugar. El apetito sexual de Donato no se aplacaba fácilmente.

—Pareces uno de los siete enanitos; Gruñón, para ser exactos.

Grace estaba tan sumida en sus pensamientos que casi dio un salto al oír la voz de Donato. Se volvió hacia él, sorprendida.

—¿Qué te pasa para que tengas el ceño fruncido todo el rato, querida? —continuó él—. Da un poco de miedo.

Grace estuvo a punto de decirle que no quería que utilizara con ella apelativos cariñosos, pero se tragó las palabras. Tenía que hacerle creer que era inmune a sus encantos, por difícil que le resultara y por poco probable que fuera que Donato creyera algo así. Se dijo con firmeza que la podía llamar como quisiera. No le importaba.

—¿Qué he hecho ahora? —insistió Donato, mirándola de reojo.

—¿Tú? —Grace forzó una risa, que sonó artificial—. ¿Qué te hace pensar que esto tiene algo que ver contigo? Podría haber estado pensando en cualquier otra cosa.

—Algo en la forma que tienes de apretar los labios. Es una pena, en realidad, porque normalmente tienes una boca preciosa, una boca que invita a besarla.

—¡Basta!

—Y tu piel —continuó Donato, como si no lo hubiera interrumpido—, tan suave y pálida, con un aroma propio que no se debe a los perfumes… No sabes cuánto he echado de menos despertarme por la mañana y hundirme en ese olor, despertarte con caricias, hasta que…

—¡He dicho que basta!

Grace giró en redondo para mirarlo, con la pálida piel que Donato acababa de mencionar roja como un tomate. No entendía cómo podía excitarla hasta tal punto con unas simples palabras, sin tocarla siquiera.

Pero Donato era un estratega genial. En el pasado, les bastaba con rozarse para que la pasión los consumiera, con una fuerza que parecía amenazar con ahogarlos. Y ahora Donato sembraba en su mente el recuerdo de aquellos momentos, despertando los deseos ocultos contra los que había luchado durante doce largos meses.

—¿Por qué no puedo hablar de eso? —preguntó él—. ¿Porque tienes miedo de lo que sientes en realidad? ¿Porque temes que pueda derribar esa muralla que has erigido entre nosotros?

—Una relación entraña algo más que sexo —contraatacó ella.

—¿Una relación? Querrás decir un matrimonio, cariño. Soy tu marido.

—¡No! Ya no.

—Sabes que sí, y además me deseas. Me deseas con todas tus fuerzas —afirmó con arrogancia—, y si lo niegas sabré que mientes.

—No quiero hablar de esto —dijo Grace, desesperada—. Has propuesto una tregua, ¿no? Una tregua durante un día.

—Eso he hecho —contestó con una sonrisa sarcástica—, y siendo como eres, tendrás intención de hacer que me atenga a mi promesa.

—Claro que sí —dijo Grace, mirándolo con desconfianza—. Hemos hecho un trato.

—Sí, debí imaginarlo.

Un rato atrás habían tomado un camino angosto y serpenteante que salía de la carretera principal. De repente, Donato detuvo el coche, y Grace miró a su alrededor. Ante ella había una cala pequeña, con una franja de arena que separaba las rocas del agua transparente.

—Oh —miró a Donato, sorprendida—. Es una cala preciosa.

—Y muy íntima.

Antes de que Grace pudiera contestar, él había salido del coche y lo estaba rodeando para abrirle la puerta.

—Vamos —le dijo—, no tenemos mucho tiempo. Recuerda que Anna está preparando la cena.

Se estaba burlando de las objeciones que Grace había presentado antes, pero ella decidió no hacerle caso. Tenía algo mucho más importante en la cabeza: que se iba a ver obligada a ponerse delante de él el bikini que había llevado para ella. Donato ya se estaba desabrochando los botones de la camisa vaquera, con despreocupación.

Lo estaba haciendo a propósito. Grace sabía que la estaba retando al mostrarse desnudo con tanta naturalidad, pero era incapaz de apartar la vista. Sabía que Donato tenía un cuerpo precioso, pero había olvidado hasta qué punto. Ahora que lo miraba, sin poder ocultar su fascinación, sintió un impulso sexual que le recorría las venas.

—¿Grace?

La voz suave y sensual de Donato le provocó un estremecimiento.

—¿Sí?

Lo miró, y en sus ojos estaba la expresión divertida que sabía que se iba a encontrar.

—¿No vas a cambiarte? —preguntó él con fingida inocencia.

Grace intentó obligarse a decir algo coherente, a decir algo, pero tardó varios segundos en reaccionar.

—Sí, claro —balbuceó—. Ahora.

Se apeó del coche, a pesar de que las piernas amenazaban con no sujetarla, y abrió la puerta trasera para recoger la bolsa en la que estaba su biquini, pero a pesar de que le estaba dando la espalda tenía en la mente la imagen de su fuerte pecho masculino, de sus esbeltas piernas, del estómago plano que conducía al círculo oscuro de su masculinidad. La deseaba. La deseaba en aquel momento; su cuerpo no dejaba lugar a dudas. Pero el deseo físico no era suficiente, se recordó Grace. No lo era, y no debía permitir que lo fuera.

No se atrevió a mirarlo de nuevo. Buscó en la bolsa hasta que vio un bikini negro, entre un par de toallas esponjosas.

—No encuentro tu bañador —le dijo, sacudiendo las toallas para ver si estaba enredado entre ellas.

—No lo vas a encontrar —contestó Donato, divertido—. No he traído bañador.

Sorprendida, Grace se volvió para mirarlo, y deseó no haberlo hecho.

—Pero… ¿Y si viene alguien? ¿Qué harás…?

Su voz se quebró cuando él se encogió de hombros.

—No va a venir nadie. ¿No te has dado cuenta de que hemos tomado un camino privado? Pertenece a la casa que hay al final del camino, que es de un empleado mío, mi director financiero. Y solo se puede llegar a esta cala por ese camino. Así que no es necesario que te preocupes por mi decencia.

Lo había planeado. Había sabido desde el principio que la iba a llevar allí, a aquella cala idílica, con su playa de arena fina y su agua turquesa. Grace sospechaba cuáles eran sus motivos, pero si Donato pensaba que aquél sería el escenario de una seducción se iba a decepcionar bastante. Podía pensar que era irresistible para cualquier mujer, pero le esperaba una sorpresa.

—Ya veo —dijo forzando una sonrisa fría antes de volverse de nuevo hacia el coche—. Entonces no pasa nada.

—No pasa nada —repitió Donato, cada vez más divertido—. Tú también te puedes bañar desnuda, si quieres.

—No, gracias. Prefiero ponerme el biquini. Y cambiarme a solas.

—Como quieras. Te espero en el agua, pero no tardes, o tendré que venir a buscarte.

Grace oyó, aliviada, que Donato se alejaba.

—De acuerdo.

Con la mente hecha un torbellino, se quitó los pantalones y las braguitas detrás de la puerta del coche, y se puso la parte de abajo del biquini. Después se sentó en el asiento trasero y se anudó la parte superior antes de quitarse la blusa.

Era consciente de que lo que hacía era ridículo, teniendo en cuenta que Donato la había visto desnuda en infinidad de ocasiones, pero no era capaz de comportarse de otra forma. Ahora se sentía más tímida e indefensa que durante su noviazgo, o durante las primeras intimidades de su vida de casada.

Cuando salió del coche cerró la puerta de golpe, en una especie de arrebato infantil, y bajó a la playa desierta. Donato era solo un punto lejano en el agua. La arena quemaba, de modo que corrió a la orilla, y aunque al principio sintió el agua muy fría, cuando se introdujo hasta la cintura se dio cuenta de que en realidad tenía una temperatura muy agradable.

Había olvidado lo placentero que resultaba bañarse en el mar. Nadó relajada entre las olas, disfrutando de las sensaciones, pero de repente se sobresaltó cuando Donato apareció a su lado y la tomó de la cintura.

—Una sirena con biquini negro —rio—. Vamos, te echo una carrera hasta esa roca —dijo, señalando un saliente plano que había a veinte metros aproximadamente—. El que llegue primero ganará el premio.

—Donato…

Pero él ya había empezado a nadar, salvando la distancia con fuertes brazadas.

—Vamos —protestó cuando Grace alcanzó la roca—, ni siquiera lo has intentado. Pero he ganado el premio de todas formas.

—¿En qué consiste? —preguntó ella con desconfianza.

—En esto.

Antes de que Grace pudiera reaccionar, se inclinó y tiró de ella hasta sacarla del agua, para después colocarse encima de su cuerpo.

—Hacía mucho tiempo que quería hacer esto —proclamó, triunfante.

Grace se debatió, pero la roca estaba muy dura, y Donato la sujetaba con mucha fuerza.

—Suéltame —le dijo.

—Mentirosa. Me deseas, Grace. Nos deseamos. Reconócelo.

Era cierto que mentía; no quería que la soltara. Aquello era lo que más miedo le daba, pero no estaba dispuesta a reconocerlo.

—No…

Donato la interrumpió bajando la cabeza para besarla, con infinita suavidad, hasta que el mundo se convirtió en un lugar de luz y color tras los párpados cerrados de Grace, y se relajó sobre la roca.

Cuando Donato llevó las manos a sus senos se estremeció. No protestó cuando le quitó el sujetador del biquini, ni cuando bajó la boca para probar lo que sus manos habían acariciado. De forma instintiva, se arqueó debajo de él.

Oyó que Donato gemía, en respuesta a su reacción, mientras le besaba los senos con pasión.

—Grace, Grace…

Volvió a besarla, transmitiéndole los temblores que sacudían su cuerpo. Ella podía sentir su excitación entre los muslos. Lo deseaba, lo necesitaba. Lo amaba más que a la misma vida.

Aquella idea la asaltó mientras las manos de Donato le bajaban las braguitas del bikini, y reaccionó de forma instintiva. Lo apartó de un empujón. Donato, desprevenido, cayó al agua. Grace se sentó rápidamente y se volvió a colocar el bikini. Le temblaban tanto las manos que apenas podía atarse las cintas mojadas.

Aquello era una locura. Se dijo y se repitió que no lo amaba. No podía amarlo después de lo que le había hecho, después de haberla traicionado y haber permitido que desapareciera de su vida sin inmutarse. Pero lo amaba. Era algo que le resultaba humillante. Se lanzó al agua de cabeza y empezó a nadar hacia la orilla como si su vida dependiera de ello.

Donato apareció a su lado casi de inmediato.

—Supongo que esto ha sido el equivalente de una ducha fría.

Grace se dio cuenta de que estaba muy enfadado. También se dio cuenta de que la orilla estaba muy lejos.

—Ya te he dicho que no quería —balbuceó.

Estaba tan nerviosa que al hablar tragó varias bocanadas de agua salada. Se puso a mover los brazos y las piernas de forma frenética. Había perdido la coordinación.

Cuando sintió los brazos de Donato a su alrededor se puso a patalear, debatiéndose para zafarse como si hubiera perdido la razón, llevada únicamente por el instinto y el pánico que había despertado en ella la consciencia del amor que seguía sintiendo por Donato. Él profirió una maldición antes de utilizar la fuerza bruta para tomarla por la cintura y arrastrarla a la orilla. Una vez en la arena, la dejó caer sin ceremonias, furioso.

—¿Qué demonios pretendías? ¿Que nos ahogáramos los dos? Solo intentaba ayudarte, ¿es que no te dabas cuenta?

—Lo siento.

Grace no se podía creer que fuera ella la que había hecho todo aquello en los últimos minutos. Para empezar, había estado a punto de hacer el amor con Donato; para seguir, había reaccionado como una paranoica al rechazarlo; y por si fuera poco, como él había señalado, había estado a punto de hacer que los dos se ahogaran.

—Así que lo sientes. ¿Por quién me has tomado, Grace? ¿Quién crees que soy en realidad? ¿De verdad creías que te iba a tomar por la fuerza en el agua, a pesar de que me habías dejado muy claro que no querías nada?

—No creía eso —susurró.

En realidad no sabía qué había pensado. Probablemente en aquel momento era incapaz de pensar.

—No te creo —afirmó Donato, ofendido—. Creo que eso ha sido exactamente lo que has pensado, y por eso te has asustado tanto —alzó una mano, zanjando la discusión con autoridad—. Bueno, ya basta. ¿Te has hecho daño?

—Creo que no.

Grace prefería la cólera que Donato había mostrado al principio antes que su frialdad formal.

—Entonces será mejor que te cambies.

No tenía ni idea de lo atractivo que estaba, pensó Grace desesperada al mirarlo, despreocupado en su desnudez. Lo amaba con todas sus fuerzas y era su marido, pero le acababa de comunicar, sin lugar a dudas, que tenía que marcharse pronto y que nunca volvería a tener contacto con él.

Capítulo 6

El camino de vuelta a la casa de Alessandro y Anna constituyó una verdadera tortura, igual que la cena que siguió. Grace se esforzó continuamente por imitar el encanto amable y distante de Donato, que no revelaba nada sobre lo que había ocurrido entre ellos. No obstante, le pareció ver que Alessandro miraba a su amigo varias veces con una expresión que le decía que sospechaba que algo no marchaba bien, aunque era demasiado educado para hacerlo notar.

Se marcharon de Amalfi cuando empezaba a oscurecer. La luna, en cuarto creciente, arrojaba una débil luz sobre el mundo, y el aire estaba cargado de las esencias del verano. Lorenzo se acurrucó en el asiento trasero y se quedó dormido casi de inmediato, agotado después de haber pasado todo el día jugando con su amigo. Aquello dejó a Grace y a Donato en un silencio tenso, casi doloroso.

En el camino a Casa Pontina, Grace se dijo una y mil veces que no debía llorar. Pasó todo el tiempo mirando por la ventanilla para ocultar la humedad que afloraba continuamente a sus ojos, sin dejar de pensar en el hombre que estaba a su lado. Debía pensar que estaba completamente loca, o peor aún, que le divertía el juego de excitarlo hasta estar a punto de hacer el amor con él para después rechazarlo bruscamente.

—¿Quieres añadir la tortícolis a tu lista de infortunios?

Estaba tan embebida en sus sombrías elucubraciones que la voz de Donato estuvo a punto de hacerla saltar del asiento. Miró a su alrededor y se dio cuenta de que estaban llegando a Casa Pontina.

—¿Qué?

—Que te va a entrar una tortícolis. Y un calambre en los brazos —añadió, señalando sus manos fuertemente apretadas—. ¿De verdad me consideras un monstruo? ¿Tanto miedo te doy? —apagó el motor y se volvió para mirarla—. No te quiero hacer ningún daño, Grace. Salta a la vista que no me crees, pero es cierto.

Grace gritó en silencio que era mentira, que le había hecho tanto daños que en ocasiones había pensado que se moriría, pero se obligó a hablar de forma más racional.

—No te tengo miedo. Ha sido un día demasiado largo; eso es todo.

—Grace…

Donato iba a decir algo, pero en aquel momento Lorenzo se agitó en el asiento trasero y abrió los ojos.

—¿Estamos en casa? —preguntó con voz soñolienta—. Tengo que ver a *Benito* y asegurarme de que le han dado de comer.

—Seguro que le han dado de comer —le dijo Donato, adoptando inmediatamente el papel de hermano mayor—. ¿Crees que se conformaría sin comida? Organizaría un escándalo que se oiría a varios kilómetros a la redonda. Será mejor que te vayas directamente a la cama. Yo me pasaré a ver a *Benito*.

Al parecer, Lorenzo estaba demasiado cansado para protestar, y cuando Donato tomó su bolsa de viaje, no puso objeciones.

—De acuerdo. ¿Vendréis después a darme las buenas noches?

Grace tuvo que hacer un gran esfuerzo para contestarle que estaría con él en un momento. Lo único que quería hacer en realidad era esconderse en un lugar donde nadie pudiera verla y morirse de pena y vergüenza.

—Ponte el pijama e iré a tu habitación en cuanto haya averiguado si hay algún mensaje para mí —le dijo.

—¿De quién? —preguntó Donato con desconfianza—. ¿Es que esperas alguna llamada?

—Claire me dijo que a lo mejor me llamaba —contestó de forma mecánica.

Sabía que debía decirle inmediatamente que tenía intención de volver a Inglaterra en cuanto consiguiera un billete de avión, pero no confiaba mucho en su capacidad para conservar la calma. Tenía ganas de gritar, de reprocharle a voces la injusticia del hecho de que siguiera amándolo, cuando él la tenía en tan poca consideración, de modo que tal vez aquella noche no fuera el mejor momento.

No tenía ningún mensaje, pero aprovechó para lavarse la cara y peinarse antes de volver. Cuando llamó a la puerta de Lorenzo se sentía un poco mejor.

—Adelante —contestó la voz de Donato.

Grace dudó un momento antes de abrir la puerta y entrar en el dormitorio. El niño ya estaba en la cama. Tenía un aspecto angelical con su pijama rojo y azul. Su hermano le apartó los rizos de la frente.

—Está casi dormido —dijo en voz baja.

—Nada de eso —protestó el niño, con voz soñolienta que desmentía sus palabras—. Estaba esperando a Grace.

—Buenas noches, cariño.

Tuvo que esforzarse para hablar. Durante un momento aquella escena le había recordado todas aquellas noches en las que Donato y ella se quedaban junto a la cuna del bebé a observarlo mientras se dormía.

—Que duermas bien —añadió con más seguridad, cuando se repuso.

Lorenzo se había quedado dormido antes de que cerraran la puerta del dormitorio, y una vez en el pasillo, Grace supo que tenía que escapar rápidamente antes de que se desbordaran todas las emociones que había estado acumulando durante el día.

—Buenas noches —dijo mientras se dirigía a la escalera.

Pero Donato la retuvo por el brazo y le dio la vuelta.

—¿Grace? Tenemos que hablar. Sabes que tenemos que hablar.

Si no la soltaba inmediatamente se iba a poner en ridículo de nuevo.

—Ahora no puedo. Hablaremos mañana.

—No. Tenemos que hablar cuanto antes —dijo Donato con determinación—. Hay muchos asuntos que tenemos que tratar, y no puedes esquivarlos indefinidamente. ¿Quieres que vayamos a tu habitación o a la mía? Tú decides.

Grace no podía soportar ninguna de las posibilidades. La casa estaba llena de recuerdos dolorosos, y aquella misma tarde había comprobado lo peligroso que resultaba para ella quedarse a solas con su marido.

—Prefiero esperar a mañana.

—Pues yo no.

Grace lo miró durante un momento, furiosa. Donato no estaba dispuesto a esperar; aquello era lo único que le importaba. El gran Donato Vittoria había hablado y esperaba ser obedecido. Pero estaba demasiado agotada para seguir protestando. De repente la situación la desbordaba.

—Vamos al jardín —contestó con voz temblorosa—. Si estás empeñado en hablar ahora, prefiero que salgamos al jardín.

—Como quieras —contestó Donato con tranquilidad.

Atravesaron el salón de Lorenzo, y pasaron por el patio cubierto en el que dormía *Benito*, en una jaula cubierta con un trapo negro. Después salieron al jardín. Pasaron por el césped y se dirigieron a un antiguo cenador, rodeado de arbustos de flores multicolores, que alegraba el ambiente y perfumaban el aire.

Esperaba que Donato se lanzara casi de inmediato a un ataque verbal, pero parecía conformarse con estar sentado, en silencio, bajo el cielo estrellado.

Grace habría dado cualquier cosa a cambio de poder volver atrás en el tiempo. Cualquier cosa con tal de volver a los días en los que era una esposa y madre feliz, satisfecha con su marido y con su hijo. Pero había cambiado. La metamorfosis había comenzado con la muerte de Paolo, y era posible que no hubiera terminado aún.

—No me puedo creer que nunca volveré a verlo —murmuró en voz muy baja—. Solo quiero tenerlo en brazos una vez más, decirle que lo quiero, que siento no haber estado a su lado cuando más me necesitaba.

—Grace… —dijo Donato, con la voz cargada de emoción—. No tienes nada que reprocharte, cariño. Ya oíste a los médicos, y sabes lo que dijeron. No se podía hacer nada. Fue una de esas muertes repentinas e inexplicables que ocurren cientos, miles de veces al año.

—Pero era mi hijo —se volvió para mirarlo—. Debí darme cuenta de que le pasaba algo. Era su madre.

—Y yo era su padre —le recordó él, con voz desgarrada—. Yo era su padre, Grace.

—Ya lo sé. Sé que tú también lo querías.

—Entonces, ¿por qué sigues castigándote y castigándome por algo que no pudimos evitar? ¿No crees que si hubiera habido algo que indicara que podía ocurrir algo así habríamos hecho lo imposible para evitarlo? Tanto tú como yo habríamos dado la vida por él. ¿Es que no lo sabes?

—Pero eso no le devolverá la vida.

Donato asintió lentamente, con expresión sombría.

—No. Eso no le va a devolver la vida. Pero tú tortura tampoco. Tienes que dejar de hacer esto, Grace. Tienes que permitir que empecemos a vivir de nuevo.

—No te impido que vivas —le dijo indignada—. ¿Cómo puedes decir algo así?

—Porque es verdad. Desde el momento de su muerte te apartaste de mí, de nuestro matrimonio.

—¿Yo? ¿Insinúas que tú no tuviste nada que ver en eso? —preguntó, manteniendo el control a duras penas—. Me culpas a mí por todo, ¿no?

—Por favor, escúchame. No estoy diciendo que…

—Sí que lo estás diciendo —interrumpió Grace, poniéndose en pie—. Eso es exactamente lo que estás diciendo.

—¡Grace! Siéntate, por favor. Vamos a hablar como adultos.

—No quiero.

Sabía que si no se marchaba de allí cuanto antes acabarían teniendo una discusión, y era lo último que deseaba. Había dejado aquel matrimonio sin nada más que su dignidad, y no estaba dispuesta a permitir que Donato se la arrebatara.

—Tenemos varias cosas que aclarar.

—No tenemos nada que aclarar —dijo con frialdad.

Pero Donato no sabía que lo que oía era el hielo de la desesperación y el pánico, que recubría el dolor. Ni siquiera le había dado una explicación a su aventura con María. No estaba dispuesto a justificarse, y mucho menos, a disculparse. Los actos del gran Donato Vittoria no se podían cuestionar, como los de la mayoría de los mortales.

Pero no era ella quien iba a rogarle que le explicara por qué se había comportado así, y tampoco estaba dispuesta a permitir que la culpara a ella por todo lo sucedido. Podía reconocer que después de la muerte de Paolo había estado muy distante, pero no tanto para justificar que Donato se marchara con otra mujer.

—Los dos hemos cometido errores —continuó—, y no hay nada más que decir. Todo ha terminado.

—Nada de eso. ¿Es que vas a seguir castigándonos? Tú no lo mataste, Grace. Yo tampoco lo maté.

No podía seguir escuchándolo. Se volvió rápidamente y dio varios pasos antes de que él tuviera tiempo para reaccionar. Atravesó la hierba a toda velocidad y no se detuvo hasta que cerró la puerta de *Bambina* Pontina tras sí. Colocó también el pestillo y la cadena, por si Donato la seguía e intentaba utilizar la llave que guardaba en su estudio, y después se dejó caer. en el suelo.

Lo odiaba tanto como lo amaba y lo deseaba. Lloró hasta que no le quedaron lágrimas y se quedó, temblorosa, en el suelo. No podía más.

La discusión del jardín había abierto nuevas heridas que creía curadas, pero ahora se daba cuenta de que seguían tan frescas como el día de la muerte de su hijo. Siguió tumbada en el suelo durante más de una hora. Cuando se dio cuenta de que Donato no iba a seguirla y la noche la envolvió en su cálida serenidad, se enfrentó a la verdad de las palabras de Donato.

En parte se había apartado de su marido y de la vida en general después de la muerte del bebé a causa del dolor, pero también se sentía culpable porque Donato y ella estaban juntos, charlando y haciendo el amor, mientras su hijo moría. No había sido capaz de aceptar aquella parte de la tragedia.

Se sentó de golpe y se abrazó las rodillas, con la mirada perdida en la distancia, mientras examinaba sus sentimientos. Había estado castigándose y castigándolo, sin darse cuenta, y sin motivos lógicos. En el fondo de su subconsciente estaba convencida de que tenían que pagar, de que no tenían derecho a seguir con vida después de permitir que su hijo muriera. Pero no había sido culpa suya.

—No fue culpa de nadie —murmuró.

Tenía la impresión de que se había librado de unas ataduras que la habían mantenido cautiva durante más de un año. Por fin, su corazón había aceptado lo que su cabeza sabía desde el principio. Era cierto. Tanto Donato como ella habrían dado la vida por su hijo sin dudarlo ni un momento. Sencillamente, no habían tenido la oportunidad de hacer nada.

Se levantó del suelo y fue a la cocina a prepararse un café. Después subió a su habitación, y salió a la terraza.

Mientras bebía estuvo pensando en lo complicado que era el amor. Nunca había llegado a aceptar el hecho de que Donato la amaba, de que aquel hombre maravilloso, inteligente y apuesto, que podía tener a cualquier mujer que deseara, la había elegido a ella.

Recordó el día de su boda. Al entregarle el ramo de flores silvestres, Donato le había dicho que quería que aquel día fuera perfecto para ella; que quería que todos los días a partir de aquél lo fueran. Le dijo que podía contarle todos sus miedos, todos sus recuerdos tristes, resarcirse por todas las veces que había estado sola sin nadie con quien compartir sus pensamientos; que no había nada que pudiera contarle, por importante o

insignificante que fuera, que él no estuviera dispuesto a escuchar. También le dijo que la amaba, que siempre la amaría, y que con el tiempo la enseñaría a amarse a sí misma.

Pero no había llegado a aprender. Soltó la taza sin darse cuenta, y no sintió el café derramado. Incluso cuando Paolo estaba vivo y la vida era tan perfecta que se asustaba seguía siendo la niña asustada del orfelinato a la que nunca elegían los posibles padres adoptivos porque no era demasiado guapa, ni demasiado inteligente, ni demasiado confiada. Su cuerpo adulto solo escondía a la misma niña insegura; siempre estuvo convencida de que el sueño que estaba viviendo se desharía como una pompa de jabón.

Tras la muerte de su hijo, la niña de cinco años había vuelto a salir del cuerpo de mujer adulta, para decirle que era culpa suya, que no era suficientemente buena para merecer a su marido y a su hijo, que lo había dejado morir.

—Pero no fui yo —dijo en voz alta, sorprendida—. No fue culpa mía. No fue culpa nuestra.

Donato lo sabía, desde el principio. También sabía que ella se sentía culpable por lo sucedido, y había hablado con ella durante horas y horas, intentando impulsarla a pensar de forma lógica. Pero ella había rechazado su ayuda; formaba parte del castigo, probablemente. Después de la noche de su fiesta de cumpleaños, Donato dejó de intentar ayudarla.

Se quedó sentada en silencio en la terraza, con la vista perdida en la oscuridad, intentando reconciliarse con el pasado, y aunque debió quedarse adormilada un par de veces, estaba despierta cuando el amanecer empezó a teñir el cielo, imponiéndose a la noche, anunciando un nuevo día.

No sabía muy bien si vio a Donato o sintió su presencia en el jardín, debajo de la ventana, pero ajustó los ojos cansados, segura de que estaba allí, y pudo ver su silueta en la penumbra.

Se apartó de forma instintiva, pero él no parecía consciente de que Grace lo estaba mirando. Al parecer estaba sumido en sus propios pensamientos. Avanzó lentamente entre las sombras hasta perderse de vista. Grace siguió mirando el jardín, que cada vez se veía con más nitidez a medida que avanzaba el día. Al cabo de unos minutos, se dejó caer de nuevo en la silla y se llevó una mano a la boca, angustiada.

Lo amaba. Lo amaba con locura. Pero al final el sexo había resultado más importante para él que para ella. Solo habían transcurrido seis meses

entre la muerte de Paolo y su vigésimo primer cumpleaños, y aquélla había sido la primera vez que había tomado a María.

Grace podía decirse que Donato buscaba consuelo, que él también sufría y necesitaba un poco de cariño después de la muerte de su hijo, que había gente que podía tener relaciones sexuales sin que significara nada más. Pensó en cientos de excusas, pero no le sirvieron de nada. El hecho era que Donato había dado a otra persona los derechos que solo debía haberle concedido a ella, y había besado a María, la había acariciado, había unido su cuerpo al de la otra mujer.

—No puedo soportarlo —susurró Grace, con los ojos llenos de lágrimas.

Se meció en el asiento, desesperada, mientras las lágrimas corrían por sus mejillas. No siquiera era que no lo hubiera perdonado. Tal vez él tampoco pensaba con claridad, también a él lo cegaba el dolor. Pero aquello no borraba de la mente de Grace las imágenes de su traición.

Podía perdonarlo, pero no podía volver a vivir con él. Tenía que marcharse inmediatamente.

Abrió los ojos, con la vista perdida. Se marcharía aquel mismo día, y si Donato pensaba que estaba huyendo de nuevo, que lo pensara.

Capítulo 7

Algunas horas después, cuando Grace bajó a desayunar para encontrarse con que no podía seguir adelante con su decisión, recordó una frase que pronunciaba a menudo la señora Jennings: *a menudo, los planes mejor trazados dan al traste por una tontería.* Había oído a la directora del orfanato decir aquello en infinidad de ocasiones, pero nunca le había parecido tan cierto como entonces.

—Suba a la habitación de Lorenzo —le dijo Gina, nerviosa, en cuanto la vio aparecer—. Le duele la cabeza y la garganta, creo que se ha puesto enfermo.

Grace se quedó paralizada, mirando hacia la escalera.

—¿Cuándo ha enfermado? ¿Ha estado así toda la noche?

—No lo sé, señora, pero su esposo está muy preocupado. Lorenzo tiene mucha fiebre.

—¿Han llamado ya al médico? —preguntó Grace mientras corría hacia la escalera.

—Sí, claro que sí. Debe estar a punto de llegar.

Cuando Grace llegó a la habitación de Lorenzo entró directamente, sin llamar. Se encontró al niño agitándose enfebrecido en la cama deshecha, mientras su hermano intentaba bajarle la fiebre con un paño húmedo.

—Me ha llamado hace unos minutos, pero lleva bastante tiempo así —comentó Donato agitado.

Grace comprobó al instante que tenía motivos para estar nervioso. El niño tenía tanta fiebre que estaba delirando.

—Llena la bañera —dijo intentando hablar con calma—. Rápidamente.

Donato la miró como si se hubiera vuelto loca.

—Lo que necesita es un médico, y no un baño.

—Ya lo sé, pero tenemos que intentar bajarle la temperatura hasta que llegue el médico.

Mientras hablaba, destapó al niño y le quitó la camisa del pijama, para humedecerle el torso y los brazos. Intentó no dejarse llevar por el pánico ante su elevada temperatura.

Cuando se llenó la bañera, Donato tomó en brazos a su hermano y se lo llevó al cuarto de baño. Mientras tanto, Grace quitó las sábanas y las cambió por unas nuevas. A continuación puso en marcha el ventilador del techo, para refrescar el aire.

Cuando Donato volvió al dormitorio con Lorenzo, la temperatura de la habitación había bajado considerablemente, y saltaba a la vista que el agua templada había tenido un efecto beneficioso, porque el niño había recuperado la lucidez.

—Me duele mucho la cabeza —murmuró, mirando a Grace—, y no puedo tragar.

—Puedes tragar, aunque te duela —contestó ella con una sonrisa—. Voy a pedir a Gina que te traiga algo de beber, ¿de acuerdo?

—Sí.

Sin embargo, cuando Grace se levantó, el niño alzó las manos para intentar detenerla.

—No te vayas —le rogó, con los ojos llenos de lágrimas—. Quédate conmigo.

—Yo iré a buscar la bebida —dijo Donato, levantándose—. ¿Crees que podemos darle un analgésico infantil?

—Sí.

Sus ojos se encontraron durante un momento, y Grace sintió que su corazón se aceleraba. Donato no se había afeitado; evidentemente, Lorenzo lo había llamado antes de que tuviera tiempo para arreglarse. La sombra de la barba, combinada con su pelo revuelto y con su aspecto de incertidumbre, resultaba enormemente atractiva. Grace apartó la vista con un esfuerzo. Siempre había sido irresistible y siempre lo sería, y antes de marcharse de allí se habría vuelto loca.

El médico llegó en el momento en que Donato subía con la bebida, y su diagnóstico fue inmediato.

—Tiene sarampión —les comunicó—. La mitad de los niños de esta zona lo ha contraído. Es una enfermedad muy contagiosa. Ya se empieza a ver el principio del sarpullido. Pronto lo tendrá en todo el cuerpo.

—¿Es peligroso? —preguntó Grace preocupada, mientras Donato daba de beber al niño.

Era el mismo médico que había ido a la casa el día de la muerte de Paolo.

—Ya no. Antes de los antibióticos podía ser una enfermedad muy grave, pero en la actualidad se cura muy fácilmente. No tiene motivos para inquietarse. Lo peor es la fiebre. El dolor de cabeza y de garganta se le pasarán solos en poco tiempo, pero es importante evitar que le suba mucho la temperatura mientras tenga el sarpullido.

Grace sonrió, recordando lo amable que había sido aquel hombre con ella después de la muerte de su hijo. A menudo iba a visitarla solo para ver cómo estaba, y pasaba mucho rato charlando con ella, sin dar a entender por palabra ni por obra que su tiempo era muy valioso.

Puso a Lorenzo una inyección de antibióticos, y después bajó con Donato para darle las recetas y las instrucciones. En cuanto se despidió del médico, Donato subió corriendo al dormitorio del niño.

—¿Cómo está?

Aquella pregunta era innecesaria, y no encajaba con la actitud habitual de Donato, dura y completamente lógica. Grace lo miró divertida antes de apartar la mirada.

—Exactamente igual que cuando has salido, hace un par de minutos —contestó con tranquilidad—, y deja de preocuparte. Ya has oído lo que ha dicho el médico. No es nada grave. Solo tenemos que mantenerle la temperatura baja. Ahora vete a desayunar, no pasará nada.

Las cuarenta y ocho horas siguientes fueron agotadoras, y al final Lorenzo parecía una langosta hervida. El sarpullido rojo cubría casi todo su cuerpo, pero afortunadamente no tenía demasiada fiebre, y ya estaba deseando bajar a ver a *Benito*. A Grace le pareció un buen síntoma. No obstante, la obstinación de los Vittoria era difícil de contener, y estaba explicándole por centésima vez por qué no podía levantarse de la cama cuando la voz de Donato la interrumpió desde el umbral.

—No creo que sea necesario que Grace siga explicándote por qué no puedes bajar —dijo al niño, con voz autoritaria—. Aún estás muy enfermo. Esta mañana casi no podías ir tú solo al cuarto de baño, así que harás lo que te decimos.

A lo largo del día siguiente Grace había observado que la relación entre los hermanos era casi la de un padre y un hijo. Era algo que no había observado cuando su madre estaba con vida, sobre todo porque Lorenzo pasaba casi todo el rato con ella. Su padre había muerto cuando Lorenzo tenía cinco años, de modo que no resultaba sorprendente que Donato hubiera adoptado el papel de padre. Sin embargo, Grace no lo había observado hasta que el niño se puso enfermo.

Aquello aumentó el respeto que sentía por él, además de profundizar el afecto, independiente del amor. Sabía que las dos emociones resultaban peligrosas porque la debilitaban.

—Pero estoy seguro de que me echa de menos —protestó Lorenzo, mirándolo implorante—. Es mi amigo. Mi mejor amigo.

—Y yo soy tu hermano mayor —contestó Donato divertido—, y no soy tan blando como Grace, así que no es necesario que intentes convencerme, porque sabes que no te va a servir de nada. El médico ha dicho que tienes que guardar cama durante unos días y vas a guardar cama durante unos días. Sabes de sobra que *Benito* es muy inteligente, y estoy seguro de que soportará la separación con entereza.

Lorenzo lo miró durante un momento y después decidió que no podía ganar aquella batalla, de modo que decidió atacar por otro frente.

—¿Puedes subirme la consola de videojuegos? —preguntó esperanzado—. Aún no he probado los juegos nuevos que me prestó Giuseppe.

—De acuerdo, pero no pases mucho tiempo jugando, y deja de intentar coaccionar a Grace.

Trataba muy bien al niño, pensó Grace mientras lo seguía al pasillo. Con la firmeza y el amor necesarios. Donato también había sido un padre excelente, que siempre cuidaba con mimo a su hijo.

Sonrió al recordar la sorpresa del rostro de Liliana cuando lo vio un día cambiando los pañales a Paolo. El padre de Donato era un hombre de la vieja escuela, que consideraba aquellas tareas propias exclusivamente de mujeres.

—Así está mejor —dijo Donato, pasándole un dedo por la mejilla—. Me gusta verte sonreír. Eres preciosa. Tu piel es suave como la seda.

—Donato, por favor…

—Calla, cariño —dijo levantándole la barbilla con un dedo—. Hablamos demasiado, ése es el problema. Todo tu cuerpo se derrite cuando te toco, igual que mi cuerpo se derrite cuando me tocas. Siempre ha sido así.

—¡No! —protestó.

Pero Donato acalló sus palabras con un beso. Grace intentó zafarse antes de dejarse llevar.

—Te deseo, mi dulce y bella esposa —murmuró Donato—. Te deseo tanto que no lo puedo soportar. He soñado con acariciarte durante muchas noches, largas y vacías. Soñaba con tu tacto y con tu olor, hasta volverme loco. Formas parte de mí, Grace. Te llevo en la sangre.

Donato devoró su boca, arrastrándola tras sí a las cimas del deseo. Los dos respiraban de forma entrecortada, con los cuerpos entrelazados.

—Ven a mi habitación.

Grace tardó unos segundos en procesar las palabras de Donato y recuperar la razón.

—No puedo —se apartó bruscamente, confundida—. No te he mentido. Te dije desde el principio que tenía intención de volver a mi casa.

—Ésta es tu casa. Siempre lo será. Tu sitio está aquí, a mi lado.

Ahora que no la estaba tocando le resultaba más fácil resistirse.

—No. La mañana en la que enfermó Lorenzo tenía intención de decirte que me iba a marchar.

Le temblaba la voz, y se odiaba por ello.

—Pero yo no quiero que te vayas —dijo Donato con arrogancia—. Es posible que no quiera que te vayas nunca.

—Entonces, ése es tu problema, y no el mío.

La insolencia de Donato fue como un cubo de agua fría que extinguió las llamas del deseo. Grace se alegró enormemente. Podía enfrentarse a Donato Vittoria, el amo y señor, pero no al otro Donato, al que le despertaba miles de recuerdos dulces y turbadores.

—Ten cuidado, cariño. Se me está agotando la paciencia.

—A lo mejor ya no me importa dónde está el límite de tu paciencia, ¿no se te ha ocurrido? Me he creado una vida nueva. Ahora soy una persona autosuficiente, y no solo un apéndice tuyo.

—Cada vez dices cosas más ridículas. Eso es absurdo. ¿Se puede saber cuándo te he hecho sentir como si fueras un apéndice mío?

Grace abrió la boca, dispuesta a decir algo, pero se detuvo para respirar profundamente y tranquilizarse. Sabía que nunca vencería a Donato en una batalla dialéctica, pero los hechos hablaban por sí mismos, y tenía que aferrarse a ellos; no a su debilidad, y desde luego, no al amor que sentía por él.

—Me marcharé en cuanto Lorenzo se recupere —le dijo con firmeza—. Y no voy a volver. Lorenzo puede ir a Inglaterra a visitarme, si quieres. Puede pasar conmigo las vacaciones.

—Muy amable por tu parte.

—Pero me marcho.

Se quedó mirándolo durante largo rato, esperando que se pusiera a gritar, que reaccionara de alguna forma, pero él se limitó a devolverle la mirada, con los ojos tan fríos como el hielo, hasta que Grace bajó la cabeza y caminó hasta la escalera. Bajó lentamente, sujeta a la barandilla. Tenía la impresión de que las piernas iban a traicionarla en cualquier momento.

Todo había terminado. Era posible que aún tuviera que esperar una semana antes de marcharse, pero todo había terminado. Lo había leído en los ojos de Donato. No entendía por qué, si aquello era lo que ella deseaba, tenía la impresión de que estaba viviendo el fin del mundo.

Los días siguientes constituyeron un sutil tormento para Grace. No estuvo tan mal mientras Lorenzo siguió encerrado en su habitación, aunque estaba siempre en vilo, esperando que Donato apareciera para visitar a su hermano de un momento a otro. Pero después del segundo día, cuando Lorenzo ya se encontraba suficientemente bien para bajar a su cuarto de juegos y pasar casi todo el tiempo con *Benito*, Grace se dio cuenta de que Donato la evitaba, y aquello le dolía.

Se sentía estúpida, ilógica y poco razonable, pero no podía evitar que la depresión la consumiera, y la energía nerviosa que utilizaba todos los días para ocultar su turbación a ojos de Lorenzo la estaba debilitando.

La penicilina había obrado milagros, y cuando Bianca fue de visita para ver a Lorenzo, una semana después de que enfermara, el niño estaba prácticamente tan bien como de costumbre. Por algún motivo, su hermana se negaba a reconocerlo.

—¡Lorenzo! ¿Se puede saber qué significa esto? —preguntó en la puerta de su cuarto de juegos, mirando con desaprobación la construcción con la que Grace y él habían pasado casi todo el día—. Estás enfermo, y no deberías estar jugando. ¿Por qué no estás en la cama?

—He pasado varios días en la cama —se defendió el niño—, pero ya estoy mucho mejor.

Bianca dejó escapar uno de sus característicos suspiros sarcásticos.

—Eres solo un niño y no sabes lo que te conviene. ¿Por qué has permitido que se levante tan pronto? —añadió, mirando a Grace con los ojos entrecerrados—. ¿Es que te da igual que vuelva a enfermar?

—Claro que no me da igual, pero Lorenzo está muy bien.

Grace tuvo que esforzarse para no contraatacar. Saltaba a la vista que Bianca pretendía provocar una discusión, y lo último que necesitaba Lorenzo era presenciar una escena desagradable. Había echado mucho de menos a su madre durante la peor parte de su enfermedad, pero Grace se había dedicado a mantenerlo tan alegre como fuera posible, y parecía que su esfuerzo se había visto recompensado. Cuando ya pudo levantarse contó además con la presencia del irascible *Benito*, que siempre lo distraía.

—¿Y crees que eres la persona más indicada para decidir si un niño se encuentra bien?

Aquello fue un golpe bajo. Grace no podía creer que Bianca hubiera sido capaz de decir algo así con crueldad tan premeditada, pero la expresión venenosa de su rostro confirmaba que era plenamente consciente de sus palabras.

Las dos sabían que se refería a la muerte de Paolo, pero Grace intentó pasarlo por alto.

—Sí, creo que sí.

Bianca entró en la habitación. Llevaba su esbelto cuerpo cubierto con unos vaqueros ajustados y una camisa de seda blanca, y se había recogido el pelo en una trenza de raíz para acentuar sus marcados pómulos. Tenía un aspecto bello y cruel, como un gato que jugara con un pájaro cautivo.

—Tonterías. Que yo sepa, no has estudiado medicina.

—No es necesario estudiar medicina para tratar un sarampión; de lo contrario, todas las madres del mundo tendrían serias dificultades.

—Pero tú no eres la madre de Lorenzo. De hecho, ni siquiera eres de la familia. No tienes nada que ver con él.

—¡Claro que sí! —gritó Lorenzo, rojo de cólera—. Es de la familia y me quiere.

—Contrólate —dijo Bianca entre dientes.

—Nada de eso. No quiero que digas cosas malas de Donato. No estoy dispuesto a permitirlo. Es mi… mi…

—¿Sí? ¿Qué es exactamente tu maravillosa Grace? —preguntó Bianca, con crueldad burlona.

Saltaba a la vista que le habría encantado tomar a su hermano por los hombros y sacudirlo, pero no se atrevía a llegar tan lejos.

—Es mi segunda madre —proclamó Lorenzo, con seguridad—. Y la quiero mucho.

Los dos hermanos entablaron una acalorada discusión, de la que Grace no entendió gran parte, a causa del tono de pánico y alarma de Lorenzo y de lo deprisa que hablaban los dos. Probablemente Bianca estaba eligiendo las palabras más difíciles de entender para una extranjera.

—¿Se puede saber qué pasa aquí?

La voz colérica de Donato hizo que sus dos hermanos se callaran en el acto y se volvieran para mirarlo.

—Bueno —añadió, mirándolos con frialdad—. ¿Quién me lo va a explicar?

—Lorenzo es un maleducado —contestó Bianca, que se había recuperado de inmediato—. Dice que Grace es su madre, y que yo no soy nada para él.

Su expresión de dolor era tan convincente que hasta Grace habría creído que era sincera si no conociera la verdad.

—¡No he dicho eso! —protestó Lorenzo lloroso.

Grace rodeó sus hombros con un brazo.

—No ha dicho que Bianca no sea nada para él.

—Basta. Ya hablaremos de este asunto cuando todo el mundo se haya calmado. En cuanto a vosotros… —se volvió hacia Bianca y Lorenzo—, os he oído gritar desde el camino. ¿Cómo os atrevéis a manchar el apellido de los Vittoria con un comportamiento así? Si hubiera estado acompañado…

—Pero no estabas acompañado.

La mención del apellido Vittoria fue para Grace la gota que colmó el vaso, y fue el cuerpo de Lorenzo, que se apretaba contra ella, lo que le impidió ponerse a gritar también. El maravilloso e inigualable apellido de los Vittoria. Al parecer, aquello era lo único que importaba a Donato.

La mirada que le lanzó habría hecho encogerse a la mayoría de los mortales, pero Grace estaba demasiado enfadada y demasiado preocupada por Lorenzo para que le importase.

—No. No estaba acompañado. Ahora, ¿podemos retirarnos a la sala a hablar del asunto como personas civilizadas?

—Oh, Donato… No entiendo por qué me odia.

Bianca tenía los ojos enrojecidos, y Grace no se sorprendió al ver que se enjugaba una lágrima mientras tomaba el brazo de su hermano mayor.

—Creo que a tu edad deberías tener más cabeza.

Donato hablaba con frialdad, pero Grace se dio cuenta de que no apartaba el brazo de Bianca del suyo. Mientras avanzaban, la mujer se volvió para dedicar a su hermano pequeño y a su cuñada una sonrisa triunfante.

Grace sintió un escalofrío y apretó el hombro de Lorenzo para conferirle ánimos, mientras los seguían, temiendo la confrontación que seguiría.

Afortunadamente, el loro no había presenciado la discusión, porque estaba segura de que se habría unido, y no quería ni pensar en lo que habría podido decir. Anna y Gina se habían llevado su jaula a la cocina, para limpiarla, justo antes de que llegara Bianca. A Lorenzo siempre le gustaba presenciar aquella escena, porque las criadas, temerosas de las garras y el pico del loro, siempre le llevaban su comida favorita para asegurarse su colaboración.

A juzgar por las palabras de Donato, Grace esperaba que los interrogase en cuanto se sentaran, pero después de tirar del cordón para llamar al servicio hizo un gesto a Lorenzo, que se había acurrucado en el sofá contra Grace.

—¿Ya estás más tranquilo? —le preguntó.

—Sí.

Resultaba evidente que seguía muy alterado, pero la estricta educación que había recibido lo impulsaba a considerar que había hecho mal al perder el control.

—Entonces creo que después de disculparte por tu conducta será conveniente que te vayas ya a la cama. Te llevaremos la merienda a tu habitación. Recuerda que aún estás convaleciente.

—¿Es eso todo lo que vas a decir?

Donato interrumpió la protesta de Bianca con una mirada antes de volverse de nuevo hacia Lorenzo.

—¿Qué te parece? —le preguntó.

—Siento haber gritado —dijo Lorenzo con una determinación que indicaba que no se arrepentía de nada más—. No volveré a hacerlo, te lo prometo.

—Muy bien.

Donato asintió, satisfecho. En aquel momento, Anna entró en el salón, y se volvió hacia ella.

—¿Podrías llevar la merienda a Lorenzo a su habitación dentro de media hora? —le preguntó Donato—. Informa de paso a Cecilia de que la señora y yo vamos a cenar fuera esta noche.

—Sí, señor.

Cuando la criada se marchó, mientras Grace se preguntaba si había oído bien y Donato pretendía salir a cenar con ella, Lorenzo llamó a su hermano.

—¿Puedo dar las buenas noches a *Benito* antes de subir, por favor?

—¡Ese maldito bicho! —murmuró Bianca, furiosa—. No me sorprendería que fuera él el que ha contagiado a Lorenzo. Esos animales están llenos de gérmenes.

—Estoy seguro de que se puede culpar a *Benito* por muchas cosas, pero no precisamente por transmitir el sarampión —dijo Donato con frialdad—. Puedes pasar cinco minutos con *Benito* —añadió, volviéndose hacia su hermano—, y después te irás a la ducha, ¿de acuerdo? No te tienes que cansar inútilmente, y quiero que te duermas pronto.

Lorenzo salió del salón sin protestar más; se limitó a lanzar una mirada de reproche a Bianca antes de marcharse. Si Donato se dio cuenta, no hizo ningún comentario.

—Lo consientes demasiado —comentó Bianca cuando se marchó—. Se está volviendo muy descarado. Me siento avergonzada de él.

—Basta —dijo Donato, con más frialdad aún que antes—. Hablaré con Lorenzo cuando me parezca adecuado, pero te aseguro que si siguieras viviendo bajo mi techo me encargaría de que no volvieras a observar esa conducta.

—Pero ¿qué iba a hacer, si el niño se ha puesto a gritar?

—Lorenzo tiene diez años y hace poco que ha tenido el peor trauma que un niño puede sufrir. Me quedaría corto si solo dijera que no demuestras mucha sensibilidad en la forma que tienes de tratarlo.

—Voy a asegurarme de que se está preparando para irse a la cama —dijo Grace, ansiosa por escapar de allí.

Poco tiempo después, Donato se reunió con ella en el salón de Lorenzo. Grace estaba recogiendo los juguetes. Cuando advirtió su presencia se volvió, nerviosa, y se lo encontró mirándola desde el umbral.

—Veo que Lorenzo se está aprovechando de ti —comentó—. Creo que puede recoger sus cosas él solo.

—Ya lo sé. Estaba dispuesto a recogerlo todo, pero le he dicho que yo lo haría. Está cansado. Me gusta cuidarlo —añadió, defensiva.

—Sin embargo, estás empeñada en abandonarlo pronto. ¿Es que no sabes que se quedará destrozado? —preguntó Donato con suavidad, acercándose a ella—. Hasta que llegaste era imposible consolarlo.

—Eso no es justo.

—¿Me pides que sea justo, querida? Eso es pedir demasiado. No soy de piedra.

—Pues estos últimos días parecía que sí —espetó Grace sin pensarlo.

Se arrepintió al instante de lo que había dicho. Sus palabras revelaban demasiado.

—Ah, estás ofendida porque no te he prestado demasiada atención, ¿eh? Pero ésa no es mi forma de ser, ya lo sabes. Solo tomo lo que se me ofrece.

—No estoy ofendida. No quiero… No necesito…

Se detuvo a mitad de la frase, cautivada por su cercanía y su contacto. Donato se inclinó para besarla apasionadamente.

Siempre había conseguido hacer que se derritiera con sus besos, pensó Grace débilmente.

—¿Qué es lo que quieres, Grace? ¿Qué es lo que necesitas? —preguntó, levantando la cabeza para mirarla—. ¿Qué te ame hasta que las llamas nos consuman a los dos? ¿Estar desnuda entre mis brazos para que pueda acariciarte y besarte todo el cuerpo? Porque eso es lo que yo quiero. ¿Sabes lo que me haces? Tu piel, tan blanca y suave, y ese pelo rojizo… Te deseo, cariño, no lo dudes nunca. Siempre te deseé.

—Pero el deseo no es suficiente —susurró Grace, dolorida—. Tiene que haber algo más.

Como el compromiso, a pesar de las dificultades. La confianza, a pesar de las tentaciones. La fidelidad…

Donato la miró durante largo rato y después se puso en pie lentamente, tirando de ella.

—He reservado una mesa en Rinaldi a las ocho en punto. ¿Estarás preparada a las siete y media?

—No creo que…

—Grace, por favor, ¿tanto te cuesta pasar una velada conmigo? Dices que tienes que marcharte pronto, así que pasemos por lo menos un momento agradable que podamos recordar con algo parecido a la felicidad. Entre nosotros hay demasiadas cosas, demasiados recuerdos, para que terminemos como dos enemigos.

—No creo que sea una buena idea, pero si insistes…

Lo miró con incertidumbre, con los ojos cargados de tristeza.

—Insisto, querida.

Donato sonrió, pero Grace no confiaba en su aparente buen humor. Lo había visto sonreír así muchas veces, justo antes de lanzarse a la yugular. Era un hombre que intimidaba, y no había advertido hasta qué punto hasta que salió de su vida.

Por ridículo que pudiera parecer a cualquier persona, sabía que su espíritu había atravesado el mar para llegar a ella durante todos los meses que habían pasado separados. En ocasiones tenía la impresión de que la miraba, de que estaba a su lado. Era ridículo. Se reprendió por aquellos pensamientos y apartó los ojos de su mirada hipnótica.

Era un hombre, solo un hombre. Se había apartado de él en una ocasión y podía volver a hacerlo.

—Una velada, entonces —dijo lentamente—. Y mañana compraré el billete para volver a casa. Lorenzo ya está mucho mejor, y no creo que me vayan a reservar el puesto de trabajo para siempre.

Un billete de vuelta a la soledad, a los días grises y las noches negras, a la eternidad de recuerdos y dolor por lo que podría haber sido.

Capítulo 8

Rinaldi era uno de los locales favoritos de la alta sociedad internacional, un lugar para ver o dejarse ver, para exhibir los últimos modelos exclusivos, las últimas joyas y la última pareja, para comportarse de forma extravagante y derrochadora. También tenían la mejor cocina de todo el sur de Italia, cosa que atraía a los que menos interés tenían en las relaciones públicas, como Donato.

—Estás guapísima.

Cuando Grace fue a la casa principal, Donato la esperaba, vestido de etiqueta, con el pelo peinado hacia detrás. La camisa blanca contrastaba con su piel bronceada. Tenía un aspecto peligroso y aterrador de puro masculino, y durante un instante, Grace tuvo la sensación de verlo por primera vez en su vida.

—Gracias.

Consiguió sonreír débilmente. Se alegraba de haber elegido un precioso vestido de cóctel de encaje color crema, que Donato no había visto aún. Lo había comprado unos días antes de marcharse de Italia, y se lo había dejado allí, junto con la mayoría de su ropa, cuando se marchó apresuradamente. El vestido se amoldaba a su figura como una segunda piel. Los finísimos, tirantes y el pronunciado escote acentuaban su largo cuello y sus firmes hombros.

—Tú tampoco estás mal —dijo, nerviosa.

—¿Cuántas veces hemos salido a cenar y a bailar hasta el amanecer, solos tú y yo? —preguntó Donato con suavidad—. Miles, probablemente.

La miró con calidez, sonriendo.

—Exageras —dijo Grace, fingiendo despreocupación—. Además, nunca estamos solos en Rinaldi. Todos los clientes te conocen.

—Ahora eres tú la que exagera. Soy un hombre muy normal.

—Sí, seguro que sí —contestó Grace con incredulidad.

La modestia no era una de sus cualidades.

—Bueno, tenía que intentarlo.

Grace rio, aunque su diversión estaba mezclada con un profundo dolor. Donato era imposible; siempre lo había sido y siempre lo sería. Pero de no ser por María y por su absoluta falta de arrepentimiento, en aquel momento estaría lanzándose entre sus brazos.

El aire cálido estaba impregnado del olor de las flores de limonero. Donato la ayudó a salir del coche delante de Rinaldi, después de decir a Antonio que no lo necesitarían durante el resto de la noche. La tomó del brazo y entraron juntos.

El local era tan caro y lujoso como Grace recordaba. Los camareros que servían las mesas redondas con discreción, como si no existieran. El brillo de los diamantes competía con el de las arañas de cristal. También recordaba el murmullo que originaba su entrada.

Sin lugar a dudas, Donato era el hombre más atractivo del local, y las mujeres lo sabían. Siempre se lanzaban a sus pies. No había conseguido acostumbrarse a que su marido tuviera tanto éxito a lo largo de los años que hacía que se conocían, pero lo peor era que nunca había llegado a entender por qué la había elegido a ella. Había muchas mujeres más bellas, inteligentes y ricas, que se habrían casado con él sin pensárselo dos veces. Sin embargo, había ido a casarse con una muchacha insignificante. No tenía ningún sentido.

—Encantado de volver a verlo, señor Vittoria —saludó el maître, mostrando unos dientes blanquísimos—. Voy a encargar que les lleven inmediatamente una botella de champán.

Le bastó con hacer un gesto para que el champán apareciera como por arte de magia, junto con un cubo de hielo y dos copas. Cuando se quedaron a solas con sus menús, Donato se inclinó por encima de la mesa y tomó una mano de Grace entre las suyas.

—Odias esto, ¿verdad? —preguntó en voz baja.

—¿Qué?

Grace se quedó mirándolo perpleja, preguntándose si Donato le habría vuelto a leer la mente. En efecto, así había sido.

—El servilismo, la amabilidad exagerada.

Grace fue a mentir con educación, pero decidió que no valía la pena y se encogió de hombros.

—Sí —confesó—. Siempre lo he odiado. ¿Tú no?

—La verdad es que no me fijé hasta que te conocí —se reclinó en el asiento, mirándola fijamente—. Siempre me trataron así, y nunca se me había ocurrido plantearme que fuera agradable o desagradable. Pero cuando te conocí me abriste los ojos a muchas cosas que no veía.

—¿De verdad? —preguntó sorprendida.

—¿Crees que tú fuiste la única que tuvo experiencias nuevas? Nunca sabrás lo que significó para mí conocer a una mujer como tú, tan fresca, tan natural y tan sincera. Me aterrorizaba la idea de que no quisieras casarte conmigo, de que te asustara, de alguna forma. Insistí en que nos casáramos cuanto antes porque tenía miedo de perderme.

—¿Perderme? —repitió Grace con incredulidad—. Estaba enamorada de ti, Donato. Te lo dije muchas veces.

—Cuando nos conocimos tenías dieciocho años, pero eras tan inocente en lo relativo a los hombres que podías haber tenido doce o trece. Yo tenía veinticinco, y no era tan inocente. Había tenido muchas mujeres a mi disposición desde que alcancé la pubertad. Era rico y poderoso, y eso es un afrodisiaco en mi mundo.

—Ya lo sé. Ya me lo dijiste hace mucho tiempo.

Incluso entonces le dolía oír hablar de las otras mujeres.

—Pero creo que no has llegado a entender lo que el conocerte significó para mí. Tu belleza, tu fragilidad, tu fortaleza interior… —se interrumpió, sacudiendo lentamente la cabeza—. No podía creer que existiera alguien como tú en el mundo real, y deseaba a toda costa que fueras mía.

De nuevo aquella palabra. Deseo. Se quedó mirándolo, con los ojos oscurecidos por el dolor. En el pasado creía que el deseo que Donato sentía por ella era equiparable al amor, pero si la amara habría esperado más tiempo a que se recuperase del golpe que había supuesto la pérdida de su hijo. Sabía que antes o después habría salido adelante. Estaba a punto de empezar a curarse la noche de su fiesta de cumpleaños, cuando todo cambió de repente.

Sin embargo, era posible que hubiera ocurrido de todos modos, teniendo en cuenta sus caracteres, tan distintos.

—Somos muy diferentes —pensó en voz alta—. Y no hay vuelta atrás.

—Somos dos partes de un todo, y encajamos perfectamente. Tienes que creerme.

Grace reconoció en silencio que, en el fondo, quería creerlo. Pero no bastaba con que quisiera. Lo miró insegura, y bajo sus ojos, Donato experimentó uno de los cambios repentinos habituales en él. De repente se convirtió en un distante y agradable compañero de cena cuyo único deseo era entretenerla.

Y lo consiguió. Hiciera lo que hiciera, se empeñaba a fondo. A pesar de la conversación que acababan de mantener y del abismo que se abría entre ellos, Grace se dio cuenta de que estaba disfrutando cada bocado de la deliciosa cena a medida que avanzaba la velada. Estaba tan envuelta por el encanto de Donato como siempre, a pesar de todas las advertencias que su subconsciente le lanzaba.

Habían terminado de cenar, y el espectáculo estaba empezando. Donato se había acercado a ella, y rodeaba sus hombros con un brazo, cuando algo llamó la atención de Grace.

Bianca estaba en la entrada, infinitamente elegante con su vestido ajustado de seda carmesí, el pelo suelto y el escote lleno de brillantes. Había estado mirando a su alrededor, pero cuando su vista recayó en los rizos rojizos de Grace, esta se quedó congelada.

—Es Bianca —murmuró, incrédula.

—¿Qué?

Donato volvió la cabeza para mirar hacia la puerta. Grace sintió que se tensaba antes de maldecir en voz baja, pero en aquel momento, Bianca se puso a caminar hacia ellos con determinación.

—¡Donato! —exclamó, desempeñando a la perfección el papel de amante hermana—. ¡Y Grace! Qué agradable sorpresa. Ahora mismo viene Romano. ¡Oh! Aquí está. Hazle un gesto, Donato, para que vea nuestra mesa.

Muy inteligente, pensó Grace descorazonada, mientras Bianca tomaba asiento junto a Donato. Era mejor dar por supuesta la invitación que esperar a que le pidieran que se sentara con ellos. También sospechaba los motivos por los que Bianca se había adelantado a su marido. Romano era demasiado caballeroso para imponer su presencia a nadie.

Pasó el resto de la velada charlando sobre tonterías, intentando parecer alegre y animada, porque a pesar de la sutil intimidación de Bianca, que

solo ella podía advertir, estaba dispuesta a comportarse como si se estuviera divirtiendo.

Bianca mostró casi todo el tiempo una sonrisa calculada, como si quisiera demostrarle que sabía algo que ella ignoraba. La incomodidad de Grace aumentaba por momentos.

Después de que Donato comentase que se marchaban, Grace se disculpó para ir al servicio. Entonces descubrió el motivo de las sonrisas y miradas triunfantes de Bianca.

Estaba pintándose los labios delante de uno de los extravagantes espejos cuando se abrió la puerta del servicio de señoras. Grace supo al instante a quién vería cuando levantara la vista.

—No es suficiente estar guapa, ¿sabes? —preguntó Bianca con desdén, tomando la tapa del pintalabios de Grace—. El fuego solo se aplaca con más fuego.

—Estoy segura de que sabes de qué hablas, pero la verdad es que a mí me importa muy poco. Ahora, si me disculpas…

—¿Si te disculpo? —rugió Bianca—. ¿Sigues con tus ademanes de gran dama, a pesar de todo? Ah, te desprecio. Tal vez consiguieras tomar el pelo a mi madre y a los demás, pero a mí no me engañas. Lo único que corre por tus venas es agua fría. ¿Cómo pensaste que podrías retener a un hombre como Donato, a un hombre de verdad? Debiste buscar a alguien a tu medida.

—Estás enferma, Bianca —dijo Grace con repugnancia—. Ahora, déjame en paz.

—¿Te atreves a hablarme así porque te digo la verdad? Te crees tan superior, tan lista, como si lo tuvieras todo.

Grace estaba desconcertada. No entendía a qué podía referirse la hermana de Donato al decir que se comportaba como si lo tuviera todo. La que lo tenía todo era ella. Tenía un marido, una casa y dos hermanos que la adoraban. Se quedó mirándola, horrorizada y fascinada a la vez.

—Pero no lo sabes todo. Crees que te ha abierto las puertas de su casa porque te ama, ¿verdad? ¿Porque no puede vivir sin ti? ¡Qué idiota! Lo ha hecho solo porque María acaba de comprometerse con otro hombre, y ya no la tiene a su disposición.

Grace no era capaz de hablar. Quería lanzar miles de palabras al cruel rostro que tenía ante sí, pero no salía ningún sonido de su garganta. No

dudaba que Bianca dijera la verdad; no mentiría en algo tan fácil de comprobar cómo el compromiso de María.

—Así que, como verás —continuó Bianca—. Le vienes bien, durante una temporada. Pero ya se volverá a hartar en cuanto encuentre a otra.

—¿Ya has terminado? —preguntó con una calma desacostumbrada.

—Sí, he terminado. Ya he dicho lo que he venido a decir.

—Has venido aquí esta noche solo para decirme todo eso, ¿verdad? ¿Se puede saber qué eres? ¿Qué clase de alimaña eres? Desde luego, no eres un ser humano, de eso estoy segura. Siento lástima por el pobre Romano. Lo compadezco con todo mi corazón.

Bianca fue a golpearla, pero Grace dio un paso al frente y se quedó a unos centímetros de la otra mujer.

—Eso no estoy dispuesta a permitirlo —dijo con suavidad.

Bianca se quedó mirándola, con la mano aún levantada.

—Te arrepentirás de haberme hablado así —dijo Bianca entre dientes—. Te arrepentirás.

—No me amenaces —dijo Grace, sacando fuerzas de flaqueza para mantener la calma—. Nunca quise ser tu enemiga, y lo sabes. Fuiste tú quien lo decidió. Decidiste que te caía mal desde la primera vez que puse un pie en Casa Pontina. Reconócelo.

—No; no es que me cayeras mal. Es que te odiaba. Desde que te vi por primera vez supe que querías ocupar mi lugar.

—Eso no es cierto —protestó Grace rápidamente.

—Sí que lo es. Volviste a mi madre en contra mía. Siempre estaba hablando de ti, cantando las maravillas de la perfecta Grace. Ni siquiera podías hacer nada malo cuando dejaste morir a tu hijo. Incluso entonces se suponía que todas nuestras vidas tenían que girar a tu alrededor. Sí; te odio. Siempre te odiaré.

—No dejé morir a mi hijo.

El golpe había sido tan inesperado que Grace cerró los ojos. Cuando volvió a abrirlos, Bianca estaba saliendo del servicio.

Grace sintió que se desvanecía y se dejó caer en un sofá, para apoyarse en la pared. No sabía cuánto tiempo estuvo así, pero no reaccionó hasta que la puerta volvió a abrirse y entraron dos mujeres, que la miraron con extrañeza.

Bianca había puesto el dedo en la llaga, y aunque Grace se dijo que era maliciosa, retorcida y cruel, que su acusación carecía de fundamento, sintió renacer el antiguo pánico, pero se obligó a contenerlo de nuevo.

Cuando salió del servicio Donato la estaba esperando en la puerta. Grace comprobó inmediatamente que Bianca y Romano se habían marchado.

—¿Te encuentras mal? —preguntó Donato, tomándola por el brazo—. Estás muy pálida. ¿Te pasa algo?

—No. Estoy bien.

No quería hablar de la conversación que había mantenido con Bianca, y además, no le serviría de nada. A fin de cuentas se iba a marchar de Italia muy pronto. Los dos lo sabían. Donato era el que se iba a quedar allí, y su hermana formaba parte de su vida. Ya habían sufrido bastante, y tenía que poner punto final en algún momento.

—¿Se han ido tu hermana y tu cuñado? —preguntó en tono despreocupado.

—Romano tiene que tomar un avión a primera de la mañana. He creído entender que eso era lo que te ha estado explicando Bianca.

—No, no me lo había dicho.

Donato iba a interrogarla; podía verlo en su expresión, de modo que continuó rápidamente antes de que él tuviera la oportunidad de abrir la boca.

—¿Nos vamos? Estoy muy cansada.

—Claro. El taxi ya está esperando.

Una vez en el vehículo, respondió con monosílabos a todos los intentos de Donato por entablar una conversación. Esperaba que su actitud fuera suficiente para hacerlo desistir.

La aparición de Bianca en el restaurante había bastado para destrozar el ambiente íntimo que reinaba entre ellos durante la cena, y ahora ella estaba acabando con los últimos retazos. Se dio cuenta de que lo había conseguido cuando Donato dejó de intentar charlar y se apoyó en el asiento, resignado. Guardó silencio hasta que llegaron a Casa Pontina.

—Buenas noches. Gracias por esta velada encantadora.

Al entrar en la casa, Grace se volvió para ir directamente a sus habitaciones, con la esperanza de escapar de aquella mirada que parecía llegar hasta su pensamiento, pero no le resultó tan fácil.

—Nada de eso, Grace —dijo él con tono amenazador—. Creo que lo mínimo que merezco es una explicación sobre tu cambio de actitud. Esta noche vas a hablar conmigo de verdad, y en la intimidad de nuestra propia casa. Ya estoy harto de esto, ¿lo has entendido? Ya no puedo más. He visto que no me sirve nada tratarte con delicadeza, soportar tus cambios de humor estoicamente. Yo también sufro, y no estoy dispuesto a que me sigas haciendo esto. ¿Es que no te das cuenta de que yo también estoy vivo, de que soy una persona de carne y hueso? Crees que puedes fingir que nuestro matrimonio no existió nunca, ¿verdad? —preguntó, cada vez más furioso—. Crees que dejaré que te vayas tranquilamente, que permitiré que otro hombre te tenga, te ame…

—No soy de tu propiedad —protestó Grace—. Métete eso en la cabeza, ¿quieres?

Estaba tan furiosa como él. De modo que le parecía bien tener amantes cuando le apeteciera, y sin embargo esperaba que ella estuviera siempre a su disposición, por si la necesitaba de niñera o por si su amante decidía poner fin a su relación.

—No te equivoques, cariño. Sí que eres de mi propiedad. Lo eres desde que nos vimos por primera vez, porque desde aquel momento no habría permitido que otro hombre se acercara a ti. He sentido tu cuerpo estremecerse junto al mío, he oído cómo pronunciabas mi nombre al alcanzar el éxtasis, y he visto cómo dabas a luz a nuestro hijo. ¿De verdad crees que sería capaz de renunciar a ti?

—No puedes retenerme en contra de mi voluntad. Ni siquiera tú te atreverías a hacer algo así.

—Pero no será en contra de tu voluntad —se acercó más a ella—. Los dos sabemos que cuando te toque no lo haré en contra de tu voluntad, ¿no es cierto?

—Me marcharé en cuanto consiga un vuelo —dijo alarmada.

—Entonces no me dejas alternativa. A grandes males, grandes remedios. Tengo que convencerte de una vez por todas de que eres mía, igual que yo soy tuyo, y de que estamos hechos el uno para el otro. Paolo fue una bendición que solo se nos concedió durante poco tiempo, pero no

permitiré que el recuerdo de nuestro hijo sea el abismo que nos mantiene separados.

—Pero si no es Paolo…

Donato la interrumpió con un beso que delataba la avidez que lo consumía, devorándola. Grace estaba decidida a no dejarse llevar por el deseo y el amor, pero sus pensamientos empezaron a perder todo el significado.

—Grace, Grace… —murmuraba Donato contra su boca—. Sabes que no pretendo tomarte contra tu voluntad. Te amo, cariño. Siempre te amaré. No nos mantengas separados. La muerte de Paolo fue una tragedia, pero nosotros no somos los culpables. Tienes que creerlo. Nadie podía quererlo más que nosotros, y por pequeño que fuera, lo sabía. Recibió más amor en seis meses que mucha gente en varios años.

Aquello era lo que Grace necesitaba oír para superar el veneno que Bianca había destilado en su interior, y aunque sabía que era una locura, las palabras de Donato deshicieron lo que quedaba de su resistencia. Subió la cabeza, buscando sus labios, y se apretó contra su duro cuerpo, que ya ardía por ella.

Donato le había dicho que la amaba, y era posible que sintiera algo parecido por ella, a su modo. Grace había luchado tanto que se sentía vacía. Necesitaba que el amor de Donato disipara la pesadilla en la que había estado sumida tanto tiempo. Lo necesitaba. Necesitaba su fuerza y su seguridad, sentirse protegida.

—Oh, amor mío.

Sin dejar de besarla, Donato la tomó en brazos y subió por la escalera, hacia el dormitorio que habían compartido tanto tiempo atrás.

La dejó en la cama con delicadeza, a pesar de la pasión que lo consumía. Después se desvistió rápidamente y se tumbó sobre la colcha, para ayudarla a desnudarse con ternura reverente.

Grace lo abrazó cuando sintió la fuerza de su gran cuerpo desnudo contra el suyo.

—Nunca he dejado de desearte, ni un momento —susurró Donato—. Te he visto en sueños, noche tras noche, conmigo en la cama. Te he imaginado día tras día, gimiendo de deseo al sentir mis caricias.

Grace respondió acariciándolo de tal forma que todo su cuerpo se estremeció.

No hubo más palabras, solo gemidos y murmullos inconexos, hasta que, desesperada por sentirlo, Grace le pidió que siguiera hasta el final.

—Pronto, amor mío, pronto. Hemos esperado tanto tiempo a que llegara esta noche, hemos sufrido tanto, que tiene que ser perfecta.

Cuando por fin se dispuso a tomarla fue porque habían alcanzado la más alta cima del placer, y sentían que se ahogarían si aquello no terminaba. Sin embargo, se detuvo antes de seguir adelante.

—¿Quieres que pare? —preguntó, conteniéndose a duras penas.

—No.

Grace no pudo decir nada más. Las deliciosas contracciones rítmicas de su cuerpo hablaban por sí mismas. Al sentir su placer, su entrega completa, Donato empezó a moverse más deprisa, creando una sensación exquisita en la que solo había sitio para el momento.

Grace gritó su nombre al alcanzar el clímax, aunque no se dio cuenta. El mundo de luz, color y éxtasis sobrepasaba todo lo que había conocido hasta entonces, todo lo que había imaginado.

Cuando los latidos de su corazón empezaron a recuperar el ritmo normal y su respiración se hizo más pausada, Donato se tumbó a su lado, abrazándola fuertemente.

—Duerme, amor mío —susurró—. Ahora duérmete. Ya estás en casa, y todo saldrá bien. Te lo prometo.

Grace sabía que no era así, pero el agotamiento físico y mental le impedía pensar, y era maravilloso sentirse envuelta por el aroma y el contacto de Donato mientras el sueño los envolvía.

Grace despertó cuando aún no había amanecido. Había tenido un sueño extraño e inquietante, y tenía la impresión de que algo marchaba mal. En cualquier caso, no tardó en descubrir qué era. Cuando se movió, notó el contacto de un cuerpo cálido.

Donato. Había hecho lo que se había prometido que no volvería a hacer. Una vez más le había entregado su cuerpo y su corazón. No se sintió mucho mejor al pensar que no habría sucedido de no haber sido por la crueldad de Bianca, que había hecho aflorar la vulnerabilidad que siempre sentía cuando se encontraba cerca del hombre que amaba. Donato había sido muy comprensivo. Habían hecho el amor y le había permitido que

creyera que era suya otra vez; pero sabía, y con más certeza que nunca, que no podría ser.

El poder y la atracción que ejercía sobre ella eran tan absolutos como siempre. Pero aún no habían hablado sobre María, ni sobre su infidelidad, y no quería volver a vivir el infierno emocional de los últimos doce meses. Si volvía con él lo haría sin tener ninguna garantía de cara al futuro, sin saber nunca cuándo volvería a traicionarla.

—¿Grace? ¿Estás despierta?

—Sí —contestó.

Grace pensó que era mejor decir ciertas cosas en la oscuridad.

—Cariño…

—¡No! —espetó, mientras intentaba tomar la bata que había dejado en la silla—. Tengo que hablar contigo.

—¿Hablar? —rio él—. Vuelve a la cama y escucharé lo que tengas que decir.

Su voz era tan dulce que Grace estuvo a punto de ceder. Pero debía ser fuerte.

—No, no lo comprendes. Lo de anoche fue un error. No debí permitir que sucediera. No ha cambiado nada, no puede cambiar nada.

—¿Qué diablos te ha pasado? —preguntó con tranquilidad.

Un segundo después se encendió la lámpara de la mesita de noche. Donato se sentó en la cama, sin importarle demasiado su desnudez, con la sábana arrugada encima de los muslos. Grace se puso tensa de inmediato.

—No debí acostarme contigo —insistió, mientras se ponía la bata.

—¿Cómo que no? Te recuerdo que estamos casados —dijo, en tono de broma—, así que tienes derecho a gozar de mi cuerpo.

—Sabes muy bien que no me refiero a eso.

Grace se sentó en la silla, incapaz de permanecer de pie.

—No, no lo sé —dijo él, que ahora sabía que ocurría algo grave—. Y me gustaría que me lo contaras. Puede que esté chapado a la antigua, pero siempre he pensado que hacer el amor con cierta frecuencia es bastante normal entre los enamorados. Y teniendo en cuenta que la última vez fue hace un año no creo que haya sido demasiado… exigente.

—No hemos hecho el amor. Hemos…

—¿Ah, no? Entonces, ¿qué hemos hecho? Será mejor que me lo expliques, porque creo que me estoy perdiendo algo. Yo juraría que anoche hice el amor con mi esposa. ¿Y tú? ¿Qué estabas haciendo?

—Las cosas son mucho más complicadas —dijo con resentimiento—. No puedes culparme por pensar que no significa nada para ti después de lo que pasó con María.

—¿María? —preguntó Donato, perplejo—. ¿Qué tiene que ver María con esto?

La pregunta de Donato la enojó tanto que le costó hablar de forma inteligible.

—María Fasola, ¿o es que no la recuerdas? La amiga de Bianca. La mujer que parece haberse decidido por la respetabilidad social en lugar de seguir gozando del dudoso placer de tu cama. Yo diría que tiene mucho que ver en esto, ¿no te parece?

—No sé de qué estás hablando, pero creo que ha llegado la hora de que te expliques —respondió, con frialdad—. Aunque tengo la impresión de que no va a gustarme nada.

—Yo… tú… la carta…

Grace tenía miedo de él. Por primera vez tenía miedo de él, miedo de la furia y del dolor de su mirada, miedo de la firmeza letal de una boca que, horas antes, le había hecho alcanzar cotas insospechadas de placer.

—¿Qué carta? —preguntó, mientras recogía los pantalones para ponérselos—. ¿Qué carta, Grace?

—La carta que dejé el día que regresé a Inglaterra, explicando las razones de mi marcha.

—No encontré ninguna carta.

Donato, que ya se había puesto los pantalones negros, la miró. Medio desnudo, con el pelo revuelto y sin afeitar parecía más masculino que nunca. Estaba muy atractivo, maravilloso y aterrador. Grace pensó que lo había perdido definitivamente.

—Pero dejé una carta… —acertó a decir—. Una carta en la que decía que había descubierto la aventura que mantenías con María y que me marchaba de aquí. No lo entiendo. Si no encontraste la carta, ¿por qué creías que me había marchado?

—Pensé que te habías marchado porque permanecer aquí era demasiado doloroso para ti, porque habías perdido a tu hijo y necesitabas estar lejos, tú sola, una temporada.

—Donato, yo…

—Y ahora resulta que no era así —dijo, interrumpiéndola—. ¿De verdad creías que tenía una amante? Acabábamos de perder a nuestro hijo, estabas tan deprimida que a veces me daba miedo que intentaras suicidarte y ¿realmente creías que tenía una amante?

Donato no podía creerlo. Era algo completamente absurdo.

Por primera vez, Grace empezó a pensar en la posibilidad de que no la hubiera traicionado, pero no se alegró por ello. Era demasiado tarde. La amarga acusación de los ojos de Donato era bastante clara. No la perdonaría nunca por lo que había hecho.

—Desde que te conocí no he vuelto a mirar a ninguna otra mujer. Llenabas mis días y mis noches. No había sitio en mi corazón para nadie más. ¿Lo sabías, Grace? —preguntó con amargura—. Y mientras tanto, tú te dedicabas a espiarme para ver si me descubrías con otra.

—No, no es cierto, no fue así.

—¿No? No te creo. ¿Quién te dijo que estaba con otra mujer? Porque supongo que alguien te lo dijo…

—Sí.

Estuvo a punto de nombrar a Bianca, de decir que su propia hermana había conspirado a sus espaldas para destruir su matrimonio. Sin embargo, no sabía si la creería. Conociendo a Bianca, lo negaría todo. Se había comportado con una ingenuidad asombrosa y ahora se maldecía por no haber hablado con Liliana aquel día, por no haberle contado el motivo de su marcha.

—Pero no piensas decirme quién fue —dijo él—. Sencillamente creíste a otra persona, fuera quien fuera, y ni siquiera te molestaste en hablar conmigo. Te marchaste como si no fuera importante y ahora esperas que crea que no me estabas vigilando para ver si te traicionaba. Esperas que crea que no te comportaste como una paranoica. Pero no había ninguna carta, ¿verdad? No dejaste ninguna carta. Solo querías alejarte de mí.

—No, Donato, no fue así. Dejé una carta.

—Y yo pensé que necesitabas estar sola una temporada. Me convencí de que debía sacrificarme para permitir que te tranquilizaras y que

recobraras fuerzas después de lo que había sucedido. Sabía que te encontrabas mal, pero pensaba que era por Paolo, porque te había presionado para que nos casáramos antes de que tuvieras tiempo de pensarlo bien, porque Paolo había llegado demasiado pronto y porque te culpabas por su muerte. Creí que era culpa mía.

Donato se detuvo un momento antes de continuar.

—Mi madre pensaba lo mismo, ¿lo sabías? La noche de tu fiesta de cumpleaños; cuando te marchaste tan pronto, estuvimos hablando y decidimos que era mejor que estuvieras sola una temporada, que debíamos darte un poco de paz y de espacio.

—Pero… no dijiste nada —murmuró débilmente—. Pensé que te habías cansado de que estuviera deprimida todo el tiempo y que…

—¡Maldita sea, Grace! —espetó, irritado—. ¿Crees que soy tan canalla? Te amaba. Habría dado mi vida para evitarte el sufrimiento. No podía soportar la idea de que hubieras sido tan infeliz antes de conocerme, solo para hacerte más infeliz después. ¿Por quién me has tomado? ¿Por qué te casaste conmigo si la opinión que te merezco es tan mala?

—No lo es, no lo era…

—Mientes. Todo este tiempo has creído que me acostaba con otra mujer. Pero la verdad es muy distinta. Te marchaste porque no me amabas, Grace. Dudo que me hayas amado alguna vez.

Donato la miraba de forma extraña, como si no la hubiera visto realmente hasta entonces.

Grace quiso negarlo todo, quiso decirle que lo amaba, que los últimos meses habían sido un verdadero infierno para ella, pero había traicionado su confianza hasta tal extremo que no fue capaz de hablar. Ahora conocía la magnitud del error que había cometido y no podía creer que hubiera estado tan ciega.

Mientras intentaba encontrar las palabras adecuadas, mientras intentaba sobreponerse al profundo sentimiento de culpabilidad que la dominaba, Donato pasó a su lado y salió de la habitación cerrando la puerta.

Capítulo 9

Grace pasó el resto de la madrugada en el balcón, sentada, intentando encontrar una razón que explicara la corrosiva interferencia de Bianca en sus vidas.

No sabía si realmente creía que su hermano estaba acostándose con María. Pero sabía que María siempre lo había deseado; cabía la posibilidad de que la joven italiana se hubiera dejado llevar por sus fantasías hasta el punto de confesar a su mejor amiga que mantenía una relación con Donato, aunque no fuera así.

No obstante también cabía la posibilidad de que Bianca hubiera mentido a propósito. Su presencia en la propiedad de los Vittoria le molestaba tanto que era capaz de haber estado esperando el momento preciso para destruir su matrimonio. Y el momento preciso había llegado tras la muerte de Paolo, cuando estaba más insegura y vulnerable.

Pero no quería pensar en ello. No quería creer que pudiera inspirar tanto odio y tanto resentimiento en otra persona. Aunque la realidad pareciera indicarlo.

Pero no entendía qué podía ganar Bianca con ello. Al fin y al cabo ya no vivía en Casa Pontina. Vivía en su propia casa, con Romano, y tenía su propia vida.

—No puede ser cierto —se dijo.

El aire de la mañana, aún fresco, prometía sin embargo otro día caluroso.

Ajena a la belleza de los alrededores, no dejaba de pensar que alguien era responsable de lo sucedido. Y Bianca era la clave de todo.

Bajó a desayunar, sin haber tomado aún ninguna decisión. Pero sus ideas empezaron a aclararse cuando vio a Lorenzo, que estaba desayunando solo. El corazón de Grace empezó a latir muy deprisa. Habría dado cualquier cosa por retroceder en el tiempo, para no cometer los mismos errores.

—Ya veo que Donato no ha bajado aún.

—Creo que ya se ha marchado —dijo el niño con inocencia, mientras comía—. He llamado a la puerta de su dormitorio hace un rato, pero no ha

contestado. Después he entrado, pero no estaba. A veces tiene que marcharse muy pronto. Es un hombre muy importante.

—Lo sé, lo sé.

Era tan importante que no se había dado cuenta de ello hasta entonces, cuando ya había aceptado que lo había perdido para siempre. Pero lo amaba y estaba dispuesta a averiguar qué había ocurrido con el asunto de María.

Debía descubrir la verdad antes de volver a Inglaterra. Había perdido a Donato por no confiar en él. No creía que pudiera perdonarla.

Donato tenía razón. Se había marchado de allí sin hablar con él. Debía haber sabido que el hombre que amaba, que la apoyaba y cuidaba en todo momento, no habría sido capaz de traicionarla, y mucho menos en semejantes circunstancias.

No había dejado de actuar con nobleza ni un segundo. Había permitido que se marchara, aunque le rompiera el corazón, porque creía que necesitaba estar sola; y desde entonces se había asegurado de que estuviera a salvo en su país.

Recordó lo mucho que se había enfadado cuando se enteró de que había estado espiándola y gimió, desesperada. Pero la presencia de Lorenzo hizo que mantuviera la calma. Lo había acusado de todo tipo de cosas y él se había limitado a guardar silencio.

La joven y atractiva profesora particular de Lorenzo llegó poco después de que terminara de desayunar. Tras unos minutos de educada conversación, que Grace mantuvo a duras penas, volvió a quedarse a solas con sus pensamientos. Se quedó sentada un buen rato, mirando el desayuno aunque sabía que no podría probar bocado. Tenía la impresión de que no volvería a ser capaz de comer.

—Buenos días.

El saludo la sobresaltó. El saludo y la profunda voz del hombre que amaba. Donato entró en la cocina y se sirvió el desayuno sin mirarla siquiera.

Llevaba la bata gris que solía utilizar por las mañanas y aún tenía el pelo mojado, señal inequívoca de que acababa de salir de la ducha. El corazón de Grace empezó a latir más deprisa. Se puso tan nerviosa que apenas podía hablar.

—Pensaba que te habías marchado.

—¿De verdad? —preguntó sin volverse—. Siento decepcionarte, pero tenía que hacer varias cosas aquí, antes de salir.

—¿Estabas en tu despacho? Eso lo explicaría —dijo, confusa.

El desinterés de Donato le resultaba muy doloroso. Hasta entonces la había mirado de muchas formas; con amor, con enfado, con alegría, pero nunca con desinterés, como si no le importara en absoluto.

Donato entrecerró los ojos.

—¿A qué te refieres?

—Lorenzo ha ido a buscarte a tu alcoba, pero no estabas allí, así que pensaba que te habías marchado.

—Lorenzo, sí, claro —dijo, mientras se sentaba frente a ella con un bollo y un café—. Está con su profesora, ¿verdad?

—Sí —respondió, deseando entablar una conversación con él—. Yo… no sé cuánto tiempo quieres que me quede aquí, con Lorenzo.

Deseaba pedirle perdón. Quería prometerle la luna y las estrellas, pero Donato se comportaba con tal frialdad y distancia que tenía miedo de él. Ahora comprendía que hubiera sido capaz de heredar y dirigir sin ningún problema el imperio económico de su padre. Desde el momento en que había entrado en la cocina se había sentido increíblemente pequeña, casi como si fuera una niña. Sabía que era una impresión ridícula, pero no podía evitarla.

—¿Estás pidiendo mi opinión? —preguntó—. ¿Por qué quieres saber la opinión de alguien a quien tanto desprecias? Pregúntaselo a Bianca, o a Gina, o a Anna, o al hombre que limpia la piscina. Estoy seguro de que valorarás más su juicio.

—Por favor, no sigas —suspiró con voz rota—. Por favor…

Donato se levantó. La amargura que había acumulado durante las últimas horas lo empujó a herirla.

—¿Cómo quieres que actúe, Grace? Sinceramente, me gustaría que me lo dijeras. Pensé que éramos uña y carne, que nadie podría separarnos, que eras lo más importante de mi vida. Pero todo era mentira, ¿no es cierto? Solo éramos desconocidos. Solo somos un par de desconocidos.

—Donato…

—Te lo di todo. Y no me refiero a la casa, ni al lujo. Me refiero a mí, a mi mente, a mi espíritu, a mi corazón. Me entregué a ti sin dudarlo y pensé que tú hacías lo mismo, pero la realidad era muy distinta.

—No fue como dices. Escúchame, Donato.

—¿Lo niegas? Preferiste creer a otra persona. Te dejaste llevar por un simple rumor o por un cotilleo y ni siquiera te dignaste a hablar conmigo para comprobar si era cierta o no la calumnia. Pues bien, lo único cierto es que apenas vi a María un par de veces en el ascensor de la oficina, y solo porque empezó a trabajar como secretaria de uno de mis subdirectores.

—Comprendo.

—No, no comprendes nada. Ni siquiera sabía que Erminio la había contratado hasta que la vi en su despacho. Y aunque lo hubiera sabido no lo habría considerado un problema. No significa nada para mí, nada.

—Donato…

—Si sospechabas algo lo más lógico habría sido que hablaras conmigo y averiguaras la verdad de primera mano, si tanto te importaba. Pero no. Decidiste que era culpable de un delito y te limitaste a marcharte, así como así.

Grace no podía negarlo. Era incontestable.

—Lo siento —dijo, derrotada—. Lo siento mucho.

—Y por si fuera poco, te quedaste en Inglaterra —continuó él, enrabietado—. De hecho seguirías allí de no haber sido por la desafortunada muerte de mi madre. Yo pensaba que solo querías estar sola una temporada, para tranquilizarte un poco; y tú, mientras tanto, estabas iniciando una nueva vida sin mí.

Donato empezaba a estar tan enfadado que supo que debía salir de aquella habitación si no quería hacer o decir algo de lo que probablemente se arrepentiría más tarde. Grace lo había rechazado por completo sin darle la oportunidad de hablar, de defenderse. Simplemente lo había abandonado. Y lo más irónico de todo era que se suponía que ella era la persona más débil de los dos, la que necesitaba su fuerza y su protección.

Grace no dijo nada cuando salió de la cocina. No podía decir nada, así que se quedó en el sitio, con la mirada perdida.

Varios minutos después seguía sentada a la mesa, sin reaccionar, cuando Gina apareció para retirar los platos.

Al verla, la mujer hizo ademán de marcharse.

—No se moleste, Gina, ya me iba —sonrió.

—¿Podría llevarle la comida a *Benito*?

—Por supuesto, Gina. Sé que le asusta el loro, pero a mí no me importa demasiado. Se la daré yo.

—¿Está segura, señora? —preguntó Gina, muy aliviada.

Las dos empleadas tenían miedo del loro, que tenía muy mal genio cuando quería.

—Claro que no. De hecho, se la llevaré ahora mismo.

Grace se levantó y se dirigió al salón. Sabía que Lorenzo estaba en la habitación contigua, con su profesora. Siempre llevaban al loro al salón para que no distrajera al niño durante las clases.

En cuanto vio el plato que llevaba en la mano el loro empezó a repetir:

—¡Fruta! ¡Fruta!

A pesar de la situación en la que se encontraba, Grace no pudo evitar una sonrisa.

—Sí, sí, aquí tienes tu fruta, viejo tirano —dijo.

Acababa de darle el segundo trozo cuando sonó el teléfono. Al levantar el auricular pudo oír una voz autocrática y fría. Obviamente era Bianca.

—Por favor, póngame con la señora Vittoria.

—¿Bianca? Hola, soy Grace —dijo, mientras se sentaba en el sillón—. Precisamente iba a llamarte más tarde. Tenemos que hablar.

—¿Sí? —preguntó, tensa—. ¿Estás sola, Grace? ¿No hay nadie contigo?

Por su tono resultaba evidente que aquélla no era una llamada conciliatoria, aunque tampoco esperaba algo así después del enfrentamiento de la noche anterior.

—No, no hay nadie —respondió—. Bianca, quiero que sepas que…

—Solo he llamado para saber cuándo regresas a Gran Bretaña. Dijiste que habías conseguido un trabajo, que tenías una nueva vida. ¿Y bien? ¿Cuándo te vas?

—¿Qué? —preguntó Grace, asombrada por su atrevimiento.

—Creo que deberías marcharte —dijo, con absoluta naturalidad.

La frialdad de aquella mujer hizo que Grace perdiera la calina.

—¿Eso crees? —preguntó con sarcasmo—. Pues parece que olvidas una cosa, Bianca. Ésta es mi casa y Donato es mi marido.

—¡Ja! ¿Te atreves a decir algo así después de que lo abandonaste hace un año? Ahora vives en Inglaterra. Además, Donato ya no te ama. No tienes nada que hacer aquí.

—Lamento decirte que no opino lo mismo.

—¿Quieres decir que habéis arreglado las cosas? —preguntó, con voz más suave—. ¿Quieres decir qué vais a seguir viviendo juntos?

—Yo no he dicho nada, Bianca. De hecho no tengo por qué contestarte. No es asunto tuyo.

—Por supuesto que lo es. Donato es mi hermano.

—Y mi marido —espetó—. Y te guste o no, ésta es mi casa. Una casa en la que, por cierto, ya no eres bienvenida. No sé qué te diría María, pero sé que intentaste destruir mi matrimonio de forma deliberada.

—No puedes evitar que entre en Casa Pontina. Tengo más derecho que tú a vivir entre esas paredes. Sé que intentaste volver a Donato contra mí, como hiciste con mi madre y con Lorenzo. Pero no soy tan estúpida como ellos. Sé cómo eres.

—No puede ser posible que creas algo así. Yo no intenté ponerlos en contra tuya. ¿Cómo iba a hacer una cosa así? Son tu familia. Donato es tu hermano.

—Eso no tienes que recordármelo.

—Bianca, todo fue una invención de María, ¿no es cierto? No fuiste tú, ¿verdad? Dime que no lo inventaste tú.

Bianca permaneció unos segundos en silencio. Mientras tanto, el pobre loro miraba con desesperación el plato con la fruta. Grace lo había dejado tan lejos que no podía alcanzarla.

—¿Has hablado con Donato sobre ello? ¿Le has hablado de mí?

—No, aún no. Pero es cierto, ¿verdad? Me envenenaste la sangre con mentiras hasta que, como una tonta, caí en la trampa y te interrogué sobre María. Pero ahora sé la verdad, así que no te molestes en negarlo.

—No lo comprendes, Grace. No es lo que piensas. Tienes que escucharme. Tenemos que hablar.

—Adelante. Te escucho —dijo, con la leve esperanza de que todo hubiera sido un error.

—Por teléfono no. Es mejor que hablemos cara a cara, en privado, tú y yo solas. ¿Por qué no vienes a mi casa? Haré un café y estaremos tranquilas.

—No lo sé. ¿No puedes venir aquí? —preguntó.

No quería enfrentarse a Bianca en su propio territorio. Sabía que estaba actuando con cierta cobardía, pero después del encuentro de la noche anterior no sabía si sería capaz de mantener la calma. En el pasado se había comportado de forma estúpida e ingenua, y ahora estaba pagando las consecuencias.

—Será mejor que vengas tú a mi casa. En Casa Pontina siempre hay demasiada gente. Hay cosas que no comprendes, Grace, cosas sobre María. Creo que está… enferma. Soy su amiga, así que sé lo que le ocurre. Y deberías saberlo.

Bianca había hablado con tal dulzura, incluso con tal paciencia, que Grace no supo negarse.

—Muy bien. Pero te advierto que sé que no se acostó con Donato. Me lo ha dicho él mismo.

—Sí, ahora ya lo sé.

—Muy bien. Salgo en seguida.

—De acuerdo. Por cierto…

—¿Sí?

—Será mejor que no le digas a nadie que vienes a mi casa. Diles que vas a la ciudad, a hacer unas compras o algo así. De esa manera nadie nos interrumpirá.

Grace se dirigió a la cocina. Antonio estaba con Gina y con Anna. Al ver al chófer, le pidió que le diera las llaves de uno de los coches, el descapotable rojo que habían comprado poco después de que naciera Paolo.

Les dijo que iba a la ciudad, de compras, y se marchó inmediatamente. Estaba segura de que Antonio comentaría a Donato que había salido, y no quería que fuera a buscarla.

El precioso descapotable, que había elegido ella misma, arrancó a la primera. Respiró aliviada, porque no le habría gustado que Donato la encontrara allí.

No le agradaba tener que ir a casa de los Bellini. No confiaba en Bianca, pero tenía que hablar con ella; de ese modo podría explicar la situación a Donato, cuando supiera toda la verdad. Aunque dudaba que quisiera escucharla y no lo culpaba por ello. Se lo había buscado.

Al pensar en el hombre que amaba sus ojos se llenaron de lágrimas, pero se contuvo. No podía llorar. Aún no había llegado el momento de enfrentarse a un futuro sin Donato. Tenía que ver a su hermana y concentrarse en una conversación que seguramente no iba a resultar muy agradable.

Las hojas de la puerta de entrada a la propiedad de los Bellini estaban abiertas. Segundos más tarde, había aparcado en el vado, frente a la casa.

La finca pertenecía a los Bellini desde varias generaciones, y la mansión era preciosa. Los muros de color crema daban una imagen alegre y tranquila muy acorde con el cálido aire de la mañana y con los jardines que la rodeaban. Una fuente y un estanque con patos aumentaban la belleza del lugar.

Permaneció un momento en el interior del vehículo, aspirando el aroma de las flores y escuchando el suave sonido del agua. Contrastaban de forma abierta con la tensión que la esperaba en el interior de la casa.

Acababa de salir del coche cuando la puerta principal se abrió y apareció Bianca. Llevaba un vestido blanco que remarcaba su preciosa silueta, y se había recogido el cabello negro en un moño, con horquillas decoradas con pequeñas flores blancas. Estaba tan bella como siempre. Y como siempre, Grace buscó algo humano, algo cálido, en su expresión. Pero no lo encontró.

—Hola, Grace. Entra, por favor.

—Gracias.

Grace encontró algo ridículo tener que dar las gracias a la posible culpable de su desdicha.

El interior de la mansión era tan bonito como el exterior. Los suelos brillaban, los muebles eran muy elegantes y había flores por todas partes. Bianca la llevó a un amplio salón. Los balcones, abiertos, daban al jardín.

—Así que has venido. Me preguntaba si tendrías valor para hacerlo —dijo.

—El valor no es virtud exclusiva de personas como tú —declaró Grace, mirándola a los ojos—. Pero dejémonos de preámbulos innecesarios. Creo a Donato, creo que no mantuvo ninguna relación con María. Así que será mejor que te expliques.

—¿Sabe alguien que has venido?

—No. Te he dicho que…

—Sí, ya lo sé, sabía que mantendrías tu palabra. Cómo no. La encantadora Grace, la noble Grace, la delicada Grace…

—Si piensas convertir esta conversación en otra disputa me marcho ahora mismo —espetó, con una firmeza que la sorprendió a ella misma.

—No, no quiero discutir contigo. Quiero explicarme, nada más.

—Muy bien, adelante.

—Siéntate y traeré el café.

Grace se sentó en un sillón, junto a uno de los balcones. Bianca se marchó y regresó al poco tiempo con el café. La hermana de Donato esperó a que Grace tuviera su taza para hablar.

—Creo que ya sabes que María va a casarse.

—Sí.

—Ahora tendrá su propia casa y su propio marido. Su amistad con Donato ya pertenece al pasado.

—No hubo tal amistad, tal y como tú la describiste. Y ni siquiera estoy segura de que María fuera la inventora de esa historia.

—Pues te equívocas, aunque ya no tiene importancia. Va a casarse y tú vas a volver a tu país. Así que no es necesario que…

—Oh, no, de eso nada —espetó, con enojo evidente—. Si María dijo que mantenía una aventura con mi esposo tendrá que retractarse ante el propio Donato y ante mí.

—¿Qué quieres decir? —preguntó, asombrada—. Todo ha terminado. No tiene ningún sentido. Además, es posible que malinterpretara sus palabras.

—Eso solo lo sabré cuando se enfrente a Donato.

—No —dijo, mientras dejaba su taza de café en la mesa—. No pienso permitir que la coloques en una situación tan incómoda sin necesidad.

—Vamos, Bianca, no mientas. Fue cosa tuya, ¿verdad? —preguntó, segura—. No tuvo nada que ver con María. Es algo imperdonable.

—¿Imperdonable? —preguntó Bianca, arrinconada—. Me sorprende que te atrevas a hablarme en ese tono cuando deberías estar pidiendo perdón. Intentaste ocupar mi lugar ante mi madre y conseguiste que Lorenzo se pusiera en mi contra. Lo sé. Yo soy la hija de los Vittoria. Yo, no tú. Ni siquiera comprendo que Donato te siga queriendo cuando permitiste que su hijo muriera. Se alegró mucho cuando te marchaste de Italia.

—Yo no tuve nada que ver con la muerte de Paolo. No fue culpa de nadie —susurró, levantándose—. ¿Cómo es posible que seas capaz de decir algo así?

—Fuiste una mala madre —continuó Bianca, como si no la hubiera escuchado—. A diferencia mía. Yo sería una excelente madre si pudiera tener hijos. Pero no puedo.

Bianca había subido la voz y estaba gritando prácticamente. Miraba a Grace con ojos llenos de odio.

—Y cuando tu hijo murió —continuó—, todo el mundo se pasaba la vida hablando de la pobre Grace, de la desafortunada Grace… No se hablaba de ninguna otra cosa. Por fortuna, la vida no te dio la oportunidad de tener otro hijo con Donato. No habría sido justo. No lo sería.

—Bianca…

—Y por si fuera poco te atreviste a decir que soy una desgracia para mi esposo, que no soy una mujer. Pues bien, te aseguro que muchos hombres podrían decirte lo contrario.

—Bianca, por favor…

—Por favor —se burló—. Eres tan fría, tan sosa… No tienes sangre en las venas, Grace. ¿Cómo pudiste creer que Donato se acostaba con María? Ni yo misma creí que pudieras ser tan estúpida, pero engañarte resultó muy fácil. Y debo decir que me divertí. Creíste que podías ocupar mi lugar y salirte con la tuya, pero no lo conseguiste. No pienso compartir lo que es mío. ¿Lo entiendes ahora?

—Escúchame, Bianca. Siento que no puedas tener hijos. Lo siento mucho, pero ¿cómo querías que lo supiera si no lo dijiste nunca? En cuanto a lo de tu lugar, no he intentado, en ningún momento, arrebatártelo.

—Eres una mentirosa. El día que te marchaste te vi hablando con mi madre. Tú no me viste a mí, ¿verdad?, creías que me había ido. Pero te seguí y escuché la conversación. Y mi pobre madre te rogó que te quedaras. Luego subí al despacho de Donato y encontré la carta. Sabía que dejarías una carta. Es algo bastante típico.

—¿Robaste la carta? —preguntó con asombro, aunque era lo más lógico—. ¿Entraste en mi casa y robaste la carta?

—Desde luego. Y debo decir que te desprecié aún más cuando la leí. Intentabas poner a mi hermano contra mía, pero siempre fui demasiado inteligente para ti. De hecho, te advierto que si repites una sola de las palabras que he dicho lo negaré todo y Donato me creerá. No podrás tener más hijos con él.

—¡Bianca!

La repentina intromisión sorprendió a las dos mujeres. Cuando se volvieron hacia los balcones vieron a Donato, recortado al contraluz.

Bianca palideció al ver a su hermano y tuvo que sentarse en un sillón para no caer al suelo.

—Oh, no… No deberías estar aquí. Se suponía que no había nadie.

—Pero estoy aquí —dijo su hermano, con suavidad—. Y eso quiere decir que tu juego ha terminado.

—Grace me estaba acusando de decir cosas terribles. Intenta encontrar una excusa para justificar el hecho de haberte abandonado y ha decidido echarme la culpa.

—Es demasiado tarde, Bianca —dijo Donato—. He escuchado casi toda la conversación y ahora sé todo lo que necesito saber. Todo ha terminado, hermana.

—¡No!

—Sí. Tienes que ver a un médico. No estás bien.

—No necesito a ningún médico. Te odio. Os odio a todos, ¿me oyes? Os creéis tan perfectos, tan nobles… ¡Ja! Me hacéis reír con vuestras estupideces y vuestros juicios morales. Yo hago lo que quiero hacer y no respondo ante nadie.

Grace no pudo soportar la tensión. Los últimos días habían sido terribles y el enfrentamiento entre los dos hermanos había colmado el vaso. Cerró los ojos e hizo un último esfuerzo para no desmayarse. Donato corrió hacia ella y la tomó en sus brazos.

—Cariño, no te preocupes, todo está bien. ¿Me oyes?

—Donato…

—Abre los ojos, Grace. Mírame, amor mío. Bianca no te ha hecho daño, ¿verdad? —preguntó, con preocupación evidente.

—No, no, me encuentro bien —acertó a decir.

Donato la llevó al sillón donde había estado sentada y la puso sobre su regazo como si fuera una niña pequeña. Empezó a acariciarle el cabello y a murmurar palabras de ánimo, pero solo consiguió que se pusiera a llorar. Sin embargo, eran algo más que lágrimas de dolor o de angustia; eran también lágrimas de alegría.

Ahora sabía que todo iba a salir bien.

Capítulo 10

Grace tardó unos minutos en recuperarse, y cuando lo hizo sus ojos aún estaban lacrimosos. Donato le apartó el pelo de la cara, con suavidad, y la besó apasionadamente. Pero notó que aún estaba bastante alterada, así que se levantó, sirvió una copa de *brandy* y se la dio.

—Tómatelo. Te sentará bien.

Sabía que no le gustaba el alcohol, pero a pesar de todo insistió en que lo hiciera.

—Vamos. Bébetelo de un trago.

El *brandy*, añejo, le quemó la garganta. Pero Donato tenía razón. Le sentó tan bien que en seguida recobró la compostura.

—¿Y Bianca? ¿Dónde está?

—No lo sé. Ha salido corriendo de aquí. Creía que había subido a su dormitorio, pero después he oído un coche. Así que es posible que se haya marchado a algún sitio, a tranquilizarse.

—Oh, Donato…

Grace se estremeció. Su esposo la tomó en brazos y la llevó a la terraza que ocupaba la parte trasera de la mansión. Una vez allí, la dejó sentada en un banco.

—No llores. Ahora estás al sol, cariño, y no permitiré que la oscuridad vuelva a tocarte. Nos enfrentaremos a esto juntos, si me perdonas.

—¿Perdonarte? —preguntó, incrédula—. ¿Yo? ¿Perdonarte? Oh, Donato, eres tú quien debería perdonarme. Siento tanto lo que hice…

—Cometiste un error, pero debí imaginar lo que había pasado. Debí comprender que no eres capaz de espiarme o dar crédito al primer rumor, que había algo siniestro en todo el asunto. Pero no podía dejar de pensar en el infierno que pasé durante los meses que estuviste alejada de mí. No podía vivir sin ti.

—Y yo no podía vivir sin ti. No vivía. Me limitaba a existir.

—Te amo, Grace —dijo con suavidad—. Siempre te he amado y siempre te amaré. Nada de lo que digas o hagas podrá hacer que sienta de otro modo. Eres la mujer de mi vida. ¿Puedes creerme? ¿Me crees?

—Sí, te creo.

—La vida nos ha jugado una mala pasada. Primero con Paolo y ahora con esto. Pero te amo mucho más de lo que te amaba cuando te marchaste. Es la verdad. Cuando vi tu cara, mientras Bianca hablaba contigo…

—Ya ha pasado —dijo, acariciando su cara para animarlo—. Pero no comprendo cómo has sabido que estaba aquí. No se lo había dicho a nadie.

—Excepto a un loro.

—*¿Benito?*

—*Benito*, exactamente —sonrió, para su asombro—. Esta mañana no tenía intención de ir a trabajar. Sabía que tenía que hablar contigo para arreglar el problema que teníamos, pero cuando te vi en la cocina no supe cómo empezar.

—¿No supiste? —preguntó, atónita.

—¿Tienes idea del poder que ejerces sobre mí? —preguntó en un murmullo—. Fui a dar un paseo para aclararme la cabeza y regresé al cabo de un rato para hablar contigo. *Benito* estaba chillando con todas sus fuerzas. Nadie podía hacer que se callara.

—Oh, la comida… Olvidé darle el resto de la fruta.

—Exacto. Y debió asociar la frustración con el nombre de mi hermana y con el tuyo, porque no dejaba de repetirlos.

—Así que pensaste que estaba con Bianca…

—En efecto.

—Bianca me ha dicho que no puede tener hijos, Donato. ¿Te habían comentado algo Romano o ella?

—No, nada —dijo, apartándose de ella durante un momento—. Pero será mejor que lo llame para que venga. Sé que voy a hacerle daño, pero tenemos que enfrentarnos al problema de Bianca. Está enferma. Te pido perdón en su nombre.

—No es necesario. No me importa lo que ha hecho ahora que volvemos a estar juntos. La ayudaremos.

—Oh, Grace…

Donato se inclinó sobre ella y la besó apasionadamente, una vez más.

—¿Te sientes con fuerzas para permanecer aquí hasta que hayamos hablado con Romano? —preguntó Donato, minutos más tarde.

—Quiero estar donde tú estés. Eso es todo.

—Estarás siempre conmigo, mi amor, de hoy en adelante.

Romano viajó tan deprisa que realizó el trayecto entre Nápoles y la mansión en la mitad de tiempo. Cuando oyeron que su Ferrari había aparcado en el vado, Donato se levantó y Grace permaneció en la terraza.

Grace no llegó a enterarse de lo que pasó entre los dos hombres. Cuando aparecieron, unos minutos más tarde, Romano estaba pálido. Se dirigió a ella y la abrazó, en un gesto afectuoso muy poco común en un hombre tan orgulloso.

—¿Qué puedo decirte, Grace? Ha debido ser terrible para ti. Y para ti también, Donato. Es increíble. No sabía nada sobre ese asunto de María, aunque hace tiempo que sé que Bianca no te apreciaba demasiado. Pero le habría disgustado cualquier mujer que se casara con su hermano. No podía soportar que otra joven atractiva entrara en su familia. En realidad no tiene nada personal contra ti, Grace.

—Romano… Bianca ha dicho que no puede tener hijos. ¿Es cierto?

—Más o menos —respondió Romano, sacudiendo la cabeza—. Los médicos dijeron que si se operaba podría tener hijos, pero las operaciones le asustan tanto que ha llegado a convencerse de que su problema no tiene solución. Con el tiempo ha desarrollado un odio abierto hacia las jóvenes, hasta el punto de que resulta evidente incluso para mí. Ya hemos tenido algunos problemas antes del vuestro.

Romano cerró los ojos durante unos segundos. Todo aquello era muy doloroso para él.

—Romano, si quieres podemos hablar en otro momento…

—No, no. Debéis comprender que hay cosas que deben quedar en el seno de la pareja. Pero el comportamiento de Bianca no me deja más opción que revelaros todos los hechos. Cuando decidió que no podría tener hijos su estado empeoró ostensiblemente.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Grace.

—Hace tiempo que está en tratamiento. Insistí en que fuera al psicólogo porque estaba muy preocupado, aunque al empezar se distanció de mí. Lo interpretó como una injerencia en sus asuntos. En cualquier caso, el psicólogo cree que el asunto de su supuesta incapacidad para tener hijos

no es la causa de su comportamiento. Solo ha actuado como catalizador de un problema más profundo.

—Entonces, ¿cuál es la causa?

—No lo saben aún. Pero soy optimista al respecto.

—¿Por qué no me lo habías dicho? Tanto Bianca como tú habéis estado viviendo un infierno y no me lo dijiste. ¿Por qué? Habría intentado ayudaros de algún modo.

—No podrías haber hecho nada. Son cosas que pasan. Y es mi esposa, Donato, hasta que la muerte nos separe.

—Oh, Romano…

Grace se acercó a él y apretó su mano, con afecto.

El coche de la policía llegó minutos más tarde. Dos agentes de policía salieron al vehículo y hablaron con Romano. Con gesto muy serio, le comunicaron que su joven esposa había fallecido en un accidente de tráfico. Al parecer, se había salido de la carretera. Varios testigos habían declarado que conducía demasiado deprisa.

Los agentes añadieron que, por fortuna, nadie más había resultado herido. La carretera en la que se había producido el accidente siempre estaba muy transitada a aquella hora.

Pero la tragedia de los Bellini se había consumado.

—Hemos hecho bien en traernos a Lorenzo, pero no dejo de pensar en el pobre Romano —dijo Grace, todavía en la cama.

Donato se estaba secando. Acababa de salir de la ducha y la visión de su poderoso cuerpo hizo que el corazón de Grace latiera más deprisa, a pesar de la ansiedad que sentía por su cuñado.

—Es adulto, amor mío. Un hombre fuerte y orgulloso. Encontrará la fuerza necesaria para recobrarse del golpe, pero quiere estar solo. En ocasiones, la soledad es la mejor amiga —declaró, mientras volvía a la cama con ella.

—¿Y crees que ésta es una de esas ocasiones? No creo que sea bueno que siga solo en esa enorme mansión.

Después de asistir al funeral de Bianca habían tomado un vuelo a Túnez. Donato había alquilado una preciosa casa blanca. En el jardín había

una parra, palmeras, todo tipo de flores y varios naranjos, eucaliptos y limoneros.

Lorenzo quedó enamorado del sitio en cuanto lo vio. La pérdida de su hermana era terrible para él, sobre todo porque su madre había muerto poco tiempo antes, pero en seguida se hizo amigo de un joven de un pueblo cercano y solo aparecía en la casa para comer y dormir.

—Conozco a Romano desde siempre y sé que necesita estar solo. Confía en mí.

—Confío en ti, mi amor. Pero es algo tan terrible…

—De todas formas no hemos venido aquí solo por Lorenzo. Tú también necesitabas unas vacaciones, para dejar el pasado atrás y recobrar fuerzas de cara al futuro.

—Pues elegiste un lugar maravilloso —dijo, encantada.

Los días en Túnez estaban resultando un verdadero sueño. Habían dejado atrás la pesadilla vivida en Italia y salían muy a menudo a pasear por las estrechas callejuelas, a comprar o a bañarse en alguna de las innumerables y perfectas playas, de aguas cristalinas. Y todo ello entre risas, mariscadas y vasos de té a la menta.

Pero las noches, cuando estaban en el dormitorio, eran mucho más mágicas que los días. Pasaban horas y horas abrazados, haciendo el amor, dejándose llevar por una pasión que parecía haber crecido y que ahora era más fuerte que antes de que se separaran.

—¿Ya no dudas de mi amor? —preguntó Donato—. Te aseguro que no podría haber nadie más en mi vida. Aún no puedo creer que permitiera que sufrieras tanto, no puedo creer que fuera tan ciego.

—No, Donato —dijo, tocando sus labios con un dedo—. No fuiste tú, ni Bianca, en realidad. Cometí un terrible error, probablemente porque la muerte de Paolo me había afectado hasta el extremo de que no me creía merecedora de ti, ni de nuestra felicidad. Empecé a comportarme como una paranoica y me dejé llevar por mis miedos. Bianca intervino después y se limitó a aprovecharlos.

—Amor mío… ¿Y ahora, cómo te sientes?

—Como si hubiera vuelto a nacer —contestó—. Y sé que tendremos más hijos. Hijos que no remplazarán a Paolo, porque siempre seguirá estando ahí, entre nosotros, pero hijos al fin y al cabo, a los que querremos con todo nuestro corazón.

Donato asintió lentamente y la miró con inmensa ternura. Acto seguido comenzó a acariciarla con sensualidad. Besó los suaves contornos de su cuerpo y la excitó hasta que empezó a gemir y se apretó contra él, dominada por el placer.

—¿No surgirán los fantasmas del pasado? —preguntó él, en un murmullo—. ¿No surgirán más dudas, ni miedos?

—No…

Grace no podía decir nada más. Arqueó el cuerpo al sentir el contacto de sus manos sobre los senos. El fuego que ardía en su interior era tan placentero que casi resultaba doloroso. Pero Donato siguió acariciándola, una y otra vez.

—Donato, Donato, por favor…

Ni siquiera reconoció su propia voz. Solo supo que, cuando por fin la penetró, gritó sin poder evitarlo. Donato empezó a moverse, más y más deprisa, hasta que los amantes se encontraron en un mundo sin pasado, sin futuro, en un mundo que pertenecía en exclusiva a un glorioso presente.

Cuando terminaron, permanecieron un buen rato sin hacer nada, abrazados, sin hablar. No necesitaban las palabras para expresar lo que sentían. Grace se incorporó un poco y lo miró. Donato no se parecía nada en aquel momento al hombre duro que era de día.

—¿Qué habrías hecho si Liliana no hubiera muerto? —preguntó Grace con suavidad, sin querer romper la magia del instante—. Sé que no importa mucho, pero… ¿cuánto tiempo habrías tardado en…?

—¿Te refieres a cuánto tiempo habría seguido en la pesadilla de una vida sin ti? Ya había llegado al límite de mi resistencia, Grace. Había llegado al límite semanas antes de que muriera mi madre. Y cuando vi que un tal Penn empezaba a salir con demasiada frecuencia en los informes, pensé que…

—¿Te refieres a Jim? Solo era un amigo, nada más. ¿Es que no me crees? —preguntó con ansiedad—. Solo era amable conmigo, eso es todo.

—Sí, te creo —dijo, con suavidad—. Y en el fondo sabía que lo nuestro no podía romperse así como así, pero habría sido capaz de asesinarlo con mis propias manos de haber sido necesario. Cada vez que salía a colación su nombre me volvía loco. Conseguí llegar a odiarlo sin haberlo visto nunca.

—¡Donato! —protestó, asustada.

Su marido la miró y sonrió al ver su expresión.

—Lo siento, mi amor, pero me has pedido que te diga la verdad. Puede que sea un bárbaro, pero no pienso compartirte con otro hombre.

—No me importa que lo seas —dijo, mientras se arrojaba nuevamente a sus brazos—. Yo tampoco estoy dispuesta a compartirte con ninguna otra mujer. Sería capaz de sacarle los ojos. Pero olvidémonos de eso. Quiero que me desees.

—Te deseo, mi amor —declaró, mientras apartaba sus piernas para volver a hacer el amor—. Te deseo y te necesito. Te amo más que a mí mismo.

Las palabras quedaron entonces para otro momento. Un segundo más tarde, solo se oían los suaves murmullos del amor.

Mucho más tarde, mientras Grace se quedaba dormida entre el calor y la seguridad de los brazos de Donato, oyó que Liliana pronunciaba las palabras que tan claramente había oído en su sueño.

—Te necesita, Grace, más de lo que puedas imaginar. Las cosas solo se arreglarán cuando vuelvas a tu hogar. Vuelve a casa, Grace, vuelve a casa.

Entonces comprendió lo que Liliana había querido decir. Estaba en su casa. Fue lo último que pensó antes de ceder por fin al sueño. Su casa estaba allá donde estuviera Donato. Y ya estaba en ella.

Fin.